

AMÉRICA SOCIALISTA

REVISTA POLÍTICA DE LA CORRIENTE MARXISTA INTERNACIONAL Nº2 AGOSTO 2010



Completar la revolución: socialismo o barbarie

Por la Quinta
Internacional
Página 21



Honduras:
Una dictadura
con piel de oveja
Página 32



Entrevista a Tomás Andino,
dirigente de la Resistencia

En memoria
de Trotsky
Página 46



Estamos transitando una nueva etapa en la historia de nuestro continente y a nivel mundial. Es esta una etapa que se perfila decisiva para el futuro de la humanidad, pero de cuya música sólo se han escuchado los primeros compases.

La dialéctica de los procesos históricos, el viejo topo de la historia mencionado frecuentemente por Carlos Marx, no ha hecho su trabajo en vano. Después de décadas de relativa estabilidad, el capitalismo mundial y la sociedad que lo sostiene se agitan presa de sus contradicciones. Luego de años de reacción ideológica feroz contra el marxismo y contra la memoria histórica de los trabajadores y sus luchas revolucionarias, la realidad se yergue y se abre paso para reivindicar las ideas científicas del socialismo. En un país tras otro, en un continente tras otro, las masas de la clase obrera y de los demás sectores populares oprimidos de la ciudad y del campo, estiran sus músculos y muestran el poder de su acción colectiva, provocando el pánico en los poderosos.

Este nuevo número de la revista *América Socialista*, revista política de la **Corriente Marxista Internacional** en las Américas, trata de reflejar esta realidad que en nuestro continente adquiere perfiles muy nítidos. Reflejar la realidad para indagar en ella y sacar a la luz las tendencias subyacentes contradictorias que impulsan los procesos históricos, y la lucha de clases en cada país y en el continente todo.

Este número 2 de *América Socialista* intenta establecer un equilibrio entre artículos de actualidad con otros de carácter teórico e histórico. No en vano, en este 2010 se cumple el Bicentenario del inicio de las luchas emancipadoras de las colonias americanas que permanecían en posesión del viejo y gastado imperio español. Pero también coincide con el centenario de una de los hechos históricos más destacados del siglo XX: la revolución mexicana de 1910-1920, encabezada por Villa y Zapata. En este número consagramos un artículo a la conmemoración de este magno acontecimiento.

Igualmente, se cumple este año el 30º aniversario de la revolución salvadoreña iniciada en enero de 1980 y conducida por el FMLN. Los compañeros del *Bloque Popular Juvenil* de El Salvador escriben sobre este hecho y lo vinculan al desempeño del actual gobierno del FMLN y del presidente Funes.

Todo proceso revolucionario, abre dialécticamente un proceso contrarrevolucionario. La burguesía y el imperialismo se resisten con uñas y dientes a abandonar la escena de la historia por voluntad propia. La llegada de Obama a la Casa Blanca no ha cambiado un ápice el carácter contrarrevolucionario de la política exterior norteamericana, particularmente en América Latina. A este aspecto dedicamos dos artículos: uno sobre la ofensiva imperialista en Latinoamérica que viene de la mano del golpe en Honduras y la instalación de 7 nuevas bases americanas en Colombia; y otro con una entrevista a Tomás Andino, socialista revolucionario, dirigente del Frente Nacional de Resistencia Popular de Honduras y ex-diputado nacional.

Vinculado a esto, destacamos el artículo escrito por los compañeros norteamericanos de la *Liga Internacional de*

Presentación

los Trabajadores sobre la perspectiva para la formación de un partido obrero de masas en los Estados Unidos.

Una parte importante de la revista se dedica a tratar la revolución venezolana y su impronta internacional. A tal fin publicamos un artículo sobre las elecciones a la Asamblea Nacional de Venezuela, que tienen una transcendencia extraordinaria para el futuro del proceso revolucionario. Otro artículo trata la propuesta del

Presidente Chávez de promover una V Internacional socialista, idea que ha adquirido una gran relevancia en la izquierda mundial. La CMI ha saludado esta iniciativa y desarrolla esta posición en el artículo mencionado.

Un tema que adquirió gran relevancia internacional estos meses fue la explotación petrolera en las costas de las Islas Malvinas, en el Atlántico Sur, y el reavivamiento del reclamo de soberanía argentina sobre estas islas que permanecen en manos británicas desde 1832. Es un tema muy importante y complejo que no admite formulaciones simples, que además se vincula a las ambiciones territoriales de varias potencias imperialistas y de algunos países de la zona sobre el continente antártico. Abordamos el problema de las Malvinas y de la Antártida desde una perspectiva de clase y socialista, única manera de resolver satisfactoriamente los problemas derivados de lo que los marxistas llamamos *la cuestión nacional*, y también de la opresión imperialista.

Nos gustaría resaltar especialmente la contribución para esta revista del comunista cubano Frank Josué Solar Cabrales, quien en su artículo *Cuba: De vida o muerte - Socialismo sobre la tierra*, explica la necesidad de una política basada en la revolución socialista internacional para defender la revolución cubana.

Por último, este año se cumple el 70º aniversario del asesinato del gran revolucionario ruso y mártir de la clase obrera, León Trotsky. Queremos conmemorar este aniversario con dos artículos sobre esta figura de enorme transcendencia histórica. El primero es un aporte a la relación de Trotsky con la lucha de clases en América Latina, iniciada particularmente con su exilio en México en enero de 1937; y las lecciones que podemos extraer de la misma para la lucha antiimperialista y socialista en la América Latina de hoy día. El otro es un gran trabajo biográfico sobre León Trotsky del dirigente de la CMI, Alan Woods. Fue escrito originalmente en el año 2000, para conmemorar el 60º aniversario del asesinato del gran revolucionario ruso, pero mantiene plena su actualidad y relevancia, por eso lo publicamos sin cambios ni actualización alguna.

La revista también incluye una presentación de las publicaciones del *Centro de Estudios Socialistas Carlos Marx*, una iniciativa de la CMI para la divulgación, el debate y el estudio de las ideas del marxismo en lengua española, que recién ha publicado el clásico de Trotsky *El Programa de Transición*.

Esperamos que este nuevo número de *América Socialista* tenga la misma acogida extraordinaria en nuestros lectores como la que tuvo el número 1. Estamos seguros de que será así.

- 5 Trotsky y la lucha antiimperialista en América Latina**
David Rey (Corriente Socialista El Militante - Argentina)
- 12 Los planes contrarrevolucionarios del imperialismo norteamericano y su injerencia en América Latina**
Patrick Larsen (CMI-Venezuela)
- 15 A 100 años del inicio de la revolución mexicana de 1910**
Rubén Rivera (Tendencia Marxista Militante-México)
- 21 Por la Quinta Internacional**
Corriente Marxista Internacional
- 26 EEUU: la lucha por un partido laborista de masas**
John Peterson (Workers International League)
- 32 "Honduras: una dictadura con piel de oveja" Entrevista con Tomás Andino**
Corriente Marxista Internacional
- 36 Venezuela en vísperas de las elecciones legislativas. La Revolución se enfrenta a una encrucijada**
Comité de Redacción de Lucha de Clases
(Voz de trabajadores y jóvenes marxistas del PSUV)
- 40 De vida o muerte: Socialismo sobre la tierra**
Frank Josué Solar Cabrales (comunista cubano)
- 42 Las Malvinas, el petróleo y la Antártida: una posición socialista**
Ramón Sarmiento (Corriente Socialista El Militante - Argentina)
- 46 En memoria de Trotsky**
Alan Woods (Corriente Marxista Internacional)

Puedes contactar con la CMI en las Américas y en el Estado Español en estas direcciones:



CANADÁ

Fightback
PO Box 65141, Chester RPO
Toronto, ON M4K 3Z2
Correo: fightback@marxist.ca
www.marxist.ca
Tel.: (416) 461-0304

Québec:
La Riposte
Boîte Postale 842, Station H
Montréal, QC H3G 2M8
Correo: lariposte@marxiste.qc.ca
www.marxiste.qc.ca

ESTADOS UNIDOS

Workers International League
– Liga Internacional de los
Trabajadores
www.socialistappeal.org
Socialist Appeal
PO Box 4244
St. Paul, MN 55104

MÉXICO

Tendencia Marxista Militante
http://mexico.elmilitante.org
Correo: militantecmi@gmail.com

EL SALVADOR

Bloque Popular Juvenil
www.bloquepopularjuvenil.org
Correo: redaccion@
bloquepopularjuvenil.org

VENEZUELA

Lucha de Clases
Teléfonos: (0058) (0)416-8178102 /
(0)426-7329464
www.luchadeclases.org.ve
Correo: cmi.venezuela@gmail.com

COLOMBIA

Correo: colombiamarxista@gmail.com

BOLIVIA

**Corriente Marxista Internacional –
El Militante**
bolivia.elmilitante.org
Correo: bolivia@elmilitante.org
cel.: (+591) 72439678

PERÚ

Fuerza de Izquierda Socialista
Correo: militante_sindical@yahoo.es
perumilitante@yahoo.es

BRASIL

Esquerda Marxista
www.marxismo.org.br
Correo: contato@marxismo.org.br
Fone Brasil: 55(11)3101-8810

ARGENTINA

Corriente Socialista El Militante
www.argentina.elmilitante.org
Correo: elmilitante.argentina@gmail.com
Tel.: 15 5454 6178

ESTADO ESPAÑOL

www.corrientemarxista.org
Correo: correo@corrientemarxista.org
Tel.: 622 61 16 70

INTERNACIONAL

www.marxist.com/es
Correo: contacto@marxist.com

Créditos

Fotografía de cubierta: Ronnie Huete
Fotografías páginas 33 y 34: Lucas NicaCuba
Diseño y maquetación: José Mármol (CMI España)

Trotsky y la lucha antiimperialista en América Latina

David Rey (Corriente Socialista El Militante - Argentina)

El fermento revolucionario que sacude nuestro subcontinente nos obliga a los marxistas a intervenir en los movimientos de masas con las tácticas y las consignas más correctas para conectar con las capas más avanzadas de la clase obrera y hacer avanzar la lucha por la transformación socialista de la sociedad. Extraer las principales conclusiones de la intervención de León Trotsky en los problemas de la revolución latinoamericana de su época resulta muy útil, por lo tanto, para abordar los desafíos que nos plantea la revolución latinoamericana en la nuestra.

El estudio de la posición de León Trotsky sobre la lucha antiimperialista en América Latina tiene una gran relevancia para la realidad actual de nuestro continente. Concretamente, la teoría de la Revolución Permanente, formulada por Trotsky, dotó al marxismo de la base teórica correcta para comprender en toda su amplitud el carácter de la lucha antiimperialista de las masas trabajadoras en los países ex-coloniales y de capitalismo atrasado.

Por eso debemos comenzar nuestro análisis con una exposición de esta teoría, como punto de partida para analizar la aplicación concreta que hicieron de ella Trotsky y sus partidarios en América Latina.

Vigencia de la teoría de la Revolución Permanente

La condición para sacar a los países ex-coloniales y subdesarrollados de su atraso secular, en la época actual de dominación imperialista, es la consumación de las tareas democrático-nacionales no resueltas: como la unificación nacional y liberación de la dominación imperialista, ple-



Concentración de trabajadores en México. 1942

nos derechos democráticos para la población y las minorías nacionales oprimidas, la reforma agraria, un desarrollo industrial y cultural avanzado, un sistema de transporte moderno y eficiente, la separación de la religión del Estado, entre otras.

Pero la burguesía nacional de estos países está totalmente incapacitada para culminar estas tareas al haber llegado demasiado tarde a la cita de la historia y estar su propio desarrollo sofocado por la presencia de un puñado de potencias imperialistas que dominan el mercado mundial a través de empresas multinacionales. Además, las burguesías nacionales, resultantes de la fusión de la vieja oligarquía terrateniente con la burguesía financiera e industrial, están vinculadas al capital monopolista imperialista por diferentes vías, a menudo enlazadas entre sí: como suministradoras de materias primas y bienes semielaborados a los países imperialistas y multinacionales extranjeras, participando en negocios comunes con empresas extranjeras, o actuando como agente de los negocios imperialistas en el país.

Por eso, las tareas democrático-nacionales inconclusas sólo pueden ser terminadas por la clase obrera en el poder a través de la revolución socialista y sus organismos democráticos de poder (soviets), con el apoyo del campesinado pobre y demás clases populares oprimidas de la sociedad. Al expropiar el capital extranjero y a la gran burguesía nacional, la clase obrera podría comenzar a resolverse los acuciantes problemas que ahogan a la sociedad, por medio de la planificación democrática de la economía y el desarrollo de las fuerzas productivas.

Aunque pueden existir contradicciones y rivalidades de intereses entre el imperialismo y la burguesía nacional de un país capitalista atrasado, la experiencia histórica demuestra que la burguesía nacional teme más a las clases oprimidas de su país que a su rival imperialista, una vez que las masas trabajadoras son movilizadas y puestas en pie por el conflicto desatado con el imperialismo. Por eso, la burguesía nacional termina traicionando a las masas populares, indefectiblemente, para volverse a cobijar bajo el ala de su amo imperialista.

La teoría de la revolución permanente, por lo tanto, considera como falsas y enemigas de los intereses de la clase obrera y del pueblo pobre las teorías de colaboración de clases, como la teoría reformista de las dos etapas (“primero unámonos con la burguesía progresista para alcanzar la liberación nacional y la democracia, y luego lucharemos por el socialismo”) que tantas derrotas y sufrimientos ha traído a las masas trabajadoras de nuestro continente, y más allá.

La teoría de la Revolución Permanente contiene otra implicación transcendental: la revolución socialista triunfante en un país de capitalismo atrasado, para no perecer aislada o degenerar burocráticamente, debe encontrar un eco en los países de su entorno a través de un proceso revolucionario internacional que culmine en los países capitalistas más desarrollados, quienes también enfrentarían contradicciones de clase agudas como resultado de la crisis general del capitalismo.

Así, la revolución que comienza en un país atrasado aislado y culmina en la revolución socialista mundial adquiere un desarrollo ininterrumpido, permanente; de ahí el nombre de Revolución Permanente que León Trotsky le dio a esta teoría, adoptando una expresión acuñada por Marx después de la fracasada revolución alemana de 1848.

El triunfo de la revolución socialista en la Rusia de 1917 confirmó brillantemente la perspectiva de Trotsky y la validez científica de la teoría de la Revolución Permanente. La revolución triunfó en un país muy atrasado y expropió a los capitalistas y terratenientes rusos y extranjeros, y desató la revolución en Europa y gran parte de Asia. Lamentablemente, la ausencia de partidos revolucionarios de masas con direcciones a la altura de las tareas que la Historia requería frustró el triunfo de la revolución socialista fuera de Rusia, que quedó aislada, lo cual preparó las condiciones para la posterior degeneración burocrática y totalitaria de la revolución soviética.

De una manera distorsionada, la teoría de la Revolución Permanente encontró su expresión en China, Cuba y otros países donde el capitalismo fue derrocado, aunque no por la acción dirigente de la clase obrera sino por ejércitos gue-

rrilleros con una base campesina, lo que junto a la presión de la burocracia estalinista de la URSS, favorecieron la aparición de deformaciones burocráticas en la revolución.

Más actualmente, el hecho que la Revolución Bolivariana en Venezuela haya puesto en discusión su carácter socialista, si bien aún dista de estar completada, subraya la tendencia socialista inherente a cualquier revolución en la época moderna.

Trotsky en Latinoamérica

Trotsky arribó a México en enero de 1937 procedente de Noruega. En su exilio mexicano, Trotsky pudo prestar una atención concreta a los problemas de la revolución latinoamericana. Él mismo lo admitió cuando desembarcó en el puerto mexicano de Tampico: “Quiero estudiar exhaustivamente la situación de México y de América Latina, ya que es muy poco lo que sé al respecto”¹.

Pero el interés de Trotsky por América Latina a fines de los años 30 del siglo pasado, se asentaba en sólidas bases objetivas y subjetivas.

Desde el punto de vista político subjetivo, a mediados de los años 30, la Liga Comunista Internacional² contaba con grupos en muchos países latinoamericanos: México, Brasil, Chile, Cuba, Argentina, Puerto Rico, Bolivia, Uruguay, Colombia, Venezuela, Costa Rica y Panamá; que atravesaban diferentes etapas de desarrollo, siendo los más importantes los de Brasil, Chile y Cuba. En estos dos últimos países, los trotskistas llegaron a superar en número de militantes, durante algún tiempo, a los partidos comunistas oficiales.

En el plano objetivo, América Latina había conocido un cierto desarrollo industrial desde comienzos del siglo XX, y más aceleradamente a partir de la Primera Guerra Mundial, que dio lugar al nacimiento de un proletariado joven y muy combativo que había protagonizado grandes luchas y había sido sometido también a represiones sangrientas feroces por parte de la clase dominante y las empresas extranjeras asentadas en sus países.

Latinoamérica jugaba ya un papel muy importante en el suministro de materias primas (petróleo, caucho, estaño, manganeso, níquel, carne, trigo, etc.) y en la generación de un mercado para las mercancías de los países imperialistas; pero, además, emergía como un área estratégica y diplomática de gran importancia para estas potencias imperialistas en la antesala de la 2ª Guerra Mundial, cuyo estallido era inminente.

Casi todos los países latinoamericanos entraban en la categoría de países atrasados, con un campesinado pobre numeroso y relaciones semifeudales en el campo, combinado con un cierto desarrollo industrial en las ciudades más importantes.

Incluso países como Argentina, Uruguay o Chile, que tenían el mayor desarrollo industrial del continente, con una población mayoritariamente urbana y un campesinado poco numeroso, y cuyas tareas democrático-nacionales habían sido resueltas en un grado mayor que las de los demás países latinoamericanos, no podían ocultar su humillante dependencia del capital extranjero y de la diplomacia imperialista.

Consecuentemente con este análisis, la Liga Comunista Internacional ya había establecido las tareas y el programa general para los marxistas revolucionarios de América Latina. Así, en junio de 1934, la LCI publicaba una importante declaración con el título: “La guerra y la Cuarta Internacional”, en uno de cuyos apartados establecía:

“Sud y Centroamérica sólo podrán liquidar el atraso y la esclavitud uniendo sus estados en una única y poderosa federación. Pero no será la atrasada burguesía sudamericana, agencia totalmente venal del imperialismo extranjero, quien cumplirá esta tarea, sino el joven proletariado sudamericano, llamado a dirigir a las masas oprimidas. Por lo tanto, la consigna que debe guiar la lucha contra la violencia y las intrigas del imperialismo mundial y contra la sangrienta dominación de las camarillas compradoras nativas es *Por los estados unidos soviéticos de Sud y Centroamérica*”. (*La guerra y la cuarta Internacional*, 10 de junio 1934).

De esta manera, el carácter de la futura revolución latinoamericana quedaba claramente establecido y se correspondía completamente con lo planteado en las tesis de la Revolución Permanente. La burguesía latinoamericana era caracterizada como atrasada y agente del imperialismo, correspondiéndole al joven proletariado latinoamericano la tarea doble de desembarazarse de la asfixia imperialista y de terminar con la explotación de las burguesías nativa y extranjera, mediante la toma del poder. Al mismo tiempo, rechazaba cualquier tipo de salida “nacional” y abogaba por la unidad socialista (soviética) de América Latina.

El bonapartismo “sui generis”

De toda la participación de Trotsky en las polémicas y debates sobre la revolución latinoamericana durante su estadía en México, fueron dos asuntos los que ocuparon principalmente su atención. Por un lado, la actitud hacia el gobierno mexicano de Lázaro Cárdenas, un gobierno que contó con un apoyo de masas en la población y tomó medidas audaces contra los intereses imperialistas en México. Y por otro, los debates y polémicas que sostuvo con el APRA peruano (Alianza Popular Revolucionaria Americana), que por aquellos días se postulaba a sí mismo como el heraldo



Juan Perón en una intervención pública en Santa Fe, Argentina. 1946

del nacionalismo revolucionario antiimperialista latinoamericano. Creemos que las posiciones de Trotsky sobre ambos temas arrojan mucha luz a los marxistas sobre fenómenos históricos actuales.

A mediados de los años 30 comenzaba a darse un fenómeno peculiar como fue la proliferación, en casi todos los países latinoamericanos, de gobiernos bonapartistas de diverso tipo: desde presidencias “fuertes” ejercidas por civiles hasta dictaduras militares extremadamente represivas.

Las bases materiales que daban origen a tales regímenes fueron explicadas por León Trotsky:

“En los países industrialmente atrasados el capital extranjero juega un rol decisivo. De ahí la relativa debilidad de la burguesía *nacional* en relación al proletariado *nacional*. Esto crea condiciones especiales de poder estatal. El gobierno gira entre el capital extranjero y el nacional, entre la relativamente débil burguesía nacional y el relativamente poderoso proletariado. Esto le da al gobierno un carácter bonapartista “sui generis”, de índole particular. Se eleva, por así decirlo, por encima de las clases. En realidad, puede gobernar o bien convirtiéndose en instrumento del capitalismo extranjero y sometiendo al proletariado con las cadenas de una dictadura policial, o maniobrando con el proletariado, llegando incluso a hacerle concesiones, ganando de este modo la posibilidad de disponer de cierta libertad en relación a los capitalistas extranjeros. La actual política [del gobierno mexicano] se ubica en la segunda alternativa; sus mayores conquistas son la expropiación de los ferrocarriles y de las compañías petroleras”. (*La industria nacionalizada y la administración obrera*. 12 de mayo 1939).

Trotsky ubicaba al régimen de Cárdenas en el bonapartismo “de izquierda” que se apoyaba en los trabajadores y campesinos para golpear al imperialismo con vistas a garantizar un desenvolvimiento más libre a la débil burguesía mexicana que, en palabras de Trotsky, era mucho más raquífica, social y económicamente, que la burguesía rusa de 1917.³

Es importante detenerse en esto. No fue la burguesía mexicana, débil y miedosa, sino un sector del aparato del Estado comandado por oficiales del ejército que se habían formado al calor de la revolución mexicana de 1910-1920, como Lázaro Cárdenas y Francisco Mújica, quien tomó medidas contra intereses imperialistas y terratenientes del país que abrían nuevas perspectivas de desarrollo al capitalismo mexicano.

En modo alguno la aparición de este tipo de gobiernos en una serie de países a lo largo de los años 30, 40 y 50 del siglo pasado (Cárdenas en México, Perón en Argentina, Arbenz en Guatemala, etc.) fue un resultado necesario e inevitable condicionado por el desarrollo objetivo del capitalismo. Pese a la disparidad de desarrollo capitalista de estos países entre sí, la clase obrera jugaba ya un papel importante en la vida económica y social a través de sus organizaciones de masas, principalmente los sindicatos. Fue la orfandad política en que se encontraba el proletariado en estos países, favorecido por la degeneración nacional-reformista de los partidos comunistas locales, lo que permitió a personalidades como el General Lázaro Cárdenas, y otras, utilizar las aspiraciones revolucionarias de las ma-

sas trabajadoras para encumbrarse en el poder. En la medida que no podía existir una “tercera vía” entre capitalismo y socialismo, sus medidas para limitar el saqueo del país por el capital extranjero y sus ataques contra los sectores más parásitos de la burguesía nacional (los terratenientes, principalmente) elevaron el nivel de vida de las masas, ampliaron el mercado interno del país y abrieron objetivamente un camino más amplio al desarrollo de la pequeña y la mediana burguesía local.

Y no obstante, los sectores decisivos de la burguesía nacional terminaron conspirando con el imperialismo norteamericano en todos estos países para sustituir esos gobiernos “semiindependientes” por otros más afines a los intereses imperialistas y oligárquicos que disciplinaran al movimiento de masas. En el caso de Cárdenas, tal desplazamiento se dio por “vías democráticas”; en los casos de Perón y Arbenz, e incluso en el caso de Vargas en Brasil, que comenzó siendo un bonapartista de derecha y terminó escapando al control del imperialismo norteamericano, lo fueron por medio de golpes militares sangrientos y conatos de guerra civil. Desde entonces, la burguesía nacional en todos estos países selló, con sangre, su alineamiento con el imperialismo.

El gobierno de Lázaro Cárdenas

¿Qué actitud recomendó Trotsky a sus partidarios en México, y a nivel internacional, hacia este tipo de gobiernos? Esto se derivaba del análisis de clase de este tipo de regímenes:

“El México semicolonial está luchando por su independencia nacional, política y económica. Tal es el significado básico de la revolución mejicana en esta etapa. Los magnates del petróleo no son capitalistas de base, no son burgueses corrientes. Habiéndose apoderado de las mayores riquezas naturales de un país extranjero, sostenidos por sus billo- nes y apoyados por las fuerzas militares y diplomáticas de sus metrópolis, hacen lo posible por establecer en el país subyugado un régimen de feudalismo imperialista, sometiendo la legislación, la jurisprudencia y la administración. Bajo estas condiciones, la expropiación es el único medio efectivo para salvaguardar la independencia nacional y las condiciones elementales de democracia.

“Qué dirección tome el posterior desarrollo económico de México depende, decisivamente, de factores de carácter internacional. Pero esto es cuestión del futuro. La revolución mejicana está ahora realizando el mismo trabajo que, por ejemplo, hicieron los Estados Unidos de Norteamérica en tres cuartos de siglo, empezando con la Guerra Revolucionaria de la Independencia y terminando con la Guerra Civil por la abolición de la esclavitud y la unidad nacional.” (*México y el imperialismo británico*. 5 Junio 1938).

Partiendo del carácter progresivo y antiimperialista de las reformas introducidas por el gobierno de Cárdenas “en esta etapa”, Trotsky planteaba que, en un contexto donde el proletariado –pese a jugar un papel económico y social importante– se encontraba rodeado de un mar de campesinos, y ambos tenían ilusiones en el gobierno de Cárdenas, la única táctica viable para los trotskistas era establecer un frente único con el movimiento de masas que se agrupaba alrededor del presidente Lázaro Cárdenas, a condición de no mezclar las banderas y de conservar su libertad de crí-

tica. Esta era la única manera de hacer pie en las masas y agrupar a la vanguardia de trabajadores avanzados.

En el artículo citado, Trotsky explicaba:

“Sin sucumbir a las ilusiones y sin temer a las calumnias, los obreros avanzados apoyarán completamente al pueblo mejicano en su lucha contra los imperialistas. La expropiación del petróleo no es ni socialista ni comunista. Es una medida de defensa nacional altamente progresista...

“... El proletariado internacional no tiene ninguna razón para identificar su programa con el programa del gobierno mejicano ... Sin renunciar a su propia identidad, todas las organizaciones honestas de la clase obrera en el mundo entero, y principalmente en Gran Bretaña, tienen el deber de asumir una posición irreconciliable contra los ladrones imperialistas, su diplomacia, su prensa y sus aúlicos fascistas... La lucha por el petróleo mejicano es sólo una de las escaramuzas de vanguardia de las futuras batallas entre los opresores y los oprimidos.” (*Ibid.*)

Además, había que agitar por un programa de transición al socialismo, donde las demandas democráticas jugaran un papel importante, y esperar a los choques y enfrentamientos entre sectores de aparato del Estado, y de fracciones de éste con la burguesía nacional, que reflejarían las presiones de la burguesía nacional para cobijarse de vuelta bajo el ala del imperialismo. El pronóstico de Trotsky era que esto crearía condiciones para el desarrollo de un movimiento independiente del proletariado que podría ser aprovechado por una corriente marxista revolucionaria que en el período previo hubiera organizado una tendencia significativa en los sindicatos, las fábricas y el transporte.

Esta fue la orientación general que Trotsky planteó a sus seguidores. Sin embargo, una fracción ultraizquierdista del grupo trotskista mexicano, dirigida por Luciano Galicia, desdeñaba las ilusiones democráticas de las masas y atacó de manera sectaria al gobierno de Cárdenas por indemnizar a los antiguos dueños de los ferrocarriles y a las compañías petroleras expropiadas; de la misma forma que hoy día las sectas ultraizquierdistas se burlan de las nacionalizaciones



Vista desde la sede del sindicato de trabajadores del acero en Pensilvania, USA. 1936

llevadas a cabo por el Presidente Hugo Chávez y atacan con saña a su gobierno.

Trotsky y la dirección de la IV Internacional condenaron sin contemplaciones las posiciones ultraizquierdistas de Galicia y sus seguidores quienes, meses antes, habían llamado al “sabotaje” y la “acción directa” para oponerse a la suba de precios.

Se daba la paradoja de que mientras representantes oficiales de la IV Internacional participaban en mítines públicos dentro de México en apoyo a las nacionalizaciones de los ferrocarriles y del petróleo, Galicia y sus amigos se dedicaban a pegar carteles en las calles, en nombre del grupo trotskista mexicano, para denunciar al gobierno de Cárdenas por indemnizar a las empresas nacionalizadas.

Trotsky escribió a sus partidarios: “Vuestra participación en el mitin aquí tuvo un resultado ‘inesperado’. Galicia, en nombre de la Liga restaurada, publicó un manifiesto en el cual atacaba a Cárdenas por su política de compensar a los capitalistas expropiados y colocó este manifiesto principalmente en los muros de la Casa del Pueblo. Tal es la ‘política’ de esta gente”. (*Por la reorganización de la sección mejicana*. 15 Abril 1938).

Ante el peligro de caer en el descrédito y de ver ensuciada la bandera de la IV Internacional delante de los obreros y campesinos mexicanos Trotsky rompió con los ultraizquierdistas, y el Secretariado Internacional de la LCI acordó reorganizar la sección mexicana. La propia Conferencia fundacional de la IV Internacional, celebrada unos meses después, condenó las actividades del grupo de Galicia y ratificó su expulsión de las filas de la IV Internacional.

Un aspecto destacado de la lucha antiimperialista de Trotsky en América Latina fue denunciar la demagogia “democrática” del imperialismo representado por EEUU, Gran Bretaña, Francia, etc. que buscaban justificar el saqueo del continente en aras de la “democracia” y la “libertad”. Trotsky señaló que todos los países imperialistas, fueran “demócratas” o “fascistas” ocultaban sus intereses bajo máscaras diversas para tratar de esclavizar naciones y continentes enteros, apropiarse de sus recursos e incorporarlos a la órbita de su diplomacia. Trotsky insistía que la verdadera contradicción no era entre países “democráticos” y “fascistas”, sino entre naciones imperialistas y naciones oprimidas; pero, siguiendo la teoría de la Revolución Permanente, encontraba la solución a esta contradicción en el triunfo de la revolución socialista mundial.

Específicamente, entabló una lucha contra los estalinistas y denunció su claudicación frente a los imperialismos “democráticos”. Hasta la víspera del inicio de la 2ª Guerra Mundial, en septiembre de 1939, cuando se firmó el infame pacto Molotov-Ribbentrop entre la Alemania nazi y la URSS estalinista, la burocracia del Kremlin había apostado toda su política exterior a congraciarse con las potencias “democráticas” en un supuesto “frente antifascista” contra Alemania e Italia. Stalin estaba aterrizado ante la perspectiva de una invasión de la URSS por la Alemania nazi y no tenía ninguna confianza en la victoria soviética. A cambio, la URSS se comprometía a descarrilar cualquier proceso revolucionario que amenazara los intereses de las potencias “democráticas”, como lo hizo en la Guerra Civil española de 1936-1939. Las políticas de los Partidos Co-

munistas locales quedaban así subordinadas a los estrechos intereses nacionales de la burocracia rusa.

En una entrevista con el trotskista argentino, Mateo Fossa, Trotsky explicaba: “En sus negociaciones con los imperialistas, los países latinoamericanos sólo les sirven al Kremlin de moneditas para el cambio menudo. A Washington, Londres y París Stalin les dice: ‘Reconózcanme como su igual y yo les ayudaré a aplastar el movimiento revolucionario de las colonias y semicolonias; para eso tengo a mi servicio a centenares de agentes como Lombardo Tolodano’ [dirigente de la Central de Trabajadores Mexicanos]. El stalinismo se ha transformado en la lepra del movimiento de liberación” (*La lucha antiimperialista es la clave de la liberación. Una entrevista con Mateo Fossa*. 23 Septiembre 1938).

Debates con el APRA

Los debates que mantuvo Trotsky con el APRA peruano guardan una rabiosa actualidad porque, hasta cierto punto, las posiciones defendidas por el APRA en aquella época encuentran un eco hoy en sectores nacionalistas de la izquierda latinoamericana.

Trotsky, al principio, mantuvo una actitud cuidadosa hacia el APRA y llegó a tener a sus dirigentes en cierta estima, hasta el punto que consideró la posibilidad de alcanzar acuerdos de frente único con ellos. En la entrevista anteriormente citada, Trotsky se pronunciaba del siguiente modo:

“No conozco al aprismo como para arriesgar un juicio definitivo. En Perú la actividad de este partido es ilegal y por lo tanto difícil de observar. En el congreso de setiembre contra la guerra y el fascismo, el APRA, junto con los delegados de Puerto Rico, adoptó una posición que, hasta donde yo la puedo juzgar, fue valiosa y correcta ... Creo que los acuerdos con los apristas, para determinadas tareas prácticas, son posibles y deseables a condición de mantener una total independencia organizativa.” (*Ibid*).

Sin embargo, Trotsky terminó dándole completamente la espalda al APRA y a sus dirigentes cuando dejaron al descubierto su demagogia e insuficiencia pequeñoburguesa, y sus ilusiones en el imperialismo norteamericano como garante de la “democracia” en el continente.

Trotsky juzgó muy duramente los prejuicios pequeñoburgueses de los dirigentes del APRA contra los obreros de los países imperialistas, y particularmente de los Estados Unidos, cuando aquéllos insistían en que los trabajadores norteamericanos no se interesaban por la lucha antiimperialista de las masas latinoamericanas y, por lo tanto, no tenía sentido buscar ningún tipo de alianza con ellos.

Trotsky explicó que los pueblos coloniales y ex-coloniales tenían los mismos enemigos que los obreros de los países imperialistas: las burguesías imperialistas de EEUU, Europa y Japón. De ahí que, objetivamente, debían buscar una alianza para mejor combatir y tumbar al enemigo común.

En este sentido, el “Manifiesto de la Cuarta Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria mundial”, publicado en Mayo de 1940 y redactado por Trotsky, señalaba:



Lázaro Cárdenas con su Estado Mayor. 1942

“Sólo bajo su propia dirección revolucionaria el proletariado de las colonias y las semicolonias podrá lograr la colaboración firme del proletariado de los centros metropolitanos y de la clase obrera mundial. Sólo esta colaboración podrá llevar a los pueblos oprimidos a su emancipación final y completa con el derrocamiento del imperialismo en todo el mundo. Un triunfo del proletariado internacional libraría a los países coloniales de un largo y trabajoso período de desarrollo capitalista, abriéndoles la posibilidad de llegar al socialismo junto con el proletariado de los países avanzados.

“La perspectiva de la revolución permanente no significa de ninguna manera que los países atrasados tengan que esperar de los adelantados la señal de partida, ni que los pueblos coloniales tengan que aguardar pacientemente que el proletariado de los centros metropolitanos los libere. El que se ayuda consigue ayuda. Los obreros deben desarrollar la lucha revolucionaria en todos los países, coloniales o imperialistas, donde haya condiciones favorables, y así dar el ejemplo a los trabajadores de los demás países. Sólo la iniciativa y la actividad, la decisión y la valentía podrán materializar realmente la consigna ‘¡Obreros del mundo, uníos!’”

Uno de los dirigentes del APRA, Guillermo Vegas León, se jactaba diciendo que el gobierno nacionalista de Lázaro Cárdenas en México no había necesitado la colaboración del proletariado norteamericano para nacionalizar el petróleo, y que por lo tanto tampoco se necesitaría la ayuda de los obreros de los países imperialistas para proseguir las reformas democráticas que México y los demás países latinoamericanos demandaban.

Trotsky respondió a las tesis de Vegas León en un artículo titulado “La ignorancia no es una herramienta revolucionaria” (30 enero 1939), en el que afirmaba: “Todo este razonamiento demuestra que el publicista del APRA no comprende el abecé de un problema que es de importancia fundamental para su partido, es decir, la relación entre los países imperialistas y los semicoloniales”

Efectivamente, el grado de emancipación económica que México alcanzaba con la expropiación del petróleo de las manos británicas sólo tenía un carácter relativo y condicional, dado que México seguía dependiendo de su venta a los países imperialistas; además, la expropiación podría revertirse en un marco desfavorable de relación de fuerzas – presiones diplomáticas o militares, un golpe de estado proimperialista, derrotas y retrocesos del proletariado mundial, etc. Trotsky añadía:

“Este es uno de los aspectos de la cuestión. Pero también hay otro. ¿Por qué pudo el gobierno mexicano realizar con éxito las expropiaciones, al menos por el momento? Sobre todo, a causa del antagonismo entre Estados Unidos e Inglaterra. No había que temer una intervención activa, inmediata, de parte de Inglaterra. Pero éste es un problema menor. El gobierno mexicano también consideraba improbable la intervención militar de su vecino del norte cuando decretó la expropiación. ¿Sobre qué base se apoyaban esos cálculos? Sobre la actual orientación de la Casa Blanca: el “New Deal” en la política interna iba acompañado de la política de “buena vecindad” en las relaciones exteriores.

“Evidentemente Vegas León no entiende que la actual política de la Casa Blanca está determinada por la profunda crisis del capitalismo norteamericano y por el *crecimiento de las tendencias radicales en la clase obrera*” (*Ibid.*). Y continuaba:

“Roosevelt aplica la misma política a las relaciones internacionales, sobre todo a América Latina: hacer concesiones secundarias para no perder en los problemas importantes. Justamente estas relaciones políticas internacionales posibilitaron que la expropiación del petróleo por México no provocara una intervención militar ni un bloqueo económico. En otras palabras, se pudo realizar un avance pacífico en el camino hacia la emancipación económica gracias a la política más activa y agresiva de grandes sectores del proletariado norteamericano” (*Ibid.*). Y concluía:

“En esencia, esta cuestión sólo se podrá resolver por un abierto conflicto de fuerzas, es decir por la revolución, o para ser más exactos por una serie de revoluciones. En esas luchas contra el imperialismo participaran, por un lado, el imperialismo norteamericano en defensa propia; por otro, los pueblos de América Latina, que luchan por su emancipación, y que *precisamente por esa razón* apoyarán la lucha del proletariado norteamericano” (*Ibid.*)

Unos meses antes, el principal dirigente del APRA, Raúl Haya de la Torre, publicó un artículo en la revista argentina *Claridad* en la que, luego de considerar al eje fascista Alemania-Italia-Japón como el principal peligro para los pueblos latinoamericanos, declaraba: “En caso de agresión, estamos seguros de que Estados Unidos -el guardián de nuestra libertad- nos defenderá ... En tanto Estados Unidos sea fuerte y esté alerta, ese peligro no será inmediato, pero... será un peligro”. Trotsky le respondió yendo al meollo de la cuestión:

“¿En qué sentido se puede calificar a Estados Unidos de ‘guardián de la libertad’ de los mismos pueblos a los que explota? Solamente en el sentido de que Estados Unidos está dispuesto a “defender” a los países de América Latina de la dominación *europea o japonesa*. Pero cada uno de esos actos de ‘defensa’ implica la sumisión total del país

"defendido" (*Haya de la Torre y la democracia: ¿Un programa de lucha militante o de adaptación al imperialismo norteamericano?* 9 noviembre 1938). Y concluía:

"Si se considera que la burguesía imperialista norteamericana es el 'guardián' de la libertad de los pueblos coloniales no se puede buscar una alianza con los trabajadores norteamericanos. Esa subestimación del rol del proletariado internacional en la cuestión colonial surge inevitablemente del intento de *no asustar a la burguesía imperialista 'democrática'*, sobre todo a la de Estados Unidos. Está claro que quien espera encontrar un aliado en Roosevelt no puede transformarse en aliado de la vanguardia proletaria internacional. Esta es la línea divisoria fundamental entre la política de la lucha revolucionaria y la política de la conciliación sin principios" (*Ibid.*).

La historia posterior del APRA no ha hecho más que confirmar el papel de esta organización como un instrumento a favor de los intereses imperialistas en la región, y en el Perú en particular.

Lucha anti-imperialista y lucha de clases

Es necesario establecer algunas conclusiones de las posiciones planteadas por León Trotsky sobre la realidad latinoamericana en los años 30. Si bien es correcta su distinción, siguiendo a Lenin, entre naciones opresoras y naciones oprimidas, en modo alguno esto significa que los marxistas estemos obligados a dar apoyo, del tipo que sea, y *bajo cualquier circunstancia*, a todos los gobiernos latinoamericanos o de cualquier país ex-colonial que, circunstancialmente, entren en conflicto con el imperialismo, como suelen hacer las sectas ultraizquierdistas. Lo que sí constituye una política de principios es denunciar y combatir al imperialismo como enemigo bajo cualquier circunstancia, pero dependerá de factores concretos: como el carácter o la orientación de clase del gobierno que colisiona con el imperialismo, su relación con las masas oprimidas de su país, la situación concreta de la lucha de clases dentro del país y en los países de su entorno, etc. lo que determinará el grado de apoyo o de no apoyo de los marxistas a dichos gobiernos y, por lo tanto, de las tácticas y consignas que debemos plantear en cada caso concreto; incluida la de plantear una alternativa obrera independiente a la de ambos contendientes. En definitiva, los conflictos con el imperialismo y a lucha anti-imperialista en general, como cualquier aspecto de la lucha y de las reivindicaciones democrático-nacionales, están supeditados para los marxistas al interés supremo de la lucha de la clase obrera para hacer avanzar la revolución socialista, en cada país e internacionalmente.

La lucha anti-imperialista y la construcción del partido revolucionario

Otra de las conclusiones que debemos extraer está vinculada a la construcción del partido revolucionario. Trotsky señalaba que movimientos políticos como el PRM de Cárdenas (antecesor del PRI mexicano) o el APRA eran una especie de Frente Popular bajo la forma de partido, en el sentido que eran organizaciones policlasistas que incluían desde fracciones de la burguesía hasta sectores del proletariado. Trotsky consideraba que, enfrentados al imperialismo, estos partidos-Frente Popular tenían un cierto carácter progresista del que carecían los frentes populares organizados en Europa en los años 30 para abortar la revo-

lución. Aunque Trotsky planteaba que los núcleos de la IV Internacional deberían organizarse independientemente de esas organizaciones, insistía en que mantuvieran una actitud amistosa hacia el movimiento de masas, y opusieran de manera cuidadosa el programa científico del marxismo al programa amorfo y vacilante del nacionalismo pequeñoburgués, teñido con fórmulas semisocialistas, de estas organizaciones.

Aun así, Trotsky no se ataba a fórmulas organizativas rígidas y llegó, incluso, a proponer hipotéticamente un trabajo fraccional dentro del APRA: "Por supuesto no podemos entrar en un partido así; pero podemos crear un núcleo dentro de él para poder ganarnos a los trabajadores y separarlos de la burguesía" (*Discusión sobre América Latina*. 4 noviembre 1938).

Esto tiene relevancia para sacar lecciones del trabajo de los marxistas en movimientos políticos de masas de carácter nacionalista donde la clase obrera sí constituye la fracción mayoritaria y decisiva de dichos movimientos, que no fue el caso del PRM ni del APRA, pero sí el del peronismo en Argentina hasta los años 70 del siglo pasado, y experiencias similares. También es válido para el PSUV de Venezuela, pese a que este partido tiene características diferentes a las de los movimientos recién mencionados.

En todos estos casos, cuando los marxistas agrupan a una fracción muy pequeña de la clase trabajadora, no sólo está justificado un trabajo a largo plazo dentro de estas organizaciones, con la condición de no diluirse y mostrar un perfil claro, sino que es una absoluta necesidad para penetrar en las masas obreras y construir en el seno de las mismas sólidas fracciones marxistas que permitan agrupar a las capas más avanzadas de la clase y de la juventud revolucionaria, como un trabajo preparatorio para la formación de partidos obreros revolucionarios de masas en un estadio posterior, a partir de la escisión de estos movimientos de masas en líneas de clase cuando la revolución alcance un punto decisivo.

¹ *Declaraciones en Tampico*, 9 de enero 1937 (Escritos Latinoamericanos, Ed. CEIP. Pág. 31)

² Nombre adoptado por la Oposición de Izquierda Internacional en 1934 cuando tomó la decisión de iniciar la tarea de fundar una Cuarta Internacional, al margen de la Tercera Internacional estalinista, tras constatar la degeneración irreversible de esta organización después de la toma del poder por Hitler en Alemania. El nombre de Liga Comunista Internacional fue sustituido por el de Cuarta Internacional, cuando ésta fue fundada en septiembre de 1938 en París. La Oposición de Izquierda Internacional fue lanzada por Trotsky en 1929, tras su exilio de la Unión Soviética, para organizar la lucha de sus seguidores contra el estalinismo dominante en los Partidos Comunistas y la Internacional Comunista, donde estaban siendo expulsados y perseguidos.

³ *Sobre el segundo plan sexenal en México* (León Trotsky, 14 de marzo 1939)

Los planes contrarrevolucionarios del imperialismo norteamericano y su injerencia en América Latina

Patrick Larsen (CMI-Venezuela)

El golpe de estado en Honduras el 28 de junio del año pasado constituyó un punto de inflexión en la situación latinoamericana. Hasta esa fecha los imperialistas habían visto como un partido de izquierdas tras otro alcanzaba el poder en toda una serie de países estratégicos (Ecuador, Bolivia, Nicaragua, El Salvador, Paraguay y otros), pero no estaban en condiciones de poder impedir la extensión de la influencia izquierdista en el continente. Aunque las políticas de muchos de estos presidentes es sumamente contradictoria, y en algunos casos abiertamente reformista, como en los casos de Mauricio Funes en El Salvador, Daniel Ortega en Nicaragua, para no hablar de Lugo en Paraguay, está claro que las masas votaron de forma entusiasta por estos candidatos para seguir el ejemplo revolucionario que Venezuela ha dado en los años recientes.

La derrota del golpe de estado de 11 de Abril de 2002 en Venezuela fue un acontecimiento histórico, pues mostró que la correlación de fuerzas no estaba a favor de los imperialistas, sino al contrario, a favor de las masas de obreros, campesinos y pobres de América Latina. El imperialismo, aún contando con su enorme aparato militar y sus armas de destrucción masiva, no podía derrotar a la revolución en un país como Venezuela, que anteriormente era concebido como parte de su “patio trasero”. *El movimiento revolucionario en Venezuela que derrocó el golpe de estado llenó las masas en todo el continente de un sentimiento de confianza en sus propias fuerzas* y este hecho explica en parte la posterior oleada de elecciones a la izquierda en los países mencionados.

Ahora bien, para ciertos sectores reformistas, sobre todo en Venezuela, esta situación temporal creó muchas ilusiones en la “vía constitucional”, es que decir, en la posibilidad de tener un desarrollo lento con reformas tímidas y graduales que pudieran transformar la sociedad poco a poco. Los marxistas explicamos una y otra vez que todos estos gobiernos progresistas al día siguiente de sus respectivas victorias, tendrían que elegir entre servir a las masas explotadas o servir a la clase dominante y su amo imperialista. Dijimos que no existía una vía intermedia y agregamos que los imperialistas no iban a tolerar a los gobiernos que entorpecieran su dominación de clase y limiten su poder o simplemente que abrieran el camino al movimiento revolucionario de las masas.

Al poco tiempo vimos esta perspectiva convertida en realidad: Mel Zelaya, el presidente legítimo de Honduras, a pesar de provenir de uno de los partidos tradicionales de la oligarquía, el Liberal, empezó a vincularse a los países del ALBA y trató de aplicar algunas reformas progresistas. Finalmente intentó convocar un referéndum sobre la convocatoria de una asamblea constituyente. Estas reformas, a pesar de ser tímidas y limitadas, chocaron con una resistencia feroz por parte del imperialismo y las 30 familias de la oligarquía hondureña que no podía permitir que en el seno de las masas de trabajadores y campesinos hondureños anidara la idea de que ellos mismos podían determinar el futuro del país. Eso fue lo que llevó al golpe del estado en junio. En ésta época, incluso las reformas democráticas más limitadas representan un peligro mortal para las clases dominantes de nuestros países.

Por estas mismas fechas vimos otro acontecimiento importante que mostraba con toda claridad el intento imperialista de reforzar sus fuerzas en América Latina: La firma del contrato con Álvaro Uribe, el entonces presidente de Colombia para la instalación de ocho bases militares norteamericanas en dicho país. Junto a esto podemos sumar la reactivación de la Cuarta Flota de la Marina de EEUU, cuyo principal objetivo es proteger intereses estadounidenses en el Caribe y el Atlántico Sur. La conclusión es clara: el imperialismo está intentando frenar el avance de la revolución latinoamericana y reconquistar un cierto grado de control político y militar en el continente.

La estrategia del imperialismo en Venezuela

Desde el principio de la revolución venezolana, con la elección de Hugo Chávez a la presidencia en el 1998, hemos visto como el imperialismo estadounidense ha tratado de aplastar el proceso. Después los fracasos del golpe de estado de 2002 y del paro-sabotaje petrolero de diciembre del mismo año, ambos acontecimientos planificados en detalle con la participación activa de la CIA, vimos como se intentó intervenir de forma más indirecta, financiando a organizaciones contrarrevolucionarias y partidos políticos de la derecha en una estrategia de desgaste. Este envío de dinero, que no solo va a organizaciones en Venezuela, se realiza a través de organismos como National Endowment for Democracy (NED) y United States Agency for International Development (USAID) que cada año suministran millones de dólares a sus títeres contrarrevolucionarios en los distintos países. De esta forma, organizaciones derechistas como SUMATE, Primero Justicia, Acción Democrática, COPEI y también la CTV, la corrupta confederación sindical proimperialista, recibieron decenas de miles de dólares.¹

Ahora el eje central para los imperialistas es la campaña hacia las elecciones legislativas del 26 de septiembre de este año. Resulta difícil prever exactamente qué va a ocurrir en estas elecciones, pero está claro que la oposición tratará de ganar una representación importante en la Asamblea Nacional para poder bloquear y frenar la revolución desde el mismo parlamento. Aún logrando solo una minoría en la nueva asamblea, como por ejemplo 1/3, utilizarán



Ejército colombiano realizando maniobras

estos representantes legales para viajar a lo largo y ancho del país tratando de movilizar a su base social entre la pequeña burguesía y a la vez crear apatía y desmoralización en la clase obrera y entre los pobres.

A esto hay que sumarle el sabotaje de los capitalistas del sector alimenticio que ha creado una situación de desabastecimiento de muchos productos básicos que no se encuentran disponibles en los supermercados. Los que sí están a la venta, han aumentado rápidamente de precio, fruto de la escasez que han provocado los capitalistas con el freno de la producción en estos sectores.

Otro elemento en esta estrategia es la infiltración sistemática de grupos paramilitares colombianos en Venezuela. En octubre del 2009, el servicio de inteligencia venezolano, la DISIP, logró detener a un dirigente paramilitar quien confesó que hay alrededor de 2.000 paramilitares, sobre todo de nacionalidad colombiana, en Venezuela. Su método es infiltrar organizaciones sociales, como los consejos comunales, para así intentar generar un ambiente de caos y conflicto en el país. En otros incidentes se ha visto que estos paramilitares han sido detenidos con grandes reservas de armamento, aparentemente con planes de atacar instituciones del gobierno venezolano.

En muchos sentidos la nueva estrategia de la contrarrevolución en Venezuela es parecida a la que utilizó el imperialismo para derrotar a la revolución Sandinista en Nicaragua en los años 80. El objetivo es, poco a poco, desmoralizar la base social de la revolución y crear un ambiente de inestabilidad en el país, creando las condiciones necesarias para derrumbar a Chávez, ya sea por la vía “legal” o “extralegal”.

Las razones del odio de los imperialistas hacia Chávez y la revolución bolivariana no son meramente económicas (Venezuela suministra el 15% del consumo petrolero norteamericano), sino sobre todo políticas. Desde el punto de vista del imperialismo, *el problema principal es que la revolución venezolana representa un peligro mortal por el ejemplo que da a las masas oprimidas en todo el continente*. Por esto se vuelve una necesidad histórica para los imperialistas acabar con Chávez y la revolución venezolana para así apagar el fuego revolucionario que se ha encendido, no solo en Venezuela sino en todo el continente.

Las bases militares: La cara fea de Obama

A un año y tres meses de la llegada de Obama al poder, los que esperaban un cambio profundo estarán algo decepcionados. Esto se ve de forma más clara en su política hacia América Latina. Al fin y al cabo Obama es el máximo representante del imperialismo norteamericano y por ello tiene que defender sus intereses. Esto explica la reciente decisión de aumentar la presencia militar estadounidense en la región.

En el mes de julio se firmó el acuerdo con Álvaro Uribe para instalar ocho bases militares norteamericanas en Colombia y dando acceso a Estados Unidos a todo tipo de instalaciones, civiles y militares, en Colombia. La más importante de estas bases está en Palanquero, permitiendo a las tropas estadounidenses un control total sobre los movimientos en la costa pacífica. El congreso en Washington ha decidido invertir 46 millones dólares tan solo en esta base.

Claramente, el objetivo de la instalación de las bases militares no es “la lucha contra el narcotráfico”, sino más bien frenar el movimiento revolucionario en Colombia y otros países de América Latina. Quieren convertir Colombia en un campo armado. En más de diez años Colombia ha aumentado su presupuesto militar del 2,5% del PIB al 5%. De hecho, Colombia es hoy el país del mundo que más gasta en su presupuesto militar como porcentaje del PIB, sólo superado por Israel y Burundi. Este nuevo acuerdo con Colombia llegó después de que el contrato de la base militar de EE.UU. en Manta, Ecuador, venció y no fue renovada por el presidente Correa.

El imperialismo y Cuba

Desde la victoria de la revolución cubana hace 50 años, Cuba ha representado un faro para las masas en toda Latinoamérica. La existencia de una economía planificada que, a pesar de todos los obstáculos, el bloqueo comercial, y los creados por la propia burocracia, etc., ha logrado garantizar vivienda, sanidad y educación gratuitas para las masas, es un ejemplo en todas partes. Pero para el imperialismo es una fuente constante de irritación pues muestra en la práctica que sí es posible una alternativa al capitalismo y la economía del mercado.

Durante décadas hemos visto como el imperialismo ha intentado destruir la revolución cubana, empezando con la fracasada intervención militar en Bahía de Cochinos en 1962. A pesar de los numerosos intentos de asesinar a Fidel Castro y el bloqueo comercial, los imperialistas se han visto incapaces de destruir la revolución cubana. Es increíble ver la hipocresía del imperialismo que crítica a Cuba supuestamente por no “respetar los derechos humanos” mientras guarda silencio frente a las torturas en su Base Naval de Guantánamo o en Irak y Afganistán.

Con la retirada de la escena de Fidel Castro, hay sectores dentro del propio aparato estatal cubano que están considerando la introducción de medidas capitalistas en la economía cubana. A la vez hay sectores más inteligentes del propio imperialismo, quienes calculan que sería mucho más fácil empujar a Cuba hacia una restauración capitalista si se deja a un lado el bloqueo y se restablecen relaciones comerciales con Cuba. De esta manera, poco a poco, se podría socavar el monopolio estatal del comercio exterior y preparar el escenario para ahogar a Cuba con las mercancías capitalistas. Los revolucionarios de Cuba y el resto del continente lucharán con toda dedicación y esfuerzo para evitar semejante desarrollo, pero está claro que la suerte de la revolución cubana está íntimamente ligada a las perspectivas para Venezuela y Bolivia, es decir la extensión de la revolución a nivel continental en un primer momento.

¿Cómo combatimos al imperialismo?

En otros países también hemos visto la mano del imperialismo detrás algunos de los acontecimientos recientes. Tal fue el caso en Bolivia durante los intentos de golpe de estado “a cámara lenta” que protagonizaron sectores de la ultra-derecha, empezando con los prefectos en las regiones de la Media Luna y sobre todo en Santa Cruz de la Sierra.

La revolución bolivariana debe de luchar en todos los frentes posibles, incluyendo el frente diplomático. Pero hay que entender que el imperialismo defiende sus intereses,

siempre que sea posible, con formas “democráticas” y “legales”, pero que no duda en recurrir a todo tipo de métodos ilegales si es necesario. Para la revolución, el internacionalismo no es una consideración secundaria sino una cuestión de vida o muerte. En última instancia, sólo se puede acabar con la amenaza del imperialismo, de los EEUU y de los países capitalistas de Europa, mediante la abolición del sistema capitalista a nivel mundial. Eso significa, la expropiación de los grandes banqueros, empresarios y latifundistas en Venezuela, Bolivia, y en toda América Latina, combinado con un llamamiento revolucionario a los trabajadores de los países capitalistas avanzados a ir en la misma dirección.

La construcción de un poderoso movimiento de masas a escala mundial en defensa de la revolución venezolana y latinoamericana puede contribuir a desenmascarar las maniobras del imperialismo. Por este motivo la Corriente Marxista Internacional tomó la iniciativa de lanzar la campaña internacional Manos Fuera de Venezuela y la ha apoyado consecuentemente. La campaña MFV puede estar orgullosa del trabajo que ha hecho para movilizar a la opinión pública del mundo en apoyo a la revolución bolivariana. En su haber cuenta con la aprobación unánime de una resolución de los sindicatos británicos en apoyo a la revolución venezolana, el acto de masas con 5.000 jóvenes en Viena para oír al presidente Chávez, entre otros logros.

Desde unos modestos inicios, la campaña está ahora presente en más de 40 países. Estos son logros importantes, pero es sólo el inicio. Lo que se necesita es algo más que una campaña de solidaridad. Lo que necesitamos es una organización internacional revolucionaria basada en la lucha contra el imperialismo y el capitalismo, por el socialismo y en defensa de la revolución venezolana y latinoamericana. Lo que necesitamos es una auténtica Internacional revolucionaria. Es por ello que recibimos con gran entusiasmo el llamado de Chávez a favor de la V internacional socialista. Esta propuesta abre la posibilidad de agrupar a todos los sectores revolucionarios para defender la revolución latinoamericana.

La única manera viable para defender la revolución en Venezuela es luchar por que se complete definitivamente la revolución socialista con la expropiación de los capitalistas, los terratenientes y los banqueros y por el otro lado por la extensión de la revolución a otros países. En el último análisis es importante destacar que ni la revolución venezolana, ni la cubana podrán sobrevivir si se quedan aisladas. Por este motivo se vuelve más vigente que nunca la consigna de una federación socialista de América Latina. La otra alternativa es la que vimos en Honduras: una victoria sangrienta de la contrarrevolución y la instalación de un régimen profundamente reaccionario. Es por ello que debemos llamar a todos los revolucionarios de América Latina a la atención: ¡Honduras es una advertencia! Ahora más que nunca: ¡Socialismo o barbarie!

¹ Una amplia documentación de la injerencia norteamericana en Venezuela se encuentra en los dos libros del periodista Eva Golinger: “El código Chávez” y “Bush vs. Chávez”.

A 100 años del inicio de la revolución mexicana de 1910

Rubén Rivera (Tendencia Marxista Militante-México)

Hoy, México es un país predominantemente urbano, con más del 75% de la población viviendo en zonas urbanas y con una poderosa clase obrera, incluyendo a 10 millones de obreros organizados en sindicatos. La tarea es luchar por construir una dirección marxista del movimiento obrero que pueda llevar a las masas a la victoria. Los revolucionarios de hoy aprendemos de las luchas del pasado y las retomamos para avanzar en la lucha por el socialismo, única forma de llevar al triunfo la lucha que otras generaciones ya iniciaron.

El régimen de Porfirio Díaz

Para comprender la revolución mexicana de 1910 es necesario analizar cuál era el contexto económico, social y político del México de finales del siglo XIX.

El 97% del territorio nacional era propiedad de 830 latifundistas, en un lapso de 20 años el 90% de los ejidos desapareció. Para 1910, la masa campesina se dividía de la siguiente forma: 479,074 campesinos libres, 591,752 obreros asalariados sujetos económicamente a la hacienda (peones), 430,896 trabajadores en otras ocupaciones.

En contexto, la inversión productiva no tenía sentido para el hacendado, quien lo que deseaba era tener mayores beneficios, sin importar la muerte por cansancio o la miseria de sus trabajadores. En un momento dado, la hacienda se conforma como una unidad económica autónoma o casi autónoma, que tiene sujetos a sus trabajadores por medio de la coerción directa o indirecta. El cultivo de los productos dedicados a la alimentación se restringe sólo a lo necesario para el sostenimiento de los peones, mientras que el



General Pancho Villa tras la victoria en Torreón, 1914

que corresponde a los productos de demanda internacional se extiende de manera explosiva y estimula, en este caso sí, la introducción de tecnología avanzada, tanto en la producción como en el transporte de las mercancías. Se prioriza el henequén, el azúcar, el algodón, entre otros cultivos que dominan las zonas costeras. Algunos le llaman a esto economía de enclave; donde el núcleo de desarrollo está aislado del conjunto de la economía regional y de poco o nada sirve para la creación de un mercado interno, dado que la producción está destinada al comercio internacional y el gasto en mano de obra es apenas el mínimo indispensable para evitar la muerte por hambre.

Las ideas socialistas europeas llegaron relativamente tarde a nuestro país y desgraciadamente los primeros en difundir el socialismo fueron los anarquistas. En 1865 se crea un primer grupo socialista de tendencias anarquistas, ellos fueron los que impulsaron las primeras huelgas.

El papel de los trabajadores y activistas del Partido Liberal (surgido en 1901 y que rápidamente fue girando al anar-



Porfirio Díaz Mori. Militar y Presidente de México hasta 1911

quismo) fue ejemplar. En ningún caso arguyeron motivos estratégicos para hacerse a un lado del destino que la dictadura preparó para aquellos que osaran rebelarse, por lo que los pelotones de fusilamiento, las horcas, las cárceles siempre incluyeron una generosa cuota de activistas del Partido Liberal, que con el ejemplo querían acicatear la conciencia de los trabajadores.

Lamentablemente su sacrificio no se acompañó con un plan para involucrar a la mayoría de los trabajadores del país, es decir los campesinos, ante los cuales se adoptó una actitud sectaria que lamentablemente los fue aislando de las corrientes principales de la lucha.

No obstante, para los años a los que nos referimos, los movimientos sindicales que estallaron constituyeron el principal problema social para el régimen: en 1905 se realiza una huelga en Guadalajara, en 1906 las minas de Cananea son testigos de una histórica lucha obrera en la cual, los trabajadores son masacrados por un grupo de policías norteamericanos que cruzaron la frontera con el beneplácito de

las autoridades porfiristas. En 1907 tocó al Gran Circulo de Obreros Libres, sindicato textil de Río Blanco, Veracruz, dar la batalla. En 1908 son los ferrocarrileros los que se levantan y también son reprimidos.

Para 1910, el repudio de los anarquistas a la política oficial era tal que tomaron la campaña de Madero como una más en la farsa electoral burguesa y de este modo profundizaron su aislamiento que a la larga los condenaría a no jugar un papel importante durante los episodios más importantes de la revolución.

El maderismo

Lenin decía que para que una revolución estalle es necesario que las masas oprimidas no soporten continuar viviendo como hasta ese momento y que estén decididas a luchar contra el sistema, además, que exista una crisis en el seno de las clases poseedoras de tal modo que les sea imposible continuar gobernando como hasta ese momento, es decir que exista una crisis en el sistema político que se exprese en enfrentamientos en el seno mismo de la elite dominante. En ese sentido para 1910 las contradicciones eran cada vez más evidentes. Dentro de diversos círculos burgueses y pequeñoburgueses se comenzaron a formar grupos que poseían el común denominador de estar en contra de la reelección de Díaz. Francisco I. Madero, miembro de una de las familias más acaudaladas de Coahuila fue el más decidido, lanzándose como candidato a la presidencia.

La campaña de Madero se convirtió en un punto de referencia para toda la oposición. Esta situación obligó a Porfirio Díaz a tomar medidas para que la candidatura de Madero no siguiera creciendo, por lo que mandó detenerlo en Monterrey. Entonces, como ahora, la burguesía en el poder no vacila en violar el juego democrático si las masas se vuelcan en torno al candidato “equivocado”, poniendo de este modo en riesgo la estabilidad del sistema.

Madero logró escapar de la cárcel y una vez enterado de los detalles del descomunal fraude que se orquestó, se ve en la necesidad de convocar a la rebelión, planteando un levantamiento en armas para el día 20 de noviembre. La actitud de Madero al llamar a la rebelión contrasta con la actitud conciliadora que le caracterizó antes, pero también después del estallido. Da la impresión de que aún confiaba en que el llamado al levantamiento sería suficiente para que el gobierno lo llamara a negociar. Prueba de ello es que no había una coordinación nacional en los preparativos rebeldes para el 20 de noviembre y que el propio Madero no ingresó al país sino hasta algún tiempo después.

Los únicos que acudieron puntuales al llamado fueron los campesinos de Chihuahua. El día 14 de noviembre, el dirigente campesino Toribio Ortega, junto con algunas decenas de compañeros, se levantó en armas en el pueblo de Cuchillo Parado. Los demás revolucionarios chihuahuenses lo hicieron en torno a la fecha convenida del 20 de noviembre. Abraham González, el hombre de confianza de Madero en Chihuahua, logró unir a la causa a Pascual Orozco, un antiguo arriero y comerciante con fuertes vínculos en diversos poblados y a Francisco Villa, un campesino obligado por azares del destino a sobrevivir al margen de la ley.

La marca del movimiento revolucionario de Chihuahua era la del campesino que transitaba vertiginosamente hacia la

proletarización. El crecimiento de las haciendas, particularmente las del clan Terrazas-Creel, se hacía a costa de las tierras de los pueblos, muchos de las cuales tenían tradiciones de defensa armada desde los tiempos de la lucha contra los apaches. Así que los campesinos pasaban a trabajar en las minas, ferrocarriles o en las cosechas de los hacendados o en la ganadería según se diera su suerte en el transcurso del año.

Cuando se levantaron en noviembre de 1910, tenían muy poco que agradecer al régimen y a la vez muy poco que pactar con él.

Para los campesinos bastaba la promesa vaga de restitución de tierras para que el levantamiento se generalizara, no hay que olvidar que durante el porfirismo el 90% de las tierras comunales fueron arrebatadas a los campesinos.

Madero a duras penas logra integrarse a los contingentes campesinos armados que aún en contra de su voluntad toman Ciudad Juárez en la frontera con Estados Unidos. El régimen porfirista cayó como un castillo de naipes.

Realmente los acuerdos que llevaron a la salida de Porfirio Díaz no correspondían al tamaño de la derrota. Madero no sólo no procedió a depurar el aparato del Estado, sino que prácticamente lo dejó intacto, en realidad se ofrecía a los dirigentes campesinos entregar las armas a cambio de nada. El desconcierto no dejó de expresarse en actitudes de inconformidad e incluso de rebelión. Villa y Orozco muestran hostilidad hacia Madero a tal grado que el primero es obligado al retiro.

En la medida en que la rebelión fue en su abrumadora mayoría un asunto campesino y no había ninguna medida para devolver las tierras, los revolucionarios eran reticentes a entregar las armas. En el caso de Morelos, donde los campesinos habían recuperado directamente sus tierras y quemado algunas haciendas, la negativa tomó carácter de enfrentamiento.

Zapata, su dirigente, tenía una larga historia como defensor de los intereses de su pueblo y no estaba dispuesto a entregar las armas como reclamaban los maderistas, sino



Campesinos trabajando en una hacienda productora de azúcar

hasta que se materializara la promesa de la devolución de las tierras.

Entre julio y agosto de 1911 se llevan a cabo pláticas entre Madero y Zapata, que se suspenden ante la constatación por parte de los revolucionarios del sur que mientras sucedían las conversaciones, el ejército federal amenazaba con cercarlos. La ofensiva militar del ejército federal, comandado por Victoriano Huerta, obligó a los zapatistas a esconderse en las montañas.

Los procesos revolucionarios, una vez que han sido activados provocan una gran polarización entre las distintas clases, a tal grado que la violencia se vuelve cotidiana, la lucha se extiende en medio de ascensos y reflujos de la marea revolucionaria, los cuales pueden durar días, meses o años, hasta que una de las clases impone su hegemonía a las demás, rompiendo las trabas que limitaban su desarrollo. En el caso de México, en 1911 el proceso apenas iniciaba. La burguesía que provenía de las capas medias del porfirismo, vivía del extranjero y de los grandes latifundistas, precisamente los obstáculos para su desarrollo como clase, esta situación de dependencia los colocaba como un grupo más bien expectante al inicio del proceso. El proletariado, también de reciente origen, no tenía organizaciones políticas de importancia.

La clave de la revolución mexicana fue el movimiento campesino y tenía un carácter básicamente anti feudal por estar dirigida en contra de los grandes terratenientes, pero al mismo tiempo tenía un aspecto anticapitalista en la medida de que afectaba directamente los intereses de los inversionistas extranjeros, uno de los principales propietarios de tierras y explotaciones mineras.

El movimiento campesino, al rebelarse, no elaboraba un programa que aglutinara a los descontentos, más bien en un inicio aprovechaba el programa democrático burgués para tratar, por medio de él, de alcanzar sus objetivos. Pero en la medida en que la burguesía, por sus compromisos, origen y forma de ser estaba más cerca de la oligarquía que de los campesinos pobres, se generaba en el campesinado una abierta insatisfacción ante los distintos gobiernos burgueses que se mostraban incapaces de resolver el problema de la tierra.

Entre 1911 y 1912 se sucedieron levantamientos en Sinaloa, Nayarit, Tlaxcala, Jalisco, Tamaulipas y por supuesto, Morelos.

Madero era un burgués, firme creyente en que los pobres e ignorantes campesinos eran una amenaza y por ello no vaciló en actuar contra ellos, aunque su actitud distaba mucho de parecerse a la de Díaz. La gran burguesía terminó por achacar los disturbios a su falta de energía y fue fraguando en su seno la idea de sustituirlo. Para la oligarquía y sus socios del extranjero, era necesario eliminarlo, no porque fuera demasiado revolucionario, sino porque no era lo suficientemente contrarrevolucionario.

Los caudillos campesinos y el auge de la revolución

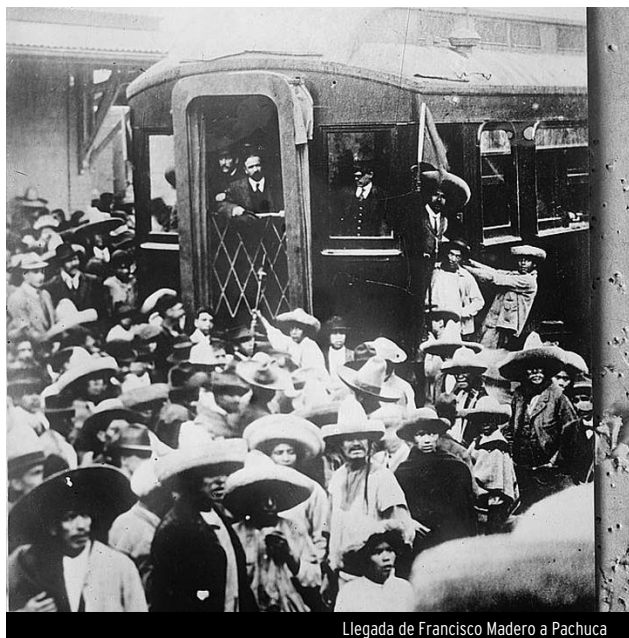
A principios de 1913, la reacción decide finalmente deshacerse de Madero. El 9 de febrero los grupos más representativos de la oligarquía concluyen la elaboración de un plan para dar un golpe de Estado, el cual se ejecuta culminando

con el asesinato de Madero y la llegada al gobierno del jefe del ejército Victoriano Huerta.

De esta forma, los representantes de la contrarrevolución asumen el control del gobierno de forma temporal. Huerta instaura una dictadura militar sostenida por la oligarquía porfirista, los Estados Unidos y algunos generales oportunistas.

La misión de la dictadura era restablecer el orden perdido luego del levantamiento de 1910. Consideraban que Madero, al ser demasiado débil de carácter, estaba permitiendo que la rebelión se desarrollara. Ellos, en cambio, aplicaron una feroz represión. Sin embargo, los resultados fueron totalmente contrarios a los esperados.

Por un lado, los campesinos como Zapata no podían tener ninguna confianza en el regreso de los “científicos”, especialmente si su jefe era Huerta. Por otro lado, otros movimientos que habían tolerado al régimen de Madero por considerarlo un gobierno legítimo ya tuvieron más pretextos y se lanzaron a la lucha.



Llegada de Francisco Madero a Pachuca

Algunos sectores de la burguesía nacional que permanecían expectantes decidieron entrar en acción. La caída de Madero, con quien tenían una alianza, significaba un paso atrás en sus aspiraciones de ir logrando espacios de poder. Ante la disyuntiva de enfrentarse al poderoso movimiento popular que se estaba desencadenando o tratar de encabezarlo, optaron por esto último, tratando de darle continuidad a la lógica maderista de democracia sin reformas sociales.

El 26 de marzo de 1913 se dio a conocer el Plan de Guadalupe, en el que Venustiano Carranza, un viejo amigo de los Madero y porfirista adaptado a los nuevos tiempos, se autoproclamó “primer jefe del ejército”.

Pese que algunas de sus principales cabezas tenían antecedentes dentro del régimen porfirista, el Plan de Guadalupe constituye un claro ejemplo del proceder de la burguesía, la cual sin justificación alguna se proclama representante legal del pueblo y se la autoridad de declarar legal o ilegal a algún otro movimiento que, como el zapatista, no lo aceptara como mando supremo.

Entre aquellos que se sumaron a los carrancistas estaban algunos miembros de la pequeña burguesía nortea que ya comenzaba a destacarse por su gran ambición de poder y dinero. Eran estos, elementos lo suficientemente faltos de poder económico y político como para luchar en contra de la oligarquía, pero lo suficientemente acomodados como para temer seriamente las aspiraciones obreras y campesinas de transformación social. Precisamente estos elementos, en el río revuelto de la revolución, podían aprovechar las circunstancias para situarse en posiciones inimaginables fuera de ella. Éste fue el caso de los Obregón, Serrano, Calles, De la Huerta, que serían conocidos en el futuro como los sonorenses.

El aparente radicalismo liberal de su discurso cumplía más bien el papel de cubrir la ausencia de convicciones políticas firmes, como no fuera la fidelidad a sus propias personas. Los obregonistas estaban con Carranza porque en este bando podían satisfacer sus apetitos de poder y dinero. Ni Villa, ni Zapata eran para ellos más que la posibilidad de expropiaciones para su propia clase y en el fondo, esto hacía imposible una alianza duradera con dichos bandos.

Al lado de los constitucionalistas, pero en el fondo de una naturaleza muy distinta, se encontraban los villistas. Villa aún antes de la muerte de Madero había logrado escapar de su reclusión en la Ciudad de México. Le habían dado a conocer el plan para asesinar al presidente y si permanecía en prisión, su fusilamiento a manos de Huerta hubiera sido inevitable. Ya en la frontera, entró a México en la zona de Ciudad Juárez con apenas nueve hombres y rápidamente formó un grupo de cientos de campesinos. De forma similar, otros campesinos como Toribio Ortega, Calixto Contreras, Maclovio Herrera, sumaron fuerzas de cientos de personas que se agruparon en torno a las que ya poseía Villa. En septiembre de 1913, los campesinos, convertidos en generales, proclamaron a Villa como jefe de la División del Norte, la maquinaria de guerra que derribó al régimen huertista.

La guerra contra Huerta

El ejército villista aplastó las principales fuerzas huertistas en todo el territorio de Chihuahua, Coahuila y Durango. Al mismo tiempo las tropas de Pablo González y Obregón se mantenían relativamente estancadas, ello significaba un peligro para la jefatura de Venustiano Carranza, el cual estaba sumamente interesado en impedir que la revolución social que representaba el ejército villista alcanzara el triunfo definitivo sobre Huerta.

Por su parte los huertistas decidieron hacerse fuertes en Zacatecas, una ciudad rodeada por cerros desde los cuales sería posible, ellos pensaban, aniquilar cualquier ofensiva y de ese modo cambiar drásticamente el curso desfavorable que la guerra tenía hasta ese momento.

El 23 de junio Villa ordenó el ataque, el cual se centró en destruir las fortificaciones federales de los cerros de la Bufa y el Grillo. Una vez que esto se logró, se desató un avance contundente de la caballería, que terminó por generar el desconcierto y derrota del ejército federal. Se dice fácil, pero la maniobra fue dura y costó la vida de más de 6 mil soldados en un solo día.

Con esta derrota, la suerte de Huerta quedó echada y lo único que quedaba pendiente era a quién se rendiría el ejército huertista, si a Obregón o a Villa.

El asunto se definió con la decisión de Carranza de hostigar las líneas de aprovisionamiento de la División del Norte y al mismo tiempo obligar a Obregón a que avanzara a marchas forzadas hacia la capital del país. Villa tenía la opción de enfrentarse directamente a Carranza, pero ello hubiera significado un respiro para las tropas huertistas que ningún revolucionario podía permitir.

La Convención Nacional Revolucionaria

Ambos bandos quedaron en resolver sus diferencias en una convención, luego de que comisiones de villistas y carrancistas se reunieron en Torreón, sin que Carranza respetara lo allí acordado. La Convención se verificaría luego de la derrota definitiva de las tropas federales, cuando esto sucedió en agosto de 1914. Carranza se empeñó en que dicha Convención se realizara en la Ciudad de México y que en ella participaran exclusivamente las fuerzas que reconocieran su mando supremo.

Villa no sólo se opuso, sino que propuso integrar a la Convención a las fuerzas zapatistas. Muchos generales carrancistas amenazaron con romper con el jefe supremo si éste no accedía a la realización de la Convención, por lo que éste finalmente accedió y permitió que sus generales acudieran a la ciudad de Aguascalientes como la sede del encuentro, que se realizó en octubre de 1914.

La Convención Nacional Revolucionaria era en cierta forma la reunión más amplia de los jefes militares campesinos que se había realizado hasta ese entonces. Incluso los zapatistas hicieron su aparición interviniendo con gran efectividad.

La Convención aprobó un programa social que tenía como objeto atender las necesidades más urgentes de los campesinos y los obreros. Al mismo tiempo se declaró soberana, es decir en cierto sentido, desconoció a la autoridad de Carranza como presidente provisional.

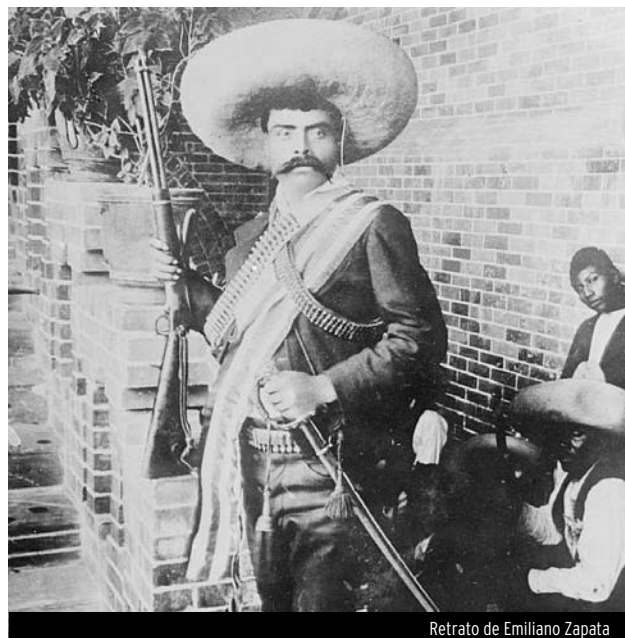
En un momento determinado, presa del ambiente, Obregón y sus aliados optaron por aceptar la soberanía de la convención y por ello jugaron un papel determinante en los acuerdos fundamentales que fueron alcanzados. De hecho, la propuesta de Eulalio Gutiérrez como presidente de la república fue originada por los obregonistas. Los villistas cedieron a la propuesta de Obregón, la cual sonaba más o menos neutral.

Carranza declaró que no acataba dicho acuerdo y decidió retirarse a Veracruz. Las fuerzas militares que le eran fieles se reducían en esos momentos a las tropas de Pablo González. Cuando éstas iniciaron la retirada rumbo a Veracruz, sufrieron deserciones masivas. Por otro lado, los obregonistas, que habían participado en los acuerdos de la convención se retiraron hacia la región donde él se encontraba con el pretexto de convencer a Carranza. No obstante, ya lejos de la presión de la Convención, decidieron sumarse a Carranza.

Para los momentos en que las fuerzas de la Convención ocuparon la Ciudad de México, tenían el control militar del 80% del territorio y la mayor parte de las tropas. De hecho, la retirada descompuesta de Pablo González para reunirse

con su jefe en Veracruz lo había dejado prácticamente sin ejército. Las únicas fuerzas que ejercían un poder político y social real de parte de la Convención eran las de Villa y Zapata; una en Chihuahua, a más de 1000 kilómetros de la Ciudad y la otra en Morelos, en un área sólo circunscrita a los pueblos zapatistas. Villa y Zapata eran auténticos representantes y jefes de sus movimientos y aún a pesar de las influencias de intelectuales progresistas, eran ellos y su perspectiva campesina y regional la que definía su actuar.

La entrada de las tropas de Villa y Zapata a la Ciudad de México el día 6 de diciembre de 1914, marcó el punto más álgido del movimiento revolucionario campesino. Sin embargo, en términos de gobierno, pese a las crecientes dudas que suscitaba la actitud de Eulalio Gutiérrez, no hicieron previsiones importantes para enfrentar la traición que éste ya preparaba. De hecho su actitud de delegar a los elementos pequeño burgueses las tareas de gobierno facilitó la labor de elementos vacilantes, como José Vasconcelos y Martín Luís Guzmán, entre otros.



Retrato de Emiliano Zapata

En realidad, dichos elementos se pusieron del lado del campesinado pobre cuando el auge revolucionario parecía incontenible, pero cuando el auge de la lucha fue cediendo y llegó la hora de consolidar un programa, estos “funcionarios de gabinete” se dieron cuenta que se encontraban en un bando del que no había posibilidad de sacar provecho personales. En esas circunstancias comenzó a desarrollarse una desbandada que incluyó al propio Eulalio Gutiérrez, presidente de la Convención.

Zapata y Villa declararon sinceramente en Xochimilco que ellos no eran buenos para eso de los “gabinetes”. Hacía falta un movimiento con un programa muchísimo más profundo, que pudiera oponerse al de la burguesía carrancista o al reformismo de Obregón. Lamentablemente el movimiento obrero, representado en cuanto a fuerza organizada por la Casa del Obrero Mundial, tenía una dirección que combinaba el sectarismo hacia el movimiento campesino revolucionario con el oportunismo hacia el gobierno que le ofreciera mejores garantías de organización. Sobre las

relaciones entre el zapatismo y el magonismo, se podría decir que no eran del todo malas, no obstante fuera de una correspondencia relativamente regular nunca hubo una colaboración real.

Una gran carencia, tal vez la más determinante, en el seno de la Convención fue la ausencia del movimiento obrero organizado y al mismo tiempo, de una organización basada en él, que le permitiera construir un programa revolucionario que los carrancistas fueran incapaces de disfrazar como suyo.

Las fuerzas militares de la convención eran originalmente muy superiores a las carrancistas, de hecho llegaron a ocupar por bastante tiempo la capital del país, no obstante, políticamente no tenían cohesión y tampoco un proyecto coherente con el cual enfrentar al de la burguesía.

Aquí vemos la diferencia crucial entre la revolución rusa de 1917, victoriosa, y la revolución mexicana de 1910, que terminó derrotada. La Rusia de 1917 tenía muchos puntos en común con el México de 1910: un proletariado pequeño en número, una burguesía débil y asustada, y una composición social predominantemente campesina. La diferencia crucial en Rusia fue la existencia de una dirección política de la clase trabajadora que fue capaz de conectar las aspiraciones democrático-nacionales del campesinado con una fuerza en las ciudades capaz de ofrecer una alternativa al poder de la burguesía.

La derrota de la Convención y triunfo de la burguesía

Mientras la crisis política se desataba en el bando convencionista, los carrancistas se reorganizaban política y militarmente para emprender la contraofensiva. Políticamente se implementaron una serie de iniciativas demagógicas con el fin de arrebatar a los ejércitos campesinos las banderas agraristas, por supuesto todo sería después del triunfo. Al mismo tiempo, se tildaba de reaccionarios a los ejércitos campesinos.

El 6 de enero de 1915 se da a conocer una ley agraria que pretendía contrarrestar el Plan de Ayala zapatista, que había sido asumido por la Convención. Carranza por fin había cedido a los consejos de algunos de sus generales y al de su maquiavélico asesor Luis Cabrera. Prometer no empobrece, sería tal vez la idea prevaleciente en el campo carrancista. Del mismo modo se iniciaba una ofensiva de las tropas de Obregón hacia Puebla. La decisión de Villa fue el retirarse de la ciudad y entablar a las batallas en zonas más cercanas a sus líneas de abastecimiento.

Al final Obregón logra ocupar la capital, mientras que las fuerzas convencionistas se retiran con los zapatistas a Morelos.

Pese a que el despliegue de las fuerzas de la convención era enorme, era notable que la única fuerza que tenía cierta consistencia en la lucha contra los carrancistas era la proveniente de la División del Norte. La mayoría de aquellos que habían votado los acuerdos de la Convención, en su mayoría elementos pequeño burgueses, tanto civiles como militares, estaban desertando. Al mismo tiempo, los Estados Unidos, sin que Villa lo supiera, estaban dando todas las facilidades a Carranza para dotarse de recursos militares. El único bando consecuente con el que contaba el villismo era el zapatismo, pero este no sabía combatir fuera

de su zona de influencia y ello lo tornaba un tanto inútil en la proximidad de la batalla final en contra de Carranza.

De Marzo a Junio de 1915 se desataron las batallas decisivas de la revolución, decenas de miles de campesinos de ambos bandos quedaron sembrados en las tierras del centro de México. Militarmente la causa definitiva de la derrota fue la ausencia de material de guerra. Los Estados Unidos habían cambiado de bando surtiendo al bando carrancista y cortando los suministros a los villistas, que veían con frustración como muchas de sus armas estaban cargadas con balas de salva. A finales de año Villa iba en retirada hacia el norte, estaba debilitado pero aún no derrotado. Una nueva traición norteamericana lo decidiría todo.

Villa intentó una ofensiva hacia los terrenos de origen de los mandos obregonistas: Sonora. La idea era atacar por sorpresa las ciudades fronterizas de Sonora como Agua Prieta y desde ahí reiniciar una ofensiva. La idea era buena, sin embargo no contaba con que Obregón conocía esos planes y que el gobierno norteamericano permitió a las fuerzas de Obregón trasladar en tren a más de 3000 hombres de refuerzo para Calles, el jefe obregonista en Sonora en esos momentos. Cuando las fuerzas villistas atacaron se dieron cuenta que habían caído en una emboscada y tuvieron que retroceder.

El desenlace

La derrota de la división del norte en 1915 marcó el final de la fase ascendente de la revolución. Un año antes los campesinos tenían a la burguesía de espaldas al suelo. No obstante no pudieron consolidar un régimen alternativo al de la burguesía y ello determinó su derrota a la larga. Los siguientes años hubo nuevos protagonistas, tanto obreros como campesinos, no obstante, nunca hubo un año como 1914 cuando los campesinos pobres, desde jornaleros hasta peones, tuvieron el control casi total del país. Con un ejército que ellos mismos habían inventado, la División del Norte, habían destruido el ejército Federal y buscaban a ciegas pero sinceramente un destino distinto al que el capitalismo ofrecía. Hoy a casi 100 años de esos acontecimientos debemos retomar el estandarte, luchar por construir las bases para una revolución que cumpla con las aspiraciones por las que cientos de miles de hombres y mujeres entregaron su vida: acabar con la explotación.



Por la Quinta Internacional

Corriente Marxista Internacional

El llamamiento del presidente Chávez a organizar una nueva internacional revolucionaria, la Quinta Internacional, ha provocado discusión apasionada en las filas del movimiento obrero en América Latina y en todo el mundo. Los marxistas no podemos mantenernos indiferentes ante esta cuestión. ¿Qué actitud debemos tomar?



Hugo Chávez Frías, Presidente de Venezuela

La primera pregunta que debemos responder es: ¿necesitamos una Internacional? El marxismo es internacionalista o no es nada. Ya en los orígenes de nuestro movimiento, en las páginas del *Manifiesto Comunista*, Marx y Engels escribieron: “los trabajadores no tienen patria”.

El internacionalismo de Marx y Engels no era un capricho, ni el resultado de consideraciones sentimentales, sino que se derivaba del hecho de que el capitalismo se desarrolla como un sistema mundial –de las diferentes economías y mercados nacionales surge una sola unidad, indivisible e interdependiente– el mercado mundial.

Hoy en día, ésta predicción de los fundadores del marxismo ha sido demostrada de manera brillante, se podría decir que en condiciones de laboratorio. La dominación aplastante del mercado mundial es el factor más decisivo de nuestra época. Ningún país, por grande y poderoso que sea –ni los EEUU, ni China, ni Rusia–, puede mantenerse al margen de la poderosa atracción del mercado mundial. De hecho, esto fue uno de los motivos de la caída de la URSS.

La Primera y Segunda Internacionales

La Liga Comunista fue, desde su inicio, una organización internacional. Sin embargo, la formación de la Asociación Internacional de Trabajadores (la Primera Internacional) en 1864 representó un salto hacia adelante cualitativo. La tarea histórica de la Primera Internacional fue la de establecer los principios, el programa, la estrategia y la táctica más importantes del marxismo revolucionario a escala mundial. Sin embargo, en su origen, la AIT no era una Internacional

marxista, sino una organización extremadamente heterogénea, compuesta por sindicalistas reformistas británicos, proudhonistas franceses, italianos seguidores de Mazzini, anarquistas, y demás. Gradualmente, combinando firmeza en los principios con gran flexibilidad táctica, Marx y Engels ganaron a la mayoría.

La AIT consiguió poner los cimientos teóricos para una Internacional genuinamente revolucionaria, pero nunca fue una auténtica Internacional obrera de masas. Realmente fue un anticipo del futuro. La Internacional Socialista (Segunda Internacional), fundada en 1889, empezó dónde la Primera Internacional había terminado. A diferencia de ésta, la Segunda Internacional empezó como una Internacional de masas, agrupando y organizando a millones de trabajadores. Tenía partidos y sindicatos de masas en Alemania, Francia, Gran Bretaña, Bélgica, etc. Además, por lo menos de palabra, se basaba en el marxismo revolucionario. El futuro del socialismo mundial parecía asegurado.

Sin embargo, el infortunio de la Segunda Internacional fue que se formó durante un período prolongado de ascenso del capitalismo. Esto dejó su huella en la mentalidad de la capa dirigente de los partidos y sindicatos socialdemócratas. El período de 1871-1914 fue el período clásico de la socialdemocracia. Sobre la base de un auge económico prolongado, el capitalismo pudo hacer concesiones a la clase obrera o, más correctamente, a su capa superior.

La formación de una casta numerosa de dirigentes sindicales, burócratas del partido y carreristas parlamentarios llevó a un proceso de degeneración en el que la burocracia

cada vez estaba más divorciada de las masas y de las bases de las organizaciones. Gradualmente, de manera casi imperceptible, se perdieron de vista los objetivos revolucionarios. Los dirigentes fueron absorbidos en la rutina diaria de la actividad parlamentaria o sindical. Finalmente, encontraron teorías para justificar este abandono de los principios.

Ésta fue la base material de la degeneración nacional-reformista de la Segunda Internacional (Socialista), que quedó cruelmente al descubierto en 1914, cuando los dirigentes de la Internacional votaron por los créditos de guerra y apoyaron a “sus” propias burguesías en la carnicería imperialista de la Primera Guerra Mundial.

La Tercera Internacional

La Tercera Internacional (Comunista) empezó a un nivel cualitativamente superior al de sus dos predecesoras. Al igual que la AIT, en el punto álgido de su desarrollo, la Tercera Internacional defendía un programa revolucionario e internacionalista claro. Al igual que la Segunda Internacional, tenía una base de masas de millones de obreros. Una vez más, parecía que el destino de la revolución mundial estaba en buenas manos.

Bajo la dirección de Lenin y Trotsky, la Internacional Comunista mantuvo una línea correcta. Sin embargo, el aislamiento de la revolución rusa en condiciones de un espantoso atraso material y cultural provocó la degeneración burocrática de la revolución. La fracción burocrática de Stalin tomó el control, particularmente después de la muerte de Lenin en 1924.

León Trotsky y la Oposición de Izquierdas trataron de defender las tradiciones limpias de Octubre contra la reacción estalinista –las tradiciones leninistas de la democracia obrera y el internacionalismo proletario–, pero estaban luchando contra la corriente. Los trabajadores rusos estaban exhaustos, después de años de guerra, revolución y guerra civil. Por otra parte, la burocracia se sintió cada vez más fuerte, empujó a un lado a los trabajadores y tomó control del partido.

Con la última enfermedad de Lenin y su muerte, la burocracia, bajo Stalin y Bujarin, dio un giro hacia la derecha, conciliándose con los kulaks y otros elementos capitalistas en Rusia, tratando de llegar a un bloque con los supuestos elementos burgueses progresistas en los países coloniales (Chiang Kai-shek en China) y la burocracia obrera en occidente (el Comité Anglo-Ruso.) Ésta política oportunista llevó a la derrota sangrienta de la revolución china y a la pérdida de oportunidades revolucionarias en Gran Bretaña en 1926 y, todavía más importante, en Alemania en 1923.

Con cada derrota de la revolución internacional, los obreros soviéticos quedaban más desanimados y desmoralizados, y la burocracia y la fracción estalinista del Partido se fortalecían y adquirían más confianza. Después de la derrota de la Oposición de Izquierdas de Trotsky (1927), Stalin, habiéndose quemado los dedos con la política a favor de los kulaks, rompió con Bujarin y dio un giro ultra-izquierdista de colectivización forzada en Rusia, al mismo tiempo que

forzaba a la Internacional Comunista a adoptar la política loca del “Tercer Período”.

Trotsky y sus seguidores, los bolcheviques-leninistas, fueron expulsados del Partido Comunista y de la Internacional. A continuación, fueron calumniados, perseguidos, encarcelados y asesinados. Stalin trazó una línea de sangre entre la burocracia que usurpó y traicionó la revolución de Octubre y los trotskystas que lucharon por defender las auténticas ideas del bolchevismo-leninismo.

La Oposición Internacional de Izquierdas

El enorme potencial de la Tercera Internacional fue destruido por el ascenso del estalinismo en Rusia. La degeneración estalinista de la Unión Soviética causó estragos en las direcciones inmaduras de los Partidos Comunistas extranjeros. Mientras que Lenin y Trotsky veían la revolución obrera internacional como la única manera de defender el futuro de la revolución rusa y el Estado Soviético, Stalin y sus seguidores eran indiferentes ante la revolución mundial. La “teoría” del socialismo en un solo país expresa la limitación nacional del punto de vista de la burocracia, que consideraba a la Internacional Comunista como un simple instrumento de la política exterior de Moscú.

El peor resultado de ésta degeneración fue en Alemania. Trotsky hizo un llamado al frente único de obreros comunistas y socialdemócratas ante la amenaza Nazi. Pero sus advertencias a los miembros de los Partidos Comunistas cayeron en saco roto. La clase obrera alemana fue dividida por el medio. La política loca del “social-fascismo” dividió y paralizó al poderoso movimiento obrero alemán, y permitió a Hitler llegar al poder en 1933.

La derrota de la clase obrera alemana en 1933, como resultado de la negativa del Partido Comunista a ofrecer un frente único a los trabajadores socialdemócratas, fue un punto de inflexión. Trotsky sacó la conclusión de que una internacional que era incapaz de reaccionar ante una derrota de tal magnitud estaba muerta y que era necesario forjar una nueva internacional. La historia le dio la razón. En 1943, Stalin, después de haberla utilizado cínicamente como un instrumento de la política exterior de Moscú, enterró sin



Iósif Stalin durante el enfrentamiento con Zinóviev, Leningrado ca. 1925

pena ni gloria a la Internacional Comunista, sin ni siquiera molestarse en convocar un congreso. La herencia política y organizativa de Lenin recibió un duro golpe para todo un período histórico.

La Cuarta Internacional

Bajo las condiciones más difíciles de exilio, calumniado por los estalinistas y perseguido por la GPU, Trotsky trató de reagrupar a las pequeñas fuerzas que se mantenían leales a las tradiciones del bolchevismo y la revolución de Octubre. Desgraciadamente, además de la limitación numérica de sus fuerzas, muchos de los seguidores de la Oposición estaban confundidos y desorientados y se cometieron muchos errores, particularmente de carácter sectario. En parte esto era un reflejo del aislamiento de los trotskistas respecto al movimiento de masas. Este sectarismo está presente hoy en día en la mayoría de los grupos que se reclaman del trotskismo, pero que no han sido capaces de entender las ideas más básicas que Trotsky defendió.

Trotsky lanzó la Cuarta Internacional en 1938 sobre la base de una perspectiva concreta, que, sin embargo, fue falsificada por la historia. El asesinato de Trotsky por un asesino estalinista en 1940 fue un golpe mortal para el movimiento. Los otros dirigentes de la Cuarta Internacional demostraron que no estaban a la altura de las tareas que les planteaba la historia. Repetían las palabras de Trotsky sin haber entendido su método y, como consecuencia, cometieron toda una serie de errores que llevaron al naufragio de la Cuarta. La dirección de la Internacional fue totalmente incapaz de entender la nueva situación que había surgido después de 1945. La ruptura y las escisiones del movimiento trotskista tienen sus raíces en este período.

No es posible en este texto entrar en más detalle en los errores de la dirección de la Cuarta Internacional de aquel entonces, pero baste con decir que Mandel, Cannon y los demás quedaron completamente desorientados después de la guerra y eso les llevó a un abandono total del auténtico marxismo. La llamada Cuarta Internacional degeneró después de la muerte de Trotsky hasta convertirse en una secta orgánicamente pequeño burguesa, que no tiene nada en común con las ideas de su fundador ni con una tendencia auténticamente bolchevique-leninista. La actitud sectaria de estas sectas pseudo-trotskistas hacia la revolución bolivariana es un ejemplo particularmente burdo de esto.

La Segunda y Tercera Internacionales degeneraron en organizaciones reformistas, pero por lo menos tuvieron a las masas. Trotsky, en el exilio, no tenía una organización de masas, pero tenía un programa y una política correctos y una bandera limpia. Era respetado por los obreros en todo el mundo y sus ideas tenían una audiencia. Hoy en día, la llamada Cuarta Internacional no existe como organización. Aquellos que dicen hablar en su nombre (y hay unos cuantos) no tienen ni a las masas, ni las ideas correctas, ni siquiera una bandera limpia. Sobre estas bases está totalmente excluida cualquier resurrección de la Cuarta Internacional.

El movimiento ha retrocedido

Lenin siempre fue honesto. Su consigna era: decir siempre lo que es. En ocasiones la verdad es amarga, pero siempre necesitamos decir las cosas como son. *Lo cierto es que, por*

una combinación de circunstancias, objetivas y subjetivas, el movimiento revolucionario ha retrocedido y las fuerzas del auténtico marxismo han quedado reducidas a una pequeña minoría. Ésa es la verdad, y el que lo niegue simplemente se está engañando a sí mismo y a los demás.

Décadas de crecimiento económico en los países capitalistas avanzados han provocado una degeneración sin precedentes de las organizaciones de masas de la clase obrera y al aislamiento de la corriente revolucionaria, que en todas partes ha quedado reducida a una pequeña minoría. El colapso de la Unión Soviética ha servido para sembrar confusión y desmoralización en el movimiento y ha puesto el sello final a la degeneración de los dirigentes ex-estalinistas muchos de los cuales se han pasado abiertamente al campo de la reacción.

Muchos han sacado conclusiones pesimistas de esta situación. A ellos les decimos: no es la primera vez que nos enfrentamos a dificultades y éstas no nos asustan en absoluto. Mantenemos nuestra confianza inquebrantable en la corrección del marxismo, en el potencial revolucionario de la clase obrera y en la victoria final del socialismo. La crisis actual deja al descubierto el papel reaccionario del capitalismo y pone en el orden del día la revitalización del socialismo internacional. Podemos ver el inicio de un reagrupamiento de fuerzas a escala internacional, al que hay que dar una expresión organizada y un programa, perspectivas y política claras.

La tarea a la que nos enfrentamos es aproximadamente análoga a la que se enfrentaron Marx y Engels en los tiempos de la fundación de la Primera Internacional. Como hemos explicado más arriba, esa organización no era homogénea, sino que estaba compuesta por varias tendencias. No obstante, eso no desalentó a Marx y Engels. Ellos se unieron al movimiento general por una Internacional de la clase obrera y trabajaron pacientemente para proporcionarle una ideología y un programa científicos.

Lo que diferencia a la Corriente Marxista Internacional (CMI) de todas las demás tendencias que dicen ser trotskistas es, por una parte, nuestra actitud meticulosa hacia la teoría y, por otra, nuestra actitud hacia las organizaciones de masas. A diferencia de todos los demás grupos, nosotros partimos del hecho de que cuando los trabajadores entran en acción, no lo harán a través de algún pequeño grupo al margen del movimiento obrero. En el documento fundacional de nuestro movimiento, Marx y Engels explicaron:

“¿Qué relación guardan los comunistas con los proletarios en general?”

“Los comunistas no forman un partido aparte de los demás partidos obreros.

“No tienen intereses propios que se distingan de los intereses generales del proletariado. No profesan principios especiales con los que aspiren a modelar el movimiento proletario.

“Los comunistas no se distinguen de los demás partidos proletarios más que en esto: en que destacan y reivindican siempre, en todas y cada una de las acciones nacionales proletarias, los intereses comunes y peculiares de todo el proletariado, independientes de su nacionalidad, y en que, cualquiera que sea la etapa histórica en que se mueva la lu-

cha entre el proletariado y la burguesía, mantienen siempre el interés del movimiento enfocado en su conjunto.

“Los comunistas son, pues, prácticamente, la parte más decidida, el acicate siempre en tensión de todos los partidos obreros del mundo; teóricamente, llevan de ventaja a las grandes masas del proletariado su clara visión de las condiciones, los derroteros y los resultados generales a que ha de abocar el movimiento proletario.” (Marx y Engels, *El Manifiesto Comunista*, Proletarios y comunistas.)

¿Qué conclusión sacamos de esto? Sólo ésta: que los auténticos marxistas no deben separarse de las organizaciones de masas. El dilema de la época actual es que la dirección socialdemócrata del movimiento obrero ha capitulado a las políticas burguesas, asfixiando las aspiraciones de los trabajadores, pero sigue teniendo apoyo de masas en muchos países. Es muy fácil declarar la degeneración de la dirección oficial. Sin embargo, la tarea es construir una alternativa.

La Internacional no se construirá simplemente proclamándola. Sólo se construirá sobre la base de acontecimientos, de la misma manera que la Internacional Comunista se construyó sobre la base de la experiencia de las masas en el período turbulento de 1914-20. Son necesarios acontecimientos, acontecimientos y más acontecimientos para educar a las masas en la necesidad de una transformación revolucionaria de la sociedad. Pero además de acontecimientos, necesitamos crear una organización con ideas claras y raíces firmes en las masas a escala mundial.

Cómo defender a la revolución venezolana

En su discurso en Caracas, Hugo Chávez señaló que todas las Internacionales anteriores habían tenido su base en Europa, cómo reflejo de las batallas de clase en ese continente, pero que hoy el epicentro de la revolución mundial se encontraba en América Latina, y especialmente en Venezuela. Es un hecho innegable que, por lo menos hasta el momento, la revolución en América Latina ha ido más allá que en ninguna otra parte del mundo. La CMI explicó esta perspectiva hace diez años, y ha sido confirmada ampliamente por los acontecimientos.

Al señalar este hecho innegable, Chávez de ninguna manera negó la existencia de un potencial revolucionario en el resto del mundo, incluyendo Europa y Norteamérica. Al contrario, él mismo ha hecho repetidos llamamientos a los trabajadores y a los jóvenes de estos países a unirse al movimiento por la revolución socialista. También ha apelado directamente a los trabajadores, los pobres y los afro-americanos en los EEUU a apoyar la revolución venezolana. Esto no tiene nada en común con la demagogia reaccionaria del “tercer-mundismo” que intenta contraponer “América Latina” a los “gringos”. Es la voz del auténtico internacionalismo, que hace ya muchos años lanzó la inspiradora consigna de “trabajadores del mundo, ¡uníos!”.

El imperialismo está decidido a poner fin al proceso revolucionario que se está desarrollando en América Latina. Venezuela es sin duda la vanguardia de este proceso y las políticas internacionalistas de Chávez y sus repetidos llamados a la revolución mundial se han convertido en un punto de referencia para los luchadores anti-imperialistas de todo el mundo. La revolución venezolana representa un

peligro mortal para las clases dominantes en toda América. Esto explica por qué el imperialismo estadounidense ha tomado nuevas medidas para controlar la situación: la instalación de bases militares en Colombia, el golpe de Estado en Honduras y, finalmente, pero no por ello menos importante, el acuerdo para instalar bases militares en Panamá, completando el cerco de Venezuela con una presencia militar de los EEUU.

Para la revolución venezolana, el internacionalismo no es una consideración secundaria sino una cuestión de vida o muerte. En última instancia, la única manera de paralizar la mano del imperialismo de los EEUU es construir un poderoso movimiento de masas a escala mundial en defensa de la revolución. Es importante construir este movimiento en América Latina, pero es mil veces más importante construirlo al norte del Río Bravo. Por este motivo la CMI lanzó y ha apoyado consecuentemente la campaña internacional Manos Fuera de Venezuela. La campaña MFV puede estar orgullosa del trabajo que ha hecho para movilizar a la opinión pública del mundo en apoyo a la revolución bolivariana. En su haber cuenta con la aprobación unánime de una resolución de los sindicatos británicos en apoyo a la revolución venezolana, el acto de masas con 5.000 jóvenes en Viena para oír al presidente Chávez, entre otros logros.

Desde unos modestos inicios, la campaña está ahora presente en más de 40 países. Estos son logros importantes, pero es sólo el inicio. Lo que se necesita es algo más que una campaña de solidaridad. Lo que necesitamos es una internacional revolucionaria contra el imperialismo y el capitalismo, por el socialismo y en defensa de la revolución venezolana. *Lo que necesitamos es una auténtica Internacional revolucionaria.*

¿Reformismo o revolución?

El Compromiso de Caracas se basaba en la idea de una lucha mundial contra el imperialismo y el capitalismo, y por el socialismo. *Esa es una base suficiente para unir a los sectores más combativos del movimiento obrero internacional.* Sin embargo, hay que señalar que este llamamiento ha sido recibido con reacciones variopintas, incluso por parte de algunos de los dirigentes que estaban presentes en el congreso del PSUV y el Encuentro Internacional. A los reformistas y socialdemócratas no les hizo ninguna gracia la insistencia del presidente de que la Quinta Internacional no podía ser solamente anti-imperialista, sino que debía ser también *anti-capitalista* y *socialista*. Esto levantó ampollas. Algunos de los representantes presentes en el Encuentro de Partidos de Izquierdas en Caracas se opusieron a esta idea con el argumento de que “ya tenemos el Foro de São Paulo” y que una agrupación internacional no debía ser abiertamente anti-capitalista.

Las repetidas reuniones del Foro de São Paulo han dejado claramente al descubierto las limitaciones de este tipo de encuentros, que al final no son más que meras tertulias: un sitio en el que todo tipo de reformistas se reúnen para lamentarse de las injusticias del capitalismo, pero que no ofrecen ninguna alternativa revolucionaria y mucho menos defienden el socialismo. Al contrario, abogan por el método reformista de reformas parciales, que no cambian nada en lo sustancial. No es por casualidad que los organismos internacionales del imperialismo, como el Banco Mundial,

ven con buenos ojos este tipo de cosas y activamente colaboran y financian a las ONGs como un medio para *desviar la atención de la lucha revolucionaria por la transformación de la sociedad*.

Organizaciones como el Foro de São Paulo y el Foro Social Mundial no hacen avanzar la lucha internacional contra el capitalismo ni un solo paso. Por este motivo Chávez propuso la formación de la Quinta Internacional, que representa una ruptura radical con este tipo de movimientos. En su discurso, Chávez dijo que la amenaza real al futuro de la humanidad es *el propio sistema capitalista*. Refiriéndose a la crisis internacional del capitalismo, condenó los intentos de los gobiernos occidentales de salvar el sistema con millonarios rescates bancarios estatales. *Nuestra tarea, dijo, no es salvar al capitalismo sino destruirlo*.

Chávez también añadió que el llamamiento se hace a partidos, organizaciones y corrientes de izquierdas. En Venezuela esto ha abierto un debate masivo y lo mismo ha sucedido en partidos y organizaciones de izquierdas en toda América Latina y más allá. Obviamente, éste debate ha generado divisiones, pero estas divisiones ya existían. Son las divisiones que siempre han existido en el movimiento: la división entre los que simplemente quieren introducir unas pocas reformas para embellecer el capitalismo, y aquellos que quieren abolirlo de raíz.

En El Salvador, por ejemplo, el Presidente Funes, que es formalmente miembro del FMLN, se ha opuesto a la Quinta Internacional declarando que él no tiene nada que ver con el socialismo. Sin embargo, el FMLN se ha posicionado abiertamente a favor de la Quinta Internacional. En México la idea ha encontrado un eco en sectores del PRD y otras organizaciones de masas. En Europa sin duda esto será motivo de discusión en los partidos comunistas, excomunistas y en la izquierda en general. Más pronto o más tarde, todas las tendencias tendrán que tomar posición al respecto.

¿Qué actitud debemos adoptar los marxistas?

¿Cuál debe ser la postura de los marxistas? *Como marxistas estamos incondicionalmente a favor del establecimiento de una organización internacional de masas de la clase obrera*. Actualmente no existe ninguna Internacional de masas cómo tal. Lo que fue la Cuarta Internacional fue destruida por los errores de sus dirigentes después del asesinato de Trotsky y, en la práctica, sólo vive en las ideas, métodos y programa que defiende la CMI. La Corriente Marxista Internacional defiende las ideas del marxismo en las organizaciones de masas de la clase obrera en todos los países. Es precisamente dentro de estas organizaciones donde hay que promover la discusión sobre la Quinta Internacional de manera urgente.

Es demasiado pronto para saber si el llamamiento a una Quinta Internacional llevará en la práctica a la formación de una auténtica Internacional. Eso depende de muchos factores. Sin embargo, lo que sí está claro es que el hecho de que este llamamiento venga de Venezuela y del presidente Chávez significa que va a encontrar un eco entre muchos jóvenes y trabajadores, empezando en América Latina. Este llamamiento va a generar muchas preguntas en las mentes de los trabajadores y la juventud sobre el programa que debería tener la Internacional, y sobre la historia de



León Trotsky con un grupo de seguidores. 1940

las anteriores Internacionales, los motivos de su auge y su posterior caída.

En este debate los marxistas tenemos el deber de participar activamente. La CMI, que ya se ha ganado un reconocimiento por su papel a la hora de organizar la solidaridad con la revolución venezolana y analizarla desde un punto de vista marxista, debe tomar partido. Y así lo hemos hecho. En la reunión del Comité Ejecutivo Internacional de la primera semana de marzo, con la presencia de más de 40 camaradas representando a 20 países de Asia, Europa y América (incluyendo Canadá y los EEUU), la CMI votó por unanimidad participar en la construcción de la Quinta Internacional.

Declaramos abiertamente nuestro apoyo a la formación de una internacional revolucionaria de masas, y vamos a hacer propuestas concretas sobre cuáles creemos que deberían ser el programa y las ideas de la nueva Internacional. No queremos imponer nuestros puntos de vista a nadie. La Internacional y sus componentes elaborarán sus posiciones políticas a través del debate democrático y también sobre la base de la experiencia común de lucha.

¡Por un frente único anti-capitalista y anti-imperialista!

¡Por la revolución socialista internacional!

¡Por un programa marxista!

¡Viva la Quinta Internacional!

Trabajadores del mundo, ¡uníos!

EEUU: la lucha por un partido laborista de masas

John Peterson (Workers International League)

Los Estados Unidos son la mayor potencia económica y militar del mundo. También poseen la clase obrera potencialmente más poderosa del mundo. A pesar de una caída sostenida de su militancia en los últimos 30 años, los sindicatos siguen siendo una fuerza importante en la sociedad, organizando a millones de trabajadores en todos los sectores de la producción y los servicios, en el sector público y privado. A pesar de la densidad sindical relativamente baja en comparación a muchos países industrializados, una huelga general organizada por la clase obrera paralizaría el país. Esto refleja el poder real de la clase obrera norteamericana. Sin embargo, a los trabajadores estadounidenses les falta una herramienta fundamental en su lucha contra los patronos: un partido obrero o laborista, un vehículo político para la defensa de sus intereses de clase. A pesar de los numerosos intentos por establecer un partido de este tipo en el pasado, nunca se ha logrado que tuviera raíces de masas. En el período tormentoso en que hemos entrado, la exigencia de un partido laborista basado en los sindicatos adquiere nuevamente una importancia y una urgencia tremendas.

La causa fundamental de la crisis por la que estamos pasando es la incapacidad del capitalismo mundial para desarrollar las fuerzas productivas colosales que la creatividad y el trabajo de la clase obrera ha desencadenado. Los límites estrechos del estado nacional y el caos de la economía de mercado, ambos parte intrínseca del sistema capitalista, inevitablemente conducen a crisis periódicas. Durante años, los defensores del sistema nos han dicho que estas crisis eran ya cosa del pasado, que el capitalismo había



Protesta en Wall Street organizada por AFL-CIO. New York, 29 de abril, 2010

resuelto sus problemas. Los marxistas explicamos que la crisis es inherente e inevitable y se produciría más pronto o más tarde. Sin embargo, era imposible predecir con precisión cuándo se iba a desencadenar.

El retraso en el desarrollo de la crisis ha tenido un efecto en la conciencia de las masas y sobretodo en la de los dirigentes obreros, que han girado mucho más a la derecha que lo que nadie se podía imaginar. Durante un período, parecía que el capitalismo efectivamente había resuelto sus

problemas. La Unión Soviética había colapsado, y la “Pax Americana” – aunque imperfecta y con guerras, pobreza, miseria y explotación endémicas – era “lo mejor a lo que se podía aspirar”. Ahora todas esas ilusiones se han hecho añicos. Una nueva generación sabe lo que es vivir en un período de guerra, revolución, contra-revolución, crisis y desempleo masivo. Esto tiene implicaciones revolucionarias para el futuro. Y sin embargo, es precisamente ahora cuando los reformistas están tratando, de manera desesperada, de sembrar más ilusiones en el sistema que nunca.

Aunque la situación se ha estabilizado hasta cierto punto en los últimos meses, la realidad es que, para los trabajadores, las cosas están mucho *peor* bajo Obama que con Bush. La economía de los EEUU ha destruido empleo cada mes durante 24 meses seguidos, una caída más fuerte que durante la Gran Depresión de los años 30. La tasa de desempleo ha superado el 10% por primera vez desde 1983, y probablemente se mantendrá alrededor de este nivel durante algún tiempo. En algunos estados del llamado “cinturón del óxido”, como por ejemplo Michigan con casi un 15%, las tasas son sustancialmente mayores. Uno de cada cuatro hombres en edad laboral está desempleado. Las tasas para inmigrantes y negros son incluso peores. El 34,5% de los hombres jóvenes afro-americanos están desempleados. El desempleo afecta de manera particularmente aguda a la juventud.

El 2009 finalizó con una pérdida neta de 4,2 millones de empleo y una tasa media de desocupación del 9,3% comparado con una media del 4,6% en el 2007. Desde el inicio de la recesión en diciembre del 2007 se han evaporado más de 8 millones de empleos, tres veces más que los que se destruyeron en la recesión de 1980-82. Si tomamos en cuenta la tasa de subempleo, es decir, aquellos trabajadores que trabajan a tiempo parcial pero quisieran un trabajo a tiempo completo, y aquellos que han dejado de buscar empleo de manera activa, la tasa de desempleo asciende al 17,5%.

A finales del 2009, la cantidad de trabajadores que no habían encontrado empleo durante seis meses o más llegó a un nuevo record de 5,6 millones, o un 35,6% de los desocupados. Por cada empleo disponible hay seis trabajadores buscando empleo. Desde que empezó la recesión se han destruido más del 5,2% de todos los empleos. Teniendo en cuenta que la economía estadounidense requiere añadir unos 125.000 empleos cada mes simplemente para mantenerse a la par del crecimiento de población, en realidad estamos hablando de un déficit neto de unos 10 millones de empleos. Heidi Shierholz, un economista del Economic Policy Institute en Washington, ha declarado que los EEUU sufren una “brecha de empleo” de casi 10 millones. Para cerrar esa brecha y volver a los niveles de antes de la recesión en dos años sería necesario crear más de medio millón de empleos cada mes, un ritmo de creación de empleo que no hemos visto desde 1950-51.

¿Cómo es posible que haya una recuperación del PIB al mismo tiempo que hay millones de empleos menos que hace dos años? La respuesta es simple: los capitalistas están obligando a un número menor de trabajadores a trabajar más por menos salario. Según el Departamento de Trabajo, la productividad – la cantidad producida por trabajador por hora – aumentó en un 9,5% en el tercer trimestre del 2009,



Manifestación de la comunidad educativa. Chicago, mayo 2010

después de un aumento del 6,9% en el segundo trimestre. Y sin embargo, los salarios y beneficios apenas aumentaron un 1,5% en el 2009, la cifra más baja desde que se empezaron a registrar estos datos en 1982. Un menor poder adquisitivo se traduce en menores ventas de productos. En una economía que depende en un 70% del consumo privado, esta situación no se puede mantener de manera indefinida.

Los capitalistas encontrarán una salida incluso de la crisis más profunda, a no ser y hasta que el sistema sea derrocado por la acción consciente de la clase obrera. Debido a la ausencia del factor subjetivo, la dirección revolucionaria, más pronto o más tarde saldrán de la crisis a costa de los trabajadores, sobre la base de su sangre, sudor, y nervios destrozados. Pero no habrán resuelto ninguna de sus contradicciones fundamentales, al contrario, las habrán agudizado incluso más, preparando así las bases para crisis todavía más profundas en el futuro.

Después del estrés y las presiones de los últimos dos años, los trabajadores desean creer que lo peor ya ha pasado, y que han cruzado la tormenta y se encuentran a relativamente a resguardo. Muchos todavía están dispuestos a “esperar y ver”, y tienen esperanzas en que Obama traiga un cambio real. Pero esto tiene sus límites; lo peor no ha pasado. El shock inmediato de la crisis puede haber disminuido, pero ahora la realidad lentamente se está asentando: los trabajadores estadounidenses se verán obligados a aceptar una calidad de vida menor, y no habrá una recuperación rápida del empleo. Millones de esos empleos se han destruido para siempre, para ser reemplazados por menos empleos con salarios menores, sin beneficios ni protección sindical.

El fondo de la cuestión es que los salarios de los trabajadores en los EEUU son “demasiado altos” en comparación con los estándares globales. Los capitalistas han recorrido el planeta buscando mano de obra barata, forzando los salarios y las condiciones a la baja en los EEUU en una despiadada “carrera hacia abajo”. Incluso teniendo en cuenta su mano de obra más productiva y educada, los economistas calculan que los obreros industriales estadounidenses necesitarían reducir sus salarios otro 20% para llegar a algún equilibrio con los estándares mundiales. Ahora todos

los trabajadores, incluyendo la llamada “clase media”, se verán obligados a aceptar incluso menos que antes. “Menos es más” es la nueva virtud, después de décadas de empujar a los trabajadores a un consumismo desenfadado y a endeudarse hasta el cuello. Atrás quedaron los aumentos más o menos sostenidos del nivel de vida que sentaron las bases para la relativa paz entre las clases en el periodo de la posguerra. El aumento en los salarios, beneficios y niveles de vida durante el periodo de la posguerra fue la base material para que los trabajadores apoyaran a los dirigentes obreros pro-capitalistas. Ésta base material está siendo minada. Como explicó Trotsky, no son los niveles absolutos de pobreza, sino los cambios bruscos entre periodos de estabilidad y periodos de inestabilidad, lo que más afecta la conciencia.

Trotsky también dejó claro que no existe una relación automática ni lineal entre las crisis económicas y la combatividad de los trabajadores. Una crisis no significa automáticamente un aumento de la lucha de clases. Especialmente en el caso de una crisis profunda que puede tener el efecto de intimidar a los trabajadores temporalmente. A menudo los trabajadores recuperan la confianza y pasan a la ofensiva sobre la base de una recuperación. Pero eso tampoco es un proceso automático. Las luchas defensivas durante una recesión pueden convertirse en luchas ofensivas y se pueden dar oleadas huelguísticas importantes en mitad de un boom económico. Debemos seguir el despertar de los trabajadores a la conciencia de clase a través de todos sus giros y serpenteos contradictorios.

La falta de una alternativa clara y de una dirección decidida por parte de los dirigentes obreros es un factor importante en la situación. El papel de la burocracia obrera se ha convertido no sólo en un factor subjetivo, sino en un factor objetivo que bloquea la lucha obrera. Aunque no ha habido ninguna derrota significativa de la clase obrera en décadas, el lento desgaste de los sindicatos y la pasividad de los dirigentes, se siente como una derrota, sin que ni siquiera se haya luchado. Obama es la bota “izquierda” de la clase capitalista, y está aplicando ataques a los trabajadores que ni siquiera Bush logró aprobar. De la misma manera, Clinton jugó un papel más importante en el desmantelamiento del “estado del bienestar” y en ataques a los derechos y condiciones de vida de los trabajadores, por ejemplo, con la aprobación del TLC, que Reagan y Bush Sr. juntos. Al no existir una alternativa clara a los Demócratas y los Republicanos, y con el despedazamiento de las grandes ilusiones que existían en Obama, esto puede crear también una sensación de derrota.

Pero hay una cosa que está absolutamente clara: la crisis está teniendo un efecto profundo en la conciencia de los trabajadores. No podía ser de otra manera. Sin embargo, por ahora, los trabajadores están en estado de conmoción. La cantidad de paros laborales importantes, que impliquen a 1.000 trabajadores o más alcanzó un mínimo record de 5 en el 2009. En estas huelgas participaron solamente 13.000 trabajadores y provocaron la pérdida de solamente 124.000 jornadas de trabajo, también un mínimo histórico. Los trabajadores agachan la cabeza tratando desesperadamente de mantener lo poco que tienen, sintiendo que en mitad de una crisis tan generalizada no pueden exigir mucho más que el mantenimiento de lo que ya consiguieron. Claramente,



Piquete en solidaridad con los trabajadores de la factoría Republic Windows and Doors. 2008

pueden ver que las bonificaciones empresariales exorbitantes y la bonanza en Wall Street continúan, mientras que sus condiciones empeoran o se estancan. Sin embargo, a regañadientes, aceptan el mantra de la clase dominante de que “estamos todos juntos” y se aprietan el cinturón. Pero esta situación no puede prolongarse indefinidamente.

Durante casi 30 años, los trabajadores de los EEUU han sufrido un declive en sus salarios reales y condiciones. Para contra-restar esta situación usaron todas las soluciones individuales posibles: tomar un empleo adicional o dos, trabajar horas extraordinarias, una casa más pequeña, un carro más barato, el trabajo de ambos conyugues, el trabajo de los hijos para complementar el ingreso familiar, eliminar las vacaciones, endeudarse hasta las cejas, quedarse sin seguro médico, no enviar a los hijos a la universidad, etc. Para poder mantener sus empleos hasta incluso han aceptado concesiones como trabajar sin pago en días de licencia, y en algunos casos, literalmente, trabajar sin pago varios días al año. Pero ni siquiera eso es suficiente para satisfacer la voracidad de los empresarios. Como consecuencia, más pronto o más tarde, los trabajadores se verán obligados a actuar de manera colectiva a través de los sindicatos para enfrentarse a estos ataques. Si se le da una dirección, el movimiento podría desarrollarse de manera significativa. Ya existen síntomas importantes de un fermento en las filas de los sindicatos y entre los trabajadores no organizados.

Los niveles de afiliación sindical han caído de manera sostenida por lo menos desde 1983, cuando el porcentaje de afiliación era del 20.1%. A pesar de la crisis y de la hemorragia de empleos sindicales del año pasado, la tasa total de sindicalización apenas cayó en un 0,1%, llegando al 12,3% en el 2009, un indicio de que más trabajadores están afiliándose a los sindicatos para resistir la ofensiva empresarial. Los trabajadores del sector público tienen ahora un nivel de afiliación sindical mayor que sus compañeros del sector privado. Los trabajadores municipales son los que más organizados están, con un nivel de afiliación sindical del 43,3%. Los trabajadores negros están más organizados que los trabajadores blancos, asiáticos o hispanos, y Nueva York tiene la tasa de afiliación sindical más alta

(25,2%), mientras que la más baja es la de Carolina del Norte (3,1%).

La historia nos muestra una y otra vez que cuando los trabajadores se ven bloqueados en el terreno sindical, buscan una alternativa política y vice-versa. De forma distorsionada, los trabajadores estadounidenses trataron de buscar una solución a sus problemas con la elección de Obama. Pero Obama representa a los capitalistas, no a los trabajadores, y rápidamente ha mostrado sus auténticos colores. La frustración ante la falta de una alternativa real en el terreno político empujará a los trabajadores a expresarse a través de las únicas organizaciones tradicionales de masas que tienen en los EEUU: los sindicatos.

La ocupación de la fábrica de Republic Windows and Doors, en diciembre del 2008 fue de una importancia sintomática significativa. Aunque la primera huelga con ocupación ("sit in") en los EEUU desde los años 30 no desencadenó una oleada de ocupaciones similares en todo el país, sí envió un mensaje claro que no cayó en balde entre los muchos activistas obreros que siguieron esta lucha: la acción de masas combativa, a pesar de los esfuerzos de los dirigentes obreros de encauzar todo por canales moderados, sí sirve. También hemos presenciado movilizaciones importantes contra la crisis económica en ciudades de todo el país, incluyendo en St. Louis, un suburbio de Granite City, Illinois, donde miles de trabajadores se manifestaron contra los despidos en la acería local. Incluso en el propio Wall Street, miles se manifestaron y respondieron favorablemente a los volantes que declaraban que "el capitalismo ha fracasado".

El reciente cambio en la dirección de la AFL-CIO sólo se puede caracterizar como un giro a la izquierda, independientemente de que sea muy modesto y a regañadientes. Por lo menos en palabras, aunque todavía no en hechos, la elección de Richard Trumka, un minero con una imagen e "militante a la izquierda del centro" en el contexto del movimiento sindical en EEUU, es un reflejo de la creciente presión de la base, que está harta de concesiones y recortes. En la conferencia de la conferencia de la federación obrera de setiembre del 2009, la lista ganadora de la dirección se comprometió a luchar por los empleos, la cobertura sanitaria universal, nuevas leyes como la Employee Free Choice Act que abran el camino a organizar a los trabajadores no sindicalizados, y por un plan de recuperación económica que sirva a los intereses de los trabajadores. Por supuesto, de las palabras a los hechos hay un buen trecho. Pero para la mayor federación sindical de EEUU, que representa más de 9 millones de trabajadores en 57 sindicatos nacionales e internacionales, ésta es claramente una cara más activa y combativa, comparado con los días de George Meany y John Sweeney. Este es un cambio importante en relación al pasado, especialmente ahora que los Demócratas están en el poder.

Apenas un año después de la euforia que siguió a su victoria, el consenso general es que Barack Obama no ha hecho mucho, aparte de continuar con las políticas de su predecesor de una u otra manera. Ciertamente no ha cumplido con la "esperanza y cambio" que prometió. Para muchos, "esperanza y cambio" significaba, simplemente, "trabajo". Ya hemos visto cómo están las cosas en ese rubro; en diciembre del 2009, el desempleo aumentó en 43 estados. Milla-

nes de estadounidenses sin empleo van a perder su magro subsidio de desempleo, condenados a unirse a los "nuevos pobres", una subclase permanente de desempleados a largo plazo. De hecho, lo que es realmente sorprendente es lo poco que ha hecho Obama. Incluso su Premio Nobel de la Paz está basado en la expectativa de lo que pudiera hacer en el futuro, no en la realidad de su política.

Al principio parecía que por lo menos iba a hacer algunas concesiones, aunque fueran meramente cosméticas, para diferenciarse de los años de Bush. Pero la realidad es que tiene muy poco margen de maniobra y se ve obligado a defender los intereses del capitalismo y del imperialismo de los EEUU con métodos similares. Pero, debido a la falta de una auténtica alternativa, todavía quedan ilusiones entre sectores significativos de la población. Sin embargo, eso no va a durar indefinidamente. Incluso ahora, muchos de los principales defensores de la política electoral del "mal menor" se han visto obligados a reconocer que no existe una diferencia fundamental entre Demócratas y Republicanos.

La frustración con el atasco de los dos principales partidos en Washington eventualmente se expresará por la izquierda. Hasta que un sector decisivo de los sindicatos rompa con los Demócratas y plantee la formación de un partido laborista de masas de uno u otro tipo, podemos ver todo tipo de formaciones temporales y peculiares. Es posible que en cierto momento, un sector de los Demócratas gire más decisivamente hacia la izquierda, o incluso se escindan para formar un nuevo partido. En otro desarrollo sintomático, el sindicato de los trabajadores del acero (USW) amenazó con presentar a un candidato independiente en Western Pennsylvania contra el titular Demócrata por haber votado contra la reforma sanitaria de Obama. En Carolina del Norte, el SEIU, el mayor sindicato del país, está organizando un partido a nivel estatal para presentarse contra Demócratas y Republicanos. Estos son síntomas importantes para el futuro.

Una encuesta de opinión de Rasmussen en el 2009 reveló que entre los estadounidenses menores de 30 años de edad, el 37% prefieren el capitalismo, el 33% el socialismo, y un 30% están indecisos. En otras palabras, más de la mitad



Richard Trumka, Presidente del AFL-CIO

de la primera generación desde la Gran Depresión, que se enfrenta a niveles de vida más bajos que sus padres, está a favor o por lo menos abierta a la idea de que el socialismo podría ser una alternativa mejor, aunque posiblemente no entienden muy bien lo que significa.

Justo antes de las elecciones de mitad de mandato, los votantes rechazan tanto a Demócratas como a Republicanos. En Febrero, en una encuesta del *New York Times*/CBS el 75% de los encuestados tenían una opinión negativa del trabajo del Congreso; y sólo un 8% dijo que los miembros del Congreso se merecían la reelección. La mayoría no piensa que Obama tenga ningún plan real para crear empleos. A no ser que se den acontecimientos espectaculares o imprevistos, la tendencia general será a la continuación de la pulverización de las ilusiones en Obama y su política, lo que llevará a muchos a cuestionarse su lealtad a los Demócratas.

Por este motivo, la reivindicación de un partido laborista de masas basado en los sindicatos es crucial y definitiva. Esta



consigne se desprende de la situación objetiva. La clase obrera no tiene representación política de masas. Ésta es una de las contradicciones más llamativas de la situación política en los EEUU.

Aquellos que se limitan a criticar el capitalismo o que incluso defienden la idea del voto del “mal menor” por los Demócratas, o que se presentan a sí mismos como el partido de la revolución, en la práctica son impotentes o peor. Sólo fuerzas de masas – no una organización de 600 o incluso de 60.000, sino de millones de trabajadores, con todos los recursos y capacidad del movimiento obrero organizado – pueden plantear un desafío serio a los dos partidos del Capital. La formación de un partido de este tipo no sería una panacea para los problemas de la clase obrera. Aunque crearía enormes oportunidades para los marxistas para coordinar su trabajo a escala nacional y discutir nuestras ideas con capas mucho más amplias de activistas obreros, también traerá consigo nuevas presiones y peligros. Pero, por encima de todo, permitirá una clara diferenciación po-

lítica después de 150 años de control conjunto por parte de los dos partidos de los grandes negocios. Esta marcará un cambio colosal en la situación.

Durante casi una década, los Republicanos estaban en la Casa Blanca, y durante la mayor parte de ese tiempo también controlaron el Congreso. Como resultado, por todo un período, las perspectivas de los marxistas no cambiaron dramáticamente de un año al siguiente. La presión de la política del “mal menor” era intensa. Nosotros explicamos pacientemente y de manera consistente que los Republicanos eran anti-obreros e imperialistas, pero que los Demócratas no eran fundamentalmente diferentes y que lo que se requería era un partido laborista de masas basado en los sindicatos. Desde el punto de vista de nuestro análisis general de la situación, no hay ningún cambio fundamental ahora que Obama está en el poder. Sin embargo, debemos entender que para las masas, su elección sí marca un cambio dramático.

Una cosa es tener ilusiones en una futura administración Demócrata; otra muy diferente es vivir bajo esa administración. Una cosa es exigirle a George W Bush y no conseguir nada; otra cosa es exigirles a los Demócratas en el poder, y ver tus expectativas frustradas. La turbulencia de la crisis económica también es un cambio importante en la situación. Es imposible predecir con precisión lo que va a suceder para el 2012, ya que se pueden dar muchos cambios de ahora a entonces. No es descartable que Obama gane de nuevo por falta de alternativa; también es posible que para entonces sea tan impopular que el “mal mayor” vuelva al poder. De lo que podemos estar seguros es que la ilusión del “sueño americano” está siendo violentamente expulsada de las cabezas de millones de obreros y de jóvenes. Y esto ya está afectando al movimiento obrero organizado.

La AFL-CIO movilizó a decenas de miles de afiliados y gastó unos 450 millones de dólares para ayudar a elegir a Obama y no ha recibido prácticamente nada a cambio. Las bases, correctamente, se cuestionan esta política. Gastar un penique más de esta manera equivale a tirar el dinero a la basura. Una decisión reciente de la Corte Suprema permite a las grandes empresas destinar incluso más dinero, de manera abierta, para financiar a sus candidatos preferidos. La misma decisión también permite a los sindicatos hacer donativos de campaña sin límite. Al parecer, algunos dirigentes sindicales piensan que esto les permitirá competir al mismo nivel cuando se trate de presionar al Congreso. Esta idea es absurda. Bastaría con que los cuatro mayores bancos de EEUU gastaran simplemente la centésima parte de un uno por ciento de sus activos para contra-restar una campaña en la que el movimiento obrero en su conjunto gastara todos sus activos. La única salida es sobre la base de la independencia de clase, basándose en la gran cantidad de militantes y recursos del movimiento obrero, para luchar por políticas que mejoren las vidas de los trabajadores.

Imaginémonos un Partido Laborista que se presentara en las elecciones y proclamara que no recibe un solo penique de las grandes empresas y que por lo tanto no les debe nada. Teniendo en cuenta la rabia acumulada y la frustración que existen, si un sector decisivo del movimiento obrero rompiera con los dos partidos del Capital y formara

un Partido Obrero de masas que no cediera a los ricos, sino que luchara por el pleno empleo, mejores salarios, incluyendo un salario mínimo, vivienda digna y al alcance de los trabajadores, y una sanidad y educación universales y gratuitas, la política estadounidense se transformaría de arriba abajo. Ésta es la perspectiva que debemos explicar pacientemente.

Los dirigentes obreros no podrán resistir indefinidamente la presión de la base. Más pronto o más tarde se verán obligados a hacer algo más que coordinar campañas de llamadas telefónicas a los congresistas, hacer amenazas imprecisas, o ser detenido de vez en cuando en un piquete. Al final se verán obligados a utilizar su influencia para tomar acción política. En Pennsylvania, la AFL-CIO movilizó a miles de afiliados sindicales en marzo del 2010 para protestar contra los recortes y el rescate bancario. La AFL-CIO también organizó a varios miles de sus miembros en una manifestación en Wall Street. Sin embargo, no basta con presionar a los representantes políticos del Capital.



Acción contra los embargos en la sede de JP Morgan. Los Ángeles CA., mayo 2010

Para los dirigentes sindicales la movilización real de las bases depende de su voluntad de romper con los Demócratas y la presión de la base para organizarse y empujar a los dirigentes a movilizar el movimiento obrero. Los dirigentes quieren evitarlo como el diablo evita el agua bendita, hasta que se vean ante de la disyuntiva de dar un paso adelante o enfrentarse a una explosión desde abajo que no puedan controlar. Tenemos que seguir presionando a estos dirigentes, planteándoles exigencias en positivo, llamando a que hagan aquello para lo que se les eligió: defender los intereses de los trabajadores, no sólo en los talleres sino también en el terreno político. Su negativa a hacerlo les desenmascarará ante la militancia mucho más que denuncias estériles desde la barrera. Nuestra actitud no es denunciar a la dirección y poner exigencias poco realistas a las masas para que, como por arte de magia, conjuren una nueva dirección de un día para otro. Nuestra actitud es la de poner exigencias positivas a los dirigentes, mientras que explicamos paciente y consistentemente nuestras ideas y estrategias a la base, para construir una dirección alternativa.

Los años venideros serán convulsivos para el movimiento obrero estadounidense. Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta la mitad de los años 70, los sindicatos se concentraron en la negociación colectiva y ganaron algunos aumentos salariales, mejores beneficios y condiciones de trabajo. Esto permitió que algunos dirigentes se convirtieran en “dirigentes sindicales vitalicios”. Sin embargo, desde aquel entonces, el fin del boom de la posguerra del capitalismo americano significa que los capitalistas están en crisis y que tratan de que los trabajadores la paguen. A la clase dirigente no le queda otra alternativa que imponer políticas de austeridad, utilizando la crisis como excusa para recortar a su mínima expresión los ya de por sí míseros servicios sociales. Cambios bruscos y repentinos en el terreno económico y político están en el orden del día y eso va a tener también efectos sociales profundos. Estamos pasando por un período muy diferente del que estábamos acostumbrados. Habrá una creciente polarización acompañada de giros violentos a derecha e izquierda.

Debemos de pasar por la experiencia de la lucha de clases acompañando a nuestros hermanos y hermanas de clase, ofreciendo nuestras perspectivas y planteando en cada momento consignas transicionales adecuadas. En los próximos años, en la medida en que las masas se den cuenta de la realidad de la nueva “pesadilla americana” de bajos salarios, y ante la ausencia de una auténtica alternativa política, muchos trabajadores, desesperados por luchar por defenderse de los ataques patronales, van a mirar hacia los sindicatos para organizarse. Probablemente serán los sindicatos más agresivos y combativos los que organicen a estos trabajadores, y empezaremos a ver un cambio en la dinámica del movimiento obrero. Por ejemplo, los trabajadores jóvenes, inmigrantes, las decenas de miles de trabajadores del automóvil no organizados en el Sur, los trabajadores de centros de llamadas y en otras industrias de servicio, traerán un soplo de aire fresco y de combatividad al movimiento. Se está abriendo una nueva fase en la política de los EEUU y en el movimiento obrero en la medida en que los trabajadores estadounidenses se encuentran entre la espada y la pared y sin ninguna otra alternativa que defenderse luchando. La lucha por un partido laborista de masas jugará un papel clave en este proceso.

“Honduras: una dictadura con piel de oveja”



Entrevista con Tomás Andino

América Socialista, la revista panamericana de la Corriente Marxista Internacional, entrevistó a Tomás Andino, socialista revolucionario y dirigente de la Resistencia hondureña.

Después de las elecciones fraudulentas organizadas por la dictadura de Micheletti la atención de los medios de comunicación burgueses sobre Honduras ha caído en picado y se asume la historia oficial de que ya estamos en democracia. ¿Nos puedes explicar cuál es la situación real en el país?

El aislamiento mediático sobre la situación de Honduras es parte de la estrategia norteamericana para influir en la opinión pública mundial para hacerle creer que aquí todo volvió a la “normalidad” y que eso “justifica” el reconocimiento del gobierno de Porfirio Lobo Sosa. Pero la realidad es que en Honduras no se ha solucionado la ruptura con la democracia porque continúa el régimen golpista, incluso con las mismas caras. Por ejemplo, sigue vigente la misma Corte Suprema de Justicia, el mismo Ministerio Público, el mismo Tribunal Supremo Electoral, la misma Procuradora General, el mismo Tribunal Superior de Cuentas; por otro lado, sigue el 80% de los diputados(as) golpistas (impuestos en la farsa electoral de noviembre de 2009) y para rematar el nuevo Jefe del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas, Carlos Antonio Cuellar, electo por ese Congreso Nacional, fue uno de los seis comandantes de batallones acusado de participar directamente de sacar al Presidente Zelaya del país.

Incluso ahora hay más militares “retirados” en la administración pública que durante el período de Micheletti. Estos son ubicados en puestos claves desde donde ejercen un control sobre el país y la Resistencia. Por ejemplo, el con-

trol migratorio, la marina mercante y el control de muchos hospitales está a cargo de ex oficiales de las Fuerzas Armadas; incluso, la empresa estatal de telecomunicaciones, HONDUTEL, fue asignada nada menos que al mismísimo General Romeo Vásquez Velásquez, que dirigió el Golpe de Estado.

Por otro lado, la sociedad hondureña está profundamente dividida entre una minoría que respalda a ese régimen y la mayoría que lo repudia. Así que, en el fondo, aquí no se ha solucionado nada en beneficio de la Democracia. Lo que existe es una dictadura disfrazada de piel de oveja.

Hemos oído de asesinatos selectivos de dirigentes sindicales y populares, ¿nos podrías dar más información para darle publicidad a nivel internacional?

En la época de las manifestaciones diarias, entre julio y noviembre de 2009 los cuerpos represivos aplicaron una contención masiva, mediante una represión a gran escala, que conmovió al mundo; por ejemplo, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos reportó que en la represión a las más de 300 manifestaciones que hubo durante el gobierno de Micheletti, más de 3 mil personas fueron mal heridas producto de las agresiones policial-militares, pero apenas hubo 5 muertos en dichas manifestaciones.

Después de la farsa electoral del 29 de noviembre de 2009, la represión cambió de método pasando a ser selectiva, y por ello es menos visible pero más mortífera. Como resultado tenemos cerca de 100 asesinados y asesinadas y decenas de atentados fallidos. Su objetivo es sembrar el terror entre el activismo de la Resistencia para desmovili-

zarla. Su blanco preferido son los dirigentes intermedios de sindicatos, organizaciones campesinas, de gremios magisteriales, o activistas de izquierda (vale destacar entre estos últimos al compañero Manuel Flores, dirigente trotskista del PSOCA en Honduras). El brazo asesino alcanza no solo a los dirigentes sino a sus familiares, es decir, a hijas, esposas, hermanos. En muchos casos se les hace aparecer como resultado de “ajuste de cuentas” del crimen organizado, enfrentamientos entre maras, o como “crímenes pasionales”. En los meses de marzo y abril, 7 periodistas han sido asesinados. Por ese motivo hay más de 200 dirigentes y activistas de la resistencia en exilio forzado porque sufrieron atentados o amenazas a muerte.

Los escuadrones de la muerte, según la información que tenemos, los integran cuadros de elite dirigidos por israelitas y colombianos.

¿Nos podrías comentar también la situación que se vivió en el Bajo Aguán?

Este conflicto no es nuevo, pero ha reverdecido después del ascenso de Porfirio Lobo al poder. En la región del Bajo Aguán, que otrora fuera la capital de la Reforma Agraria, 3,500 familias campesinas pertenecientes a 28 comunidades rurales han exigido desde hace varios años la recuperación de alrededor de 20 mil hectáreas cultivadas de Palma Africana que fueron adquiridas por tres terratenientes, a través de la compra fraudulenta de las cooperativas campesinas que ahí funcionaban. Uno de esos terratenientes, Miguel Facussé, es tal vez el hombre más pudiente del país, y es “El Padrino” de los oligarcas de Honduras.

Los campesinos ocuparon esas tierras hace varios años y las han defendido con machete en mano. Por supuesto, los terratenientes no se quedaron de brazos cruzados y habían asesinado, antes del Golpe, a una docena de sus dirigentes con métodos de sicariato, pero los campesinos respondieron con métodos de autodefensa; lo cual generó duros enfrentamientos armados por los cuales hubo muertos de un lado y del otro. No por casualidad, este combativo movimiento campesino se constituyó en uno de los bastiones de la Resistencia contra el Golpe de Estado. De hecho fue



Tegucigalpa, domingo 5 de julio de 2009

el único sector que nunca pudo ser desalojado por los militares durante la época de Micheletti.

Pero al mismo tiempo que el 27 de enero le colocaban la banda presidencial al Sr. Porfirio Lobo, un operativo militar masivo inició una ofensiva a gran escala para sacarlos de la zona, al costo de varios compañeros heridos. Aún así no lograron desalojarlos pero puso el conflicto del Aguán en el primer plano de la situación nacional, al punto que Pepe Lobo lo asumió como uno de sus principales retos en el plano social.

La oferta del gobierno de Pepe Lobo a los campesinos, con auxilio de su comparsa, el Partido Unificación Democrática (de ex-izquierda que ocupa la dirección del Instituto Nacional Agrario) fue ofrecer un total de 6 mil hectáreas en tierras que se las comprarían a los terratenientes, a pesar de ser sobretechos es decir de ser poseídas ilegalmente. Animado por los terratenientes, el llamado “gobierno de la reconciliación” de Pepe Lobo, ordenó a comienzos de abril el envío de 4 mil soldados y más de mil policías a la zona para cercar a las comunidades, convirtiendo la región del Bajo Aguán en una zona de guerra, con un Estado de Sitio no declarado. En condiciones de semejante movilización militar y de una inminente masacre, los campesinos propusieron un acuerdo por el cual ampliaron la propuesta del gobierno a 13 hectáreas además de compromisos de apoyo técnico y crediticio, y de tener la potestad de que ellos definirían las tierras que ocuparían. Aunque el acuerdo implica un paso atrás del Movimiento Unificado Campesino del Aguán (MUCA) respecto a su reivindicación original, lo positivo es que no terminó aplastado por una derrota militar como hubieran querido los terratenientes. EL objetivo de salvaguardar su organización se logró y la Resistencia conserva ese pilar de la lucha por la Constituyente en la región. Ahora los terratenientes impugnan el acuerdo, por lo que el conflicto puede revivir.

Las informaciones que nos llegan son que a pesar de la represión la resistencia el Frente siguen fuertes y con apoyo masivo. ¿Podrías darnos informaciones de las últimas movilizaciones y reuniones?

El apoyo de masas hacia la Resistencia sigue siendo multitudinario y firme. Es cierto que desde la farsa electoral no se hacen manifestaciones diarias, pero cuando la Resistencia convoca las mismas son masivas. En Enero hubo 3 grandes movilizaciones, de al menos 50 mil personas cada una; en febrero y marzo hubo dos, de unas 20 a 30 mil personas, y el 1º de mayo salieron a las calles medio millón de personas en todo el país bajo las consignas de la Resistencia. Esto significa que continúa vigoroso el movimiento social y político de la Resistencia Popular, y que el Pueblo identifica al gobierno de Pepe Lobo como la continuación de la dictadura golpista.

La resistencia ha lanzado una campaña de firmas por la Asamblea Constituyente. ¿Nos podrías explicar cuáles son los objetivos y como se ha desarrollado hasta el momento?

Los objetivos de la campaña por la Declaración Soberana son políticos y organizativos. Los objetivos políticos son dos: EL primero es lograr que el Pueblo exprese mediante la firma de dicha Declaración lo que le fue impedido expresar debido al Golpe de Estado, es decir la consulta de

la Cuarta Urna sobre si el Pueblo estaba de acuerdo en la convocatoria de una Asamblea Constituyente para refundar el país; el segundo objetivo es manifestar el respaldo de la Resistencia al regreso del ciudadano Manuel Zelaya Rosales, así como de los más de 200 exiliados políticos.

El objetivo organizativo es aprovechar ese caudal para incorporar a más personas a las instancias de base del Frente Nacional de Resistencia Popular (FNRP) de cara a la Asamblea Constitutiva del Frente que tendrá lugar en el mes de Septiembre de este año y en la cual se pretende constituir la más poderosa fuerza política del país.

Este año de lucha desde el golpe ha radicalizado la situación en Honduras y ha sido un aprendizaje político extraordinario para el movimiento obrero y el pueblo hondureño, ¿cuáles son las principales conclusiones?

Los aprendizajes han sido fundamentales, sin parangón en la historia:

Ha habido un salto gigantesco en la conciencia de clase de la mayoría de la población, pues en el fondo de la lucha por la democracia, el pueblo ha logrado identificar que el enemigo que siempre encuentra del otro lado, son los empresarios y terratenientes, y por supuesto, el imperialismo.

Ha habido una ruptura sin precedentes respecto al democratismo burgués, con el colapso del Partido Liberal, el otrora pilar del sistema político capitalista, y con el abrumador descredito del mecanismo electoral burgués (el abstencionismo de la última elección fue como mínimo del 65%, cuando en promedio antes era del 25%). No es casual que la estrategia imperialista pasa hoy por reparar ese mecanismo fundamental para su dominación.

Han caído de su conciencia todas las figuras intermediarias de la burguesía (iglesias, instituciones de derechos humanos, medios de comunicación, académicos, etc.) que antes mediatizaban la conciencia e impedía que el pueblo viera claro quién es quién. Hoy esas instancias están en franca declinación.

Hay una gran conciencia sobre la unidad del movimiento popular, lo cual se ha logrado como pocas veces en la historia nacional. Esa unidad se manifiesta en una defensa acérrima del FNRP.

Hoy el pueblo en Resistencia tiene claro que su objetivo es lograr una Nueva Honduras, sin oligarcas sin militares sin imperialistas; donde reine la justicia social y una verdadera democracia. Y está claro que el medio es a través de una Asamblea Constituyente que implique una ruptura radical con el presente.

El Pueblo en resistencia ha superado la agenda de la lucha reivindicativa –aunque no signifique que la ha abandonado– y se plantea objetivos políticos estratégicos, como es la toma del poder, hoy contenida solo por las bayonetas. Hasta los gremios más economicistas del pasado, ahora tienen que tomar posición y adecuar su discurso hacia la política so pena de ser superadas por las bases. La muestra más palpable es que este 1º de mayo la bandera principal fue el tema de la Constituyente y los otros temas de la Resistencia.

Pero críticamente veo que donde todavía hace falta madurar o romper un ultimo eslabón, que es la confianza del Pueblo

en políticos que desde la burguesía abrazan el discurso de la Resistencia. Pero confío que la experiencia práctica, que ya ha dejado en la lona a muchas instancias mediatizadas, irá dando la pauta para lograr el convencimiento de que solo a través de la fuerza popular, organizada en el FNRP, es posible llegar al objetivo de una nueva sociedad.

¿Qué balance se puede hacer de la postura de los EEUU en éste, el primer golpe de estado en América Latina bajo la administración Obama?

EL Pueblo ha tenido un gran aprendizaje respecto a Obama y al imperialismo en general. Antes varios compañeros tenían esperanzas que su elección pudo haber cambiado las cosas, pero con su apoyo solapado al Golpe de Estado –un apoyo que fue evidente para las amplias masas– ha sacado de dudas a todos y todas. Hoy día, la intervención cada vez más descarada del Embajador norteamericano, Hugo Llorenz, solo acrecienta el repudio del pueblo a esta representación del imperio. Hoy nadie se engaña en la Resistencia sobre el rol que juega al lado de los enemigos de la Democracia.

En nuestra opinión no se puede separar la lucha por las reivindicaciones democráticas y anti-imperialistas, resumidas en la Asamblea Constituyente, de la lucha contra el capitalismo y por el socialismo. ¿Crees que la idea del socialismo está ahora más presente? ¿Cuál es su opinión personal?

El concepto del Socialismo, en efecto, está ahora más presente que antes, debido a la identificación del horizonte deseado para Honduras con el “Socialismo Bolivariano”, aunque no podría decir que hay claridad de qué se entiende por tal. De hecho, el mismo Presidente Zelaya dice que su ideología es el “Liberalismo Pro Socialista”, y paradójicamente es el que más usa el término respecto a las fuerzas de izquierda en la Resistencia. Eso puede ser engañoso, porque por los ejemplos que pone (países nórdicos), el Presidente Zelaya más bien está pensando en la socialdemocracia.

Pero independientemente de eso, hoy estamos en inmejorables condiciones para educar al Pueblo en el verdade-



Tegucigalpa, sábado 4 de julio de 2009

ro socialismo. La experiencia del Golpe de Estado le ha ahorrado a la izquierda décadas de capacitaciones sobre la inviabilidad de la Democracia verdadera en el capitalismo. Ahora se trata de demostrar que solo el Socialismo revolucionario es verdaderamente democrático. Ese es el reto planteado. Y al respecto creo que en Honduras existe, por lo dicho atrás, un terreno propicio para desarrollar una campaña a favor de tal visión como no ha habido en la historia, incluso más favorable que en la época de la huelga de 1954.

El presidente Chávez lanzó un llamado a la formación de la Vª Internacional, que él describió como anti-imperialista, socialista y anti-capitalista. ¿Qué opinión le merece? ¿Se ha discutido en el Frente?

No se ha discutido en el Frente pero a juzgar por la gran simpatía de que goza el Presidente Chávez en la Resistencia, me imagino que fácilmente puede captar muchos adeptos, tal vez con la excepción de los compañeros Liberales en Resistencia, menos identificados con la izquierda. De hecho, el FNRP se ha definido como una organización político social de carácter anti capitalista, anti neoliberal, anti imperialista, anti oligárquica, anti patriarcal y anti racista, y eso facilitaría que el FNRP se pueda identificar con la propuesta del Presidente Chávez.

Mi opinión es que una Internacional es necesaria, pero que esta debe ser clasista, digo, compuesta por las organizaciones sociales y políticas representativas de las masas populares, y que, por supuesto, se dé una adecuada política de alianzas con otros sectores de clase, pero que obedezca fundamentalmente al programa de la clase trabajadora.

No creo en los frentes simplemente antiimperialistas, como sugieren algunos compañeros, porque en ese saco tiende a meterse de todo, incluso enemigos de las clases desposeídas como el PRI de México y eso no conduce a nada, porque en última instancia es más poderoso su miedo a la autodeterminación de las masas movilizadas que su antipatía contra el imperio.

La dirigencia oficial de la UD decidió participar en las elecciones del régimen de Micheletti, pero usted y otros se opusieron. ¿Qué pasó con la UD? ¿Cuál es el camino para la organización de los trabajadores en una perspectiva socialista? ¿Cuál es ahora su referente o proyecto político?

La UD nació como un partido que conjuntaba a las distintas expresiones de la izquierda pero fue incapaz de consolidar un programa ideológico y político; se despegó de la base, abandonando su trinchera en las luchas sociales de las clases populares, y enfatizó su pelea en el parlamento. Eso lo fue acomodando al sistema hasta que este la absorbió. Ahora sus dirigentes sólo se dedican a hacer oportunismo político y hacen el papel de comodines de la oligarquía golpista, en el afán de que esta les tire unas cuantas migajas (léase: “cuota de poder”). Debido a eso, las crisis internas fueron el pan de cada día en la UD. Y una por una fuimos saliendo todas las expresiones de la izquierda en un proceso de diez años, hasta que solo ha quedado un núcleo de dirigentes oportunista que encuentran clientela en sectores tránsfugas de los partidos de la burguesía.

Yo renuncie a la UD a comienzos de este año porque creo que es un Partido que ya no puede enderezarse. Pero junto a otros compañeros y compañeras, me he propuesto contribuir a la Unidad de la Izquierda revolucionaria hondureña, para lograr que esta contribuya a la construcción de un Frente Nacional de Resistencia Popular de carácter clasista y revolucionario, que tenga en el socialismo su horizonte y en la movilización de la clase trabajadora su método fundamental de lucha.

¿Qué mensaje enviaría a los activistas obreros y democráticos del mundo en relación a la situación en Honduras? ¿Qué pueden hacer?

La solidaridad internacional es fundamental. Fue gracias al apoyo de los miles de hermanos que se movilaron en todo el mundo, que la Resistencia hondureña tomo energía para soportar siete meses en las calles ininterrumpidamente. Gracias a eso el gobierno de Micheletti no pudo consolidarse y aún el de Porfirio Lobo tampoco ha podido hacerlo.

Mi primera invitación es a que no crean las versiones de la prensa imperialista de que aquí todo volvió a la “normalidad”. Les pedimos que divulguen que aquí sigue el golpismo en el poder con el apoyo del imperio norteamericano; pero, asimismo, le pedimos que divulguen que bajo tierra hay un enorme movimiento de la vanguardia popular que continuamos la lucha por una nueva Honduras, ahora en mejores condiciones de consciencia en el Pueblo. Por eso los golpistas nos temen tanto y tratan de que nuestras voces no se escuchen en el mundo. A pesar de nuestros muertos, la lucha sigue sin detenerse un segundo.

El hecho de que no vean marchas a diario en las calles, característico de la primera etapa de nuestra Resistencia, es porque en Honduras hemos decidido pasar de la movilización de calle a la movilización de asambleas y organización de base, en cada barrio, municipio y departamento para construir este hermoso instrumento de lucha que es el FNRP. Lo cual es una tarea muy compleja y nada fácil.

Mi llamado es a romper el cerco mediático que nos ha tendido el imperialismo, promoviendo el no reconocimiento del gobierno de Pepe Lobo por parte de sus gobiernos burgueses y apoyar la lucha del Pueblo por la convocatoria de una Asamblea Constituyente, en apoyo de la lucha del FNRP, la organización de vanguardia más importante del país.

Muchas gracias y adelante compañeros.

Para información actualizada sobre la Resistencia hondureña visita la web: Frente Nacional de Resistencia Popular (FNRP) <http://resistenciahonduras.net/>

Venezuela en vísperas de las elecciones legislativas

La Revolución se enfrenta a una encrucijada

Comité de Redacción de Lucha de Clases (Voz de trabajadores y jóvenes marxistas del PSUV)

Venezuela está viviendo momentos de profunda agudización de las contradicciones sociales, políticas y militares. La revolución bolivariana ha significado un despertar de las masas no sólo de Venezuela sino de Latinoamérica y .

Desde la llegada del presidente Chávez al poder, millones de personas en varios países de nuestro continente han despertado activamente a la vida política y social tratando de tomar su destino en sus propias manos. Desde la derrota del golpe de Estado del 2002, el pueblo venezolano ha participado una y otra vez en la vida política para transformar la sociedad.

No obstante, es necesario precisar que la revolución bolivariana en la actualidad se enfrenta a una dura encrucijada: o radicaliza la revolución, o corre un serio peligro de desmoralización de las masas, preparando una derrota histórica. La victoria del voto "NO" en el primer referéndum constitucional del 2007, producto del gran nivel de abstención entre las bases sociales de la revolución, fue la primera

advertencia seria que mostró que las masas están cansadas de palabras y discursos y quieren acciones contundentes contra el dominio de los capitalistas y terratenientes. Lo mismo vimos el año siguiente en las elecciones para gobernadores y alcaldes, dónde la abstención, a pesar de que la revolución recuperó más que un millón de votos, permitió la victoria de la contrarrevolución en algunos estados y alcaldías clave, como en los casos de Miranda, Carabobo, Táchira y la Alcaldía Mayor de Caracas.

Crisis económica y el fin de las ilusiones reformistas

En su discurso de año nuevo del 30 de diciembre, el presidente Chávez tuvo que admitir que el 2009 fue un año difícil para su gobierno. La crisis mundial del capitalismo tuvo un gran impacto en la economía venezolana, que terminó 2009 con una contracción del 3,4% en el PIB, en comparación con un crecimiento del 4,8% en 2008. Los años del 2003 al 2008 habían visto un gran repunte con una de las mayores tasas de crecimiento en América Latina. Todas las cifras apuntan ahora a una caída importante de la produc-

ción: la industria manufacturera (que representa el 16% del PIB) cayó un 7,2% en 2009 y la producción de automóviles cayó un 17,39%.

Según las estadísticas del Banco Nacional de Venezuela, las exportaciones del país han caído en un promedio del 5,1% por año durante los últimos cuatro años. Las exportaciones de productos no tradicionales de Venezuela cayeron abruptamente en un 60%. La misma fuente indicó que los ingresos totales por exportación del petróleo cayeron un 35,3%, de 89,1 mil millones de dólares americanos en el 2008 a 57,61 mil millones de dólares en el 2009.

Los reformistas se dejaron deslumbrar por el crecimiento económico que ha experimentado el país entre el 2004 y el 2007. Pensaron que era posible construir un socialismo petrolero usando el ingreso petrolero para pagar reformas sociales, dejando intacta la economía capitalista. El incremento de consumo de petróleo por parte de los países industrializados, la guerra de Irak, las bajas de producción y la crisis capitalista han hecho que los precios del barril lleguen a precios muy altos como lo vimos en el 2008 (145 dólares por barril). Sin embargo, Venezuela y la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) se enfrentaron a una dura realidad. Después de los altos precios, la crisis capitalista mundial provocó una caída drástica del precio del barril, lo que hizo que la OPEP bajara la producción en varias ocasiones para aumentar el precio. A esto se le suma la subida de producción que han tenido algunos países productores de petróleo como Brasil, México y Rusia, que se han convertido en una verdadera amenaza para los precios de la OPEP.

La alta dependencia del petróleo se reflejó sobre todo en el cambio del presupuesto en marzo del 2009. Inicialmente éste se había elaborado sobre la base de 60 dólares el barril, pero la caída de los precios del petróleo hicieron que el presupuesto se cambiara de 167 mil 474 millones de bolívares fuertes a 156 mil 388 millones, es decir 11 mil millones de bolívares fuertes menos. Las medidas que se tomaron fueron: aumentar el precio del IVA de un 9% a un 12%, disminución del presupuesto en un 7% para el 2009. A mismo tiempo, a pesar de que el gobierno bajó el presupuesto, incrementó el salario mínimo. Ninguna de estas medidas retrasó la llegada de la recesión. Sin embargo, a partir de julio de 2009 los precios de barril empiezan a recuperarse lentamente. Según el Banco Central de Venezuela, la Cesta Petrolera Venezolana llegó a un mínimo en diciembre del 2008 de 31,55 dólares por barril, mientras en noviembre del 2009 llegó a 73,46 dólares. A pesar de estos precios de noviembre, el precio promedio fue de 57,02 dólares por barril, inferior en 34,1% al registrado en 2008 (USD/b 86,49), lo que hizo que dejara de entrar más dinero y recursos. Los acontecimiento se han encargado de convertir la teoría del “socialismo petrolero” en polvo cósmico. En el cambio del presupuesto y las medidas que implementaron, sólo se tomó en cuenta el precio del barril de petróleo, pero para nada se tomó en cuenta la capacidad de inversión de la burguesía.

Una burguesía parasitaria

Vemos la incapacidad de la burguesía para desarrollar las fuerzas productivas hasta en sus propios informes. Según datos de Conindustria, los capitalistas cerraron



Marcha en apoyo del gobierno del Presidente Chávez, abril de 2009

más de 4.000 empresas de mediano y gran tamaño en solo una década, es decir, durante el periodo de gobierno del Presidente Chávez. La misma encuesta de Conindustria dice que menos del 15% de los capitalistas incrementó su nomina el año pasado, además sólo un 60% de las inversiones de capital al sector manufacturero fueron inversiones operativas. A la vez, las importaciones no han logrado bajar los precios según el Banco Central. El problema es que la tarea de desarrollar la economía venezolana no puede dejarse en manos de los capitalistas. Durante décadas han mostrado un desinterés total en esto, prefiriendo mantener una economía dependiente de los ingresos del petróleo y poca producción interna. El problema es que el sistema capitalista permanece. Esto fue incluso admitido por el presidente del Instituto Nacional de Estadística, que en una reciente entrevista al diario El Universal nos recuerda el hecho de que el 70% del PIB sigue siendo creado por el sector privado. “La economía sigue siendo capitalista”, dijo. Mientras el capitalismo se mantenga en su lugar, los trabajadores venezolanos y los pobres serán perseguidos por los males de la inflación, el desempleo y los recortes en el gasto social. Todos los intentos de maniobrar dentro de los límites de la economía de mercado van a terminar creando nuevas contradicciones. La existencia de las conquistas de la revolución, tales como Barrio Adentro, las Misiones y las Universidades Bolivarianas, están en duda si la situación económica sigue empeorando. El presidente Chávez se ha negado a aplicar los recortes, pero las medidas adoptadas no son en absoluto suficientes para garantizar esto. Para realmente defender estas conquistas, la revolución tiene que poner en la agenda la nacionalización de las palancas clave de la economía y el monopolio estatal del comercio exterior. Sólo esto puede destruir el capitalismo y proporcionar las condiciones necesarias para una economía socialista planificada.

Sabotaje económico de la contrarrevolución

A todo esto hay que agregar que Venezuela sufre el sabotaje económico feroz de la contrarrevolución. Los precios de alimentos se están disparando, no solo fruto a la inflación normal, sino también porque los dueños de las cadenas de

distribución y venta de alimentos están provocando desabastecimiento deliberadamente. Ha habido muchos casos de productores de arroz y otros alimentos básicos que se negaron producir o solo producir arroz de lujo (con sabores agregados) para así evitar las regulaciones de precio establecidas por el gobierno. Chávez ha amenazado a muchos negocios e incluso a Polar, la mayor productor de alimentos del país, pero con algunas excepciones como la cadena Éxito y la arrocería Cargill que fueron expropiadas, las amenazas, hasta el momento, se han quedado en palabras.

La situación se parece bastante a la de Chile durante el gobierno de Allende, cuando la contrarrevolución también utilizó su poder económico para intentar desabastecer al país (“hay que hacer chillar a la economía” en la infame frase de Nixon). La posibilidad de que el desabastecimiento provoque una caída en la moral de las masas bolivarianas, como en diciembre del 2007, está claramente presente, ya que los principales distribuidores de alimentos y los mercados todavía siguen en manos de los capitalistas. El presidente Chávez está tratando de ampliar la red de mercados Mercal de propiedad estatal, pero en realidad su cobertura es muy limitada y sólo representan el 7% en términos de la cantidad total de comida disponible. Esto no puede compensar las pérdidas colosales provocadas por el acaparamiento, el mercado negro, la especulación y la inflación galopante en todo el sector alimentario de propiedad privada. El principal problema es doble: el sector de la alimentación de propiedad privada sigue estando en gran parte intacto y no existe un monopolio del comercio exterior. Por otra parte, la producción nacional de alimentos sigue siendo muy baja y la reforma agraria de 2001 no ha producido una redistribución significativa de la tierra a los campesinos pobres. Los campesinos que obtuvieron un pedazo de tierra, en muchos casos no recibieron los créditos baratos que les habían prometido y por lo tanto la tierra sigue estando sin cultivar. La conclusión lógica de esto es que la propiedad privada de la producción alimentaria, procesamiento y distribución de los sectores está en contradicción directa con la voluntad democrática de la mayoría de los venezolanos. La única manera de resolver este problema (que representa una amenaza mortal para la revolución) es mediante la expropiación de estas industrias para ponerlas bajo el control democrático de los trabajadores, consumidores y cooperativas de campesinos, de manera que puedan planificar racionalmente la producción de acuerdo a los intereses de la mayoría de la gente, y poner fin a este sabotaje contrarrevolucionario y antidemocrático.

Lucha entre reformismo y revolución en el PSUV

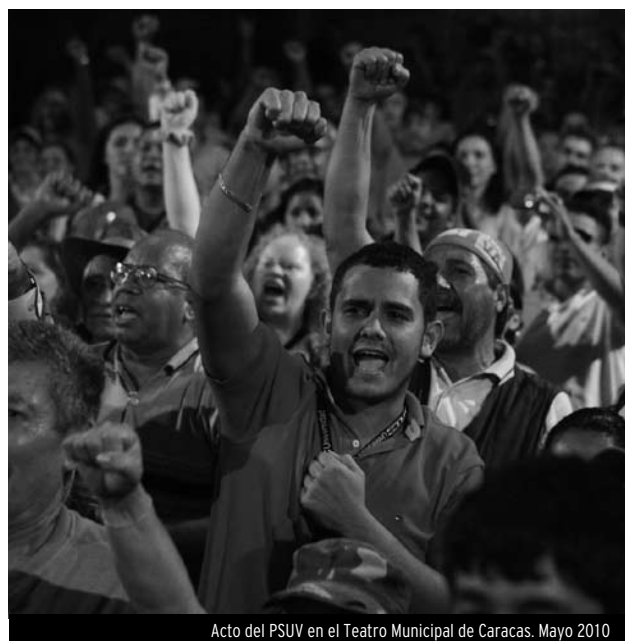
En el reciente congreso del PSUV el estado de ánimo revolucionario de un gran sector de los delegados se hizo sentir. La burocracia intentó limitarlo organizando el debate estado por estado y no en comisiones mixtas donde los delegados de los distintos estados pudieran debatir juntos, independientemente de sus zonas de origen. A pesar de esto, no lograron impedir la organización del embrión de un ala de izquierda entre los delegados. La prolongación del congreso ha permitido a los delegados viajar de regreso de las sesiones del Congreso (que se celebran en fines de semana) y discutir entre semana las propuestas con los representantes de cada patrulla que a su vez son responsables de discutir las con sus patrullas.

La lucha entre reformismo y revolución también se vio reflejada en las elecciones primarias para elegir los candidatos del PSUV para las elecciones de diputados del 26 de Septiembre. Al principio hubo ciertas ilusiones en estas elecciones y se inscribieron 3.527 personas como candidatos en las 87 circunscripciones. La participación en las elecciones fue muy alta con unos 2,5 millones de votantes, que ascienden al 38% del total de miembros del PSUV. Se trata de una participación impresionante para las elecciones primarias, lo que demuestra una vez más la situación extremadamente favorable que existe para completar la revolución y, finalmente, avanzar hacia el socialismo. También fue un golpe contundente a la oposición, que había tenido una movilización ridículamente baja en sus propias primarias y celebró elecciones para sólo una pequeña parte de los distritos electorales.

Sin embargo, muchos miembros de base del PSUV se quejaron de que la campaña, que sólo duró dos semanas, estuvo marcada por la desigualdad significativa, en el sentido de que los candidatos con grandes cantidades de dinero tenían enormes ventajas, ya que fueron capaces de publicar volantes, carteles, etc., y pagar a la gente para divulgar volantes, etc. En otras palabras, había un ventajismo enorme.

Otro aspecto que refuerza la desigualdad de condiciones era el hecho de que algunos candidatos que ya ocuparon cargos en el aparato estatal o en la dirección del partido, fueron capaces de utilizar estas posiciones con el fin de aparecer con frecuencia en los medios de comunicación y / o convocar a reuniones oficiales con el único objetivo de promover sus candidaturas.

Los activistas de base del PSUV reportaron un montón de otras irregularidades en la propia jornada electoral. En el sitio web de Aporee se publicaron una serie de informes que fueron recogidos en un artículo que documenta cómo los candidatos asociados con el aparato, como Freddy Bernal, el ex alcalde de Caracas Libertador, habían violado sistemáticamente las normas que habían sido aprobadas para la campaña electoral.



Acto del PSUV en el Teatro Municipal de Caracas. Mayo 2010



Inauguración de la Planta Procesadora de Leche Simón Planas. Junio 2010

Las protestas contra la desigualdad y el ventajismo después de las elecciones internas han sido abrumadoras. En Caracas se organizó una reunión con sólo dos días de antelación, convocada por sectores de izquierda del partido con el objetivo de elaborar un “balance crítico” de las primarias. 150 personas se reunieron para escuchar a conocidos dirigentes de izquierdas como Fernando Soto Rojas (un veterano del movimiento), Gonzalo Gómez (fundador de Aporrea.org), Juan Contreras (del revolucionario barrio bolivariano 23 de Enero) y otros. Había un estado de ánimo muy crítico en la reunión, con la presencia de activistas de los principales barrios revolucionarios de Caracas y también de los Estados Miranda y Vargas.

La izquierda del PSUV debe organizarse con urgencia en torno a un programa concreto de reivindicaciones claras, incluida la expropiación de las palancas dominantes de la economía. Existe el potencial para una gran tendencia de izquierda, que pueda organizar a decenas e incluso cientos de delegados en el congreso que a su vez tengan el apoyo de miles de activistas en sus respectivas regiones. El PSUV cuenta con 2,5 millones de miembros registrados en patrullas. La gran mayoría se ha unido al partido para luchar por la victoria revolucionaria. Es el deber de todos los socialistas revolucionarios organizar a estos trabajadores y a los pobres, empezando por la vanguardia, en una tendencia marxista capaz de ganar la mayoría en el partido y luchar contra el ala burocrática de derechas. El futuro de la revolución bolivariana dependerá de esta cuestión.

Las elecciones para la Asamblea Nacional y las perspectivas más allá

A finales del febrero del 2010, el gobernador del estado Lara, Henri Falcón decidió abandonar las filas del PSUV, después de una larga polémica con el presidente Chávez. Este último lo había acusado de estar demasiado cercano a la burguesía de Lara y en realidad de no servir los intereses de los trabajadores y la juventud de ese estado. Falcón respondió dando un portazo y saltando al PPT (Patria Para Todos), un pequeño partido que supuestamente apoya al gobierno, pero se mantuvo fuera del PSUV cuando se creó en 2007. Desde entonces, ha tratado de actuar como

un freno a Chávez, mediante la promoción de la causa de la “reconciliación” y el “diálogo” con la oposición.

La gran mayoría de los periódicos de derechas estaban eufóricos acerca de la deserción de Henri Falcón del PSUV. Falcón y el PPT aseguran que representan un “chavismo Azul”, que se supone que es más “tolerante” que el tipo preconizado por el propio Chávez. Pero eso es sólo una cortina de humo para decir han roto con Chávez y que, en realidad, están luchando por un programa completamente diferente: la contrarrevolución con una máscara democrática. Bajo este programa intentarán movilizar a las masas de la pequeña-burguesía y a la vez desmoralizar a los trabajadores y los pobres que apoyan al gobierno.

La oposición contrarrevolucionaria venezolana, están tratando de sacar provecho de todos y cada uno de los errores cometidos por el gobierno. Problemas no resueltos tales como la vivienda, el crecimiento de la tasa de delincuencia y, recientemente, los apagones en el sistema energético, dejando a muchas casas sin electricidad durante largas horas, están siendo utilizados por la oposición para generar apatía entre las masas que apoyan la revolución. Lo mismo está ocurriendo con cuestiones tales como la inflación y la escasez de alimentos. El hecho de que la oposición fue capaz de ganar las elecciones de alcaldes y gobernadores en zonas populares, como Petare, en noviembre de 2008, es una clara señal de advertencia. Si el gobierno no toma medidas decisivas para resolver las necesidades de las masas, la desmoralización puede extenderse y manifestarse en forma de abstención en las próximas elecciones.

La próxima prueba electoral será las elecciones parlamentarias de septiembre. Si no se produce ningún cambio en la situación, la oposición tiene grandes posibilidades de ganar un número considerable de escaños en la nueva Asamblea Nacional. A continuación, procederá a utilizar estos parlamentarios para sabotear el funcionamiento del gobierno, movilizar a la clase media y provocar disturbios cuando sea posible. Su objetivo final es desestabilizar el país y crear una situación en la que puedan librarse de Chávez, ya sea por la vía parlamentaria o extra-parlamentaria.

Las masas, empezando con los elementos más avanzados en la vanguardia, harán todo lo posible para impedir un desarrollo semejante. Muchos miembros de base del PSUV y de los sindicatos revolucionarios se están dando cuenta de que es necesario luchar para avanzar con un programa socialista que definitivamente liquide el poder de la burguesía y sus amos imperialistas. El fortalecimiento de la tendencia marxista dentro de las filas del PSUV, la Juventud del PSUV y la confederación sindical UNT sería una poderosa herramienta para impulsar este proceso y derrotar a la contrarrevolución de una vez por todas con la destrucción de su poder económico y completando así la Revolución Socialista de Venezuela.

De vida o muerte: Socialismo sobre la tierra

Frank Josué Solar Cabrales (comunista cubano)

Uno de los elementos centrales de la teoría marxista sobre la revolución es el necesario carácter internacional de la lucha por la emancipación de la clase obrera y de la construcción del socialismo. Debido a la creciente mundialización del capitalismo y el imperialismo, y a la interdependencia que generan entre todos los países, el sistema que se les oponga y sustituya debe tener dimensiones planetarias. Esto ha sido abc del marxismo desde el Manifiesto Comunista que afirmaba que los trabajadores no tienen patria y que llamaba a la unión de todos los proletarios del mundo. También lo fue para Lenin, quien estimaba más importante la revolución mundial, empezando por la alemana, que la propia sobrevivencia del poder bolchevique. Por eso fundó la Internacional Comunista, sepultada luego por Stalin, junto a las tradiciones internacionalistas de Octubre, bajo la teoría contrarrevolucionaria y antimarxista del “socialismo en un solo país”.

Mientras no triunfe la revolución socialista a escala mundial, o al menos en los países más avanzados, el semi-estado del que habla Lenin en *El Estado y la Revolución*, o sea, la dictadura del proletariado, no desaparecerá. Mientras la revolución socialista quede recluida en un solo país, a ese poder estatal de los trabajadores solo le es dable sobrevivir.

Además, ese régimen obrero, limitado por las fronteras nacionales, aún cuando sea relativamente sano, funcionando sobre la base de consejos de trabajadores, que goce de una auténtica democracia obrera, sufrirá permanentemente el peligro de burocratizarse, y con ello, de ser derrotado. Las propias condiciones de aislamiento entrañan consigo el peligro de degeneración burocrática.

No es posible construir el socialismo en un solo país, y menos en uno como Cuba: una isla pequeña, sin recursos



Castro, Zelaya y Chávez. Managua-Nicaragua 2009

económicos ni materiales de importancia, azotada por fenómenos meteorológicos y rodeada por un entorno capitalista hostil. El destino de la revolución cubana se decide, en última instancia, en el desenlace de la revolución latinoamericana.

Es entonces cuestión de primer orden, de vida o muerte para la Revolución Cubana y su proyecto socialista la variable externa, la política internacional que debe seguir. La única salida para nuestro aislamiento como sistema socio-político y económico será la integración latinoamericana, pero no nos sirve cualquier tipo de unión, tiene que ser una sobre bases socialistas, porque una con el empresariado latinoamericano, con la burguesía latinoamericana, por muy progresista y nacionalista que se le quiera pintar, con las oligarquías de este continente, sería un suicidio para el proyecto socialista cubano. Por eso nuestra política debe estar encaminada a alentar la profundización hacia el socialismo de los procesos revolucionarios que se desaten en América Latina.

Esa sería una auténtica política internacionalista de la Revolución Cubana, inscrita en las mejores tradiciones de la que hemos desarrollado durante estos 50 años. No debería aconsejar moderación o prudencia un proceso como el cubano, que ha sido siempre una rebelión permanente contra el sentido común y todo lo que él señala como posible, normal o lógico. Y es que por empujar constantemente las fronteras de lo imposible fue que pudimos triunfar en una revolución popular contra un ejército regular, pudimos hacer una revolución socialista en las narices del imperialismo norteamericano, pudimos resistir cuando tras la caída del Muro de Berlín muchos en el mundo no nos daban más que unos meses de vida. Puesto a escoger entre extremos, preferiré siempre la audacia irresponsable al reformismo timorato y cobarde. Nuestra divisa debe ser la del Che: “No hay más cambios que hacer. Revolución socialista o caricatura de revolución”.

Cuando hablamos de la necesidad de avanzar al socialismo en los procesos revolucionarios latinoamericanos no lo hacemos por el deseo caprichoso de ajustar la realidad y la historia a moldes teóricos preconcebidos, sino por una razón mucho más práctica: es la única forma posible de solucionar los enormes problemas sociales de nuestro continente, y del mundo en general. Estamos contra el tiempo. Ya el proceso de degradación del sistema capitalista ha llevado a poner en peligro la misma existencia de la especie humana, y por lo tanto, hay que acabar con él de una vez por todas. La transformación socialista de la sociedad a nivel mundial no sólo es una necesidad sino una urgencia inaplazable. Una adecuada utilización racional, planificada, de los recursos naturales y materiales con los que cuenta la humanidad sólo la puede proporcionar el socialismo. Si dejamos que este mundo siga con la anarquía, el desastre caótico del capitalismo, estamos abocados a la desaparición de la especie. Por eso, alentar y explicar la necesidad que tienen los pueblos de avanzar hacia el socialismo no sólo es un deber ineludible como revolucionarios, sino además un deber básico como ser humano que desea perpetuar la vida del hombre en el planeta.

El capitalismo en la actualidad ha reflejado muy nítidamente, más que nunca antes, su incapacidad absoluta para satisfacer las necesidades, ni siquiera las más básicas, de las inmensas mayorías humanas. La pobreza, la miseria, el hambre, la opresión de los pueblos, en provecho de la riqueza de unos pocos, forman parte de su esencia misma como sistema, y eso no lo cambiará ninguna reforma. El capital ya no ofrece ninguna salida, y no se deben combatir los síntomas ni los efectos, sino las causas profundas.

El ideal socialista empieza a salir del marasmo y el descrédito en que lo sumió la crisis del mal llamado socialismo real. La popularidad con la que cuenta hoy Hugo Chávez en todo el continente latinoamericano, hablando de socialismo, del marxismo y sus principales pensadores, Marx, Lenin, Trotsky, Gramsci, Mariátegui,...., y las victorias o avances electorales en la Patria Grande de muchos de los referentes políticos que se identifican con Chávez y con la revolución bolivariana es una prueba irrefutable de la influencia creciente del ideal socialista, de que los pueblos comienzan a ver otra vez en el socialismo la alternativa viable para la resolución de sus dificultades, para el alcance de sus aspiraciones. Tiene un enorme valor que después

de una década de discurso antineoliberal por parte de la izquierda, Chávez otra vez ponga en claro el verdadero enemigo: el capitalismo.

Un desafío pendiente es lo difuso y ambiguo que se presenta hoy para muchos el término de socialismo del siglo XXI al que constantemente hace referencia Chávez. En este contexto es necesario dar una batalla por la clarificación de conceptos, de cuál es el socialismo deseable, cuál es el socialismo al que debemos aspirar, cuál es el socialismo que debemos alcanzar, para que no caiga en caricaturas socialdemócratas, ni en un remedo trágico de lo que significó el estalinismo. No nos está permitido volver a equivocarnos, volver a tropezar con la misma piedra, repetir los errores del pasado, y para eso es imprescindible aprender de la historia, de las lecciones heroicas, hermosas, y a la vez trágicas, que nos dejó la historia del socialismo en el siglo XX. Es necesario recuperarla toda, estudiarla y aprender de ella.

El ALBA ya ha demostrado que es posible establecer relaciones de otro tipo, que beneficien a los pueblos y no a los capitalistas. Su limitación es que se compone de países que, aparte de Cuba, siguen teniendo economías capitalistas. Para que sea un auténtico instrumento revolucionario, es necesario expropiar a la oligarquía y al imperialismo en los países que lo componen. No constituyen una alternativa ni el MERCOSUR, ni la CAN, ni ningún otro mecanismo de integración que implique la participación hegemónica de los sectores capitalistas latinoamericanos. Por una razón muy sencilla: no existe en ningún país del continente ninguna burguesía nacional interesada en desarrollar un capitalismo nacional, interesada en el desarrollo de nuestros países, mucho menos en la unidad continental. Ya lo decía el Che en los años 60, que las burguesías latinoamericanas sólo formaban el furgón de cola del imperialismo. La patria de los capitalistas termina donde comienza su bolsillo. Como afirmaba Mariátegui en La Unidad de la América Indo-Española, los intereses burgueses son rivales o concurrentes, no así los de las masas. Por eso explicaba que quienes unirían nuestros pueblos no serían los brindis pacatos de la diplomacia, sino los votos históricos de las muchedumbres.

El ALBA debe constituirse en un primer momento como una Federación Socialista de Cuba, Venezuela, Bolivia, Nicaragua, Ecuador, es decir, debe basarse en la expropiación de los grandes latifundios, los bancos y grandes empresas, para poder planificar democráticamente la economía en beneficio de las masas de obreros y campesinos. Eso sería un primer paso para convertirse en un polo de atracción que se encamine hacia la constitución de una Federación Socialista de América Latina y el Caribe, que debe ser el objetivo final. A 200 años de las primeras independencias en América, una Federación Socialista contaría con el apoyo entusiasta de los trabajadores en los países capitalistas avanzados, que la verían como parte de su propia lucha por la transformación socialista de la sociedad en todo el mundo.

Sólo entonces será realidad la proclamación de nuestra segunda independencia y habremos cumplido el sueño de mármol de Bolívar, Martí y la generación libertadora: la unidad de la Patria Grande.

Las Malvinas, el petróleo y la Antártida: Una posición socialista

Ramón Sarmiento (Corriente Socialista El Militante - Argentina)

El problema de la soberanía de las Islas Malvinas ha vuelto a la primera línea del debate político regional. La razón de ello fue el inicio de prospecciones petroleras en las aguas territoriales de las islas por empresas británicas. Esto levantó una oleada de pronunciamientos y protestas indignadas del gobierno argentino y de todos los grupos políticos representados en el congreso nacional, quienes insistieron en el reclamo de la soberanía argentina sobre las islas y sus recursos, y sobre una parte de los territorios antárticos.

Es indudable que el interés del gobierno británico por el supuesto yacimiento de petróleo en Malvinas tiene un carácter imperialista, busca reafirmar su control y soberanía sobre las islas para favorecer el negocio petrolero de las multinacionales, y reforzar su pretensión de colonizar una parte de la Antártida que también reclama como propia por su cercanía a las Islas Malvinas.

Claramente, un elemento añadido a la lógica del imperialismo británico para mantener su posesión sobre las Islas Malvinas es la disputa por la Antártida y sus recursos¹, de la misma manera que se expresa la disputa del Ártico por los países nórdicos de Europa, Canadá y EEUU, sin importar el impacto que podría generar en la biosfera el derretimiento de los polos y su explotación a gran escala por empresas multinacionales para conseguir ganancias fabulosas con la extracción de petróleo y minerales. Sobre este tema volveremos luego.

Breve historia del conflicto de las Malvinas

Desde el punto de vista del marxismo, lo que se conoce como “el problema nacional” o “la cuestión nacional” hace

referencia, en general, a la opresión nacional de una parte de la población por otra que ejerce el papel de nacionalidad dominante dentro del mismo Estado. Hace referencia, por lo tanto, a personas y no a territorios; y menos aún a territorios deshabitados.

El problema nacional no tiene nada que ver, entonces, con la ambición de territorios que, históricamente, estuvieron al margen del surgimiento y de la formación de las naciones, que luego éstas reclaman como propios.

Tal es el caso de las Islas Malvinas y la Antártida en relación a Argentina y, mucho más todavía, en relación a Gran Bretaña. Si bien, por la herencia colonial española y por su cercanía geográfica, las Malvinas integraban el territorio argentino, en el momento de su anexión por Gran Bretaña (1832) las islas estaban deshabitadas. No existía, por lo tanto, una población nativa que fuera expulsada o que padeciera una opresión nacional por parte de la nacionalidad ocupante. Unos años más tarde, las islas fueron pobladas con familias de origen británico cuyos descendientes han estado habitando las islas desde hace más de 150 años.

Indudablemente, la ocupación de las Islas Malvinas por Gran Bretaña tuvo un carácter imperialista. Se enmarcó en el avance del entonces naciente imperio británico por todo el mundo, para mejor controlar las rutas de navegación y apuntalar su política comercial colonialista, sustentada en el estandarte del “libre cambio”.

En todo este lapso, los reclamos de los sucesivos gobiernos argentinos no hicieron mella en el imperialismo británico, que se apoyó en la negativa de la población británica malvinense a perder sus vínculos con Gran Bretaña. Sólo a

fin de los años 70 un sector del “stablishment” británico comenzó a mostrarse partidario de acceder parcialmente a los reclamos argentinos, otorgando formalmente la soberanía de las islas a Argentina a cambio del compromiso de favorecer a empresas británicas en la explotación de los recursos de las islas y, posiblemente, de aceptar la instalación en las mismas de una base militar británica permanente². El sostenimiento de unos pocos miles de ciudadanos británicos a 13.000 kilómetros de la metrópoli en unas islas rocosas e inhóspitas parecía una carga demasiado onerosa para una gran potencia en declive, como Gran Bretaña; al tiempo que, la cesión de las Malvinas a Argentina, serviría para reforzar el apoyo interno a la Junta Militar asesina y una forma de agradecerle los servicios prestados en el aplastamiento del proceso revolucionario argentino de 1969-1976 y su importante colaboración con decenas de oficiales en la represión de los movimientos guerrilleros en Centroamérica.

Pero la precipitación de la Junta Militar al invadir militarmente las islas en abril de 1982, para forzar a Gran Bretaña a alcanzar un acuerdo rápido sobre este tema, y la posterior derrota de Argentina en la guerra que le siguió, hizo naufragar esa posibilidad. Desde entonces, la pretensión argentina de alcanzar un acuerdo con Gran Bretaña sobre la soberanía de las Islas Malvinas está más lejos que nunca. Y éste sigue siendo el caso.

Las Malvinas y la soberanía nacional

Hay que decir, francamente, que la cuestión de Malvinas tiene una importancia menor en relación a los problemas que enfrenta Argentina y, muy particularmente, nuestra clase trabajadora. Las Malvinas no son un espacio geográfico ni productivo esencial, cuya pérdida trabe o ahogue el libre desenvolvimiento y desarrollo de las fuerzas productivas en Argentina.

Argentina es el 8º país más extenso del mundo. Potencialmente, tiene espacio y recursos más que suficientes para dar satisfacción a todas las necesidades de su población. Pero no es el caso. Más del 30% vive en la pobreza, la mayoría de los asalariados (el 75% de la población económicamente activa) tienen dificultades para llegar a fin de mes, y el 55% de los argentinos carecen de cloacas.

Esto es así porque un puñado de empresarios riquísimos, nacionales y extranjeros, se ha apropiado, durante generaciones, de casi toda la riqueza del país: la tierra, los alimentos, el agua, los recursos naturales (petróleo, gas, minerales), la producción energética, los servicios públicos, las telecomunicaciones, etc. Los empresarios nacionales tienen oculta al fisco, o depositada en el extranjero, una cantidad de dinero equivalente a la deuda pública total argentina, unos 150.000 millones de dólares, extraída con la explotación de la riqueza de nuestro país y de sus trabajadores.

Por eso nos parece completamente ridícula, y una farsa, la indignación que muestran el gobierno de Cristina y la oposición política a su derecha en su reclamo del petróleo de las Malvinas, cuando entregan el petróleo del país a un puñado de multinacionales y a empresarios nacionales, como Eskenazi y Bulgheroni, a quienes sólo les interesa lucrar con estos recursos. La misma impresión nos produce su queja sobre los recursos pesqueros que manejan los isleños, cuando la flota pesquera argentina ha sido diezmada

y la mayoría de los recursos pesqueros del país fueron entregados a la explotación depredadora de grandes empresas extranjeras (españolas, japonesas, rusas, etc.)

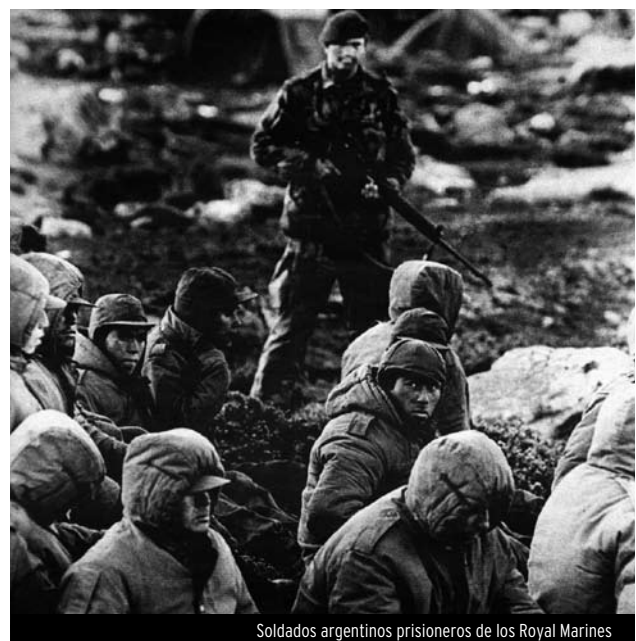
Unas Malvinas argentinas, sobre bases capitalistas, no cambiaría la situación de la clase trabajadora. No eliminaría el desempleo, la pobreza ni la explotación laboral. Pero, seguramente, serían una fuente de enriquecimiento para una minoría de grandes empresarios, nacionales y extranjeros, que saquearían y expoliarían sus recursos como ocurre con nuestro territorio continental. El principal acto de soberanía que necesitamos impulsar, y mucho más urgente que la posesión de las Malvinas, es por lo tanto el de **recuperar Argentina para los argentinos**. Todos esos recursos, creados y desarrollados con el trabajo de la clase obrera, deberían ser nacionalizados y puestos bajo control de los trabajadores y el conjunto de la población, para poder planificar democráticamente el desarrollo económico y social del país en beneficio de la mayoría trabajadora y no de una minoría opulenta, como ocurre ahora.

En realidad, el reclamo de Malvinas ha sido inflado de manera artificial durante generaciones, y se ha convertido en una moneda de cambio barata que la clase dominante y los gobiernos de turno se sacan del bolsillo cada vez que tienen problemas, particularmente cuando las masas trabajadoras buscan el camino de la lucha para cambiar su situación de explotación, como ocurrió en marzo-abril de 1982.

Los capitalistas argentinos y británicos defienden los mismos intereses

Detrás del humo espeso del patriotismo y de los reclamos de soberanía, se esconde la verdadera actitud de las burguesías argentina y británica hacia este asunto, que está guiada por el interés mezquino de la ganancia. En realidad, los capitalistas argentinos y británicos se necesitan mutuamente, y se lamentan del ruido organizado en torno a las prospecciones petroleras en Malvinas.

La extracción de petróleo en las Malvinas, para que sea rentable, necesita de una infraestructura de apoyo en la costa continental argentina, para el reemplazo de repuestos y maquinaria de extracción, avituallamiento de los miles de



Soldados argentinos prisioneros de los Royal Marines

operarios, y para el embarque envasado y primera transformación del petróleo crudo, antes de su exportación. Según Daniel Gerold, consultor de G&G Energy Consultants: “La declaración presidencial [de prohibir la colaboración de empresas argentinas y británicas en la exploración petrolera en las islas. Nota de EM] también subirá los precios de todos los fletes, servicios y seguros que se utilizan en esta clase de exploraciones. Tanto para los ingleses como para los argentinos” (*Clarín*, 17/02/10). Y añade: “Lo que hay que hacer es cooperar si se quiere desarrollar algo y avanzar en el terreno diplomático” (*Ibid.*). A su vez, una reciente Editorial del diario argentino *Clarín* (12/05/10), afirmaba:

“Para nuestro país, cortados los vínculos comerciales y aislado el territorio insular por el escudo protector fijado por la presencia militar británica y la prohibición del tráfico marítimo entre Malvinas y nuestras costas, [la explotación petrolera de Malvinas] **incrementa los costos de la marginación para los intereses nacionales en juego. Por el contrario, la existencia de recursos hidrocarbúricos en la zona podría representar un incentivo para la cooperación transnacional** y para el reinicio de un tratamiento bilateral que incluya el tema de la soberanía”. (el énfasis es nuestro)

Esta es la auténtica voz de la burguesía argentina y desnuda perfectamente el nacionalismo de la clase dominante, una cobertura conveniente para ocultar a las masas trabajadoras sus verdaderas intenciones: su deseo de alcanzar un acuerdo con el imperialismo británico para explotar conjuntamente el supuesto petróleo descubierto junto a las costas de las Malvinas.

La actitud de la clase dominante británica es la misma, sólo que expresada en un lenguaje más cínico. Así, el diario británico *The Guardian*, en un artículo del 5 de abril titulado: *Es la hora de cooperar en torno a las islas*, decía: “Creemos que Argentina debería iniciar con Londres las negociaciones sobre recursos naturales sin olvidar su reclamo soberano, el cual podría quedar bajo el “paraguas diplomático”, como ocurrió en los 90... Londres, por su parte, debería dejar de tomar decisiones unilaterales en tales actividades económicas hasta tanto se alcance el acuerdo y convencer a los isleños de que las tratativas los beneficiarán.”

En suma, lo que ambas partes vienen a decir es lo siguiente: “entretengamos a la gente con charlas inútiles sobre la soberanía (es lo que debe significar “paraguas diplomático”), no demos pasos unilaterales que enojen a la población argentina e isleña, y alcancemos un acuerdo para hacer negocios juntos, que es lo importante; ya nos encargaremos de convencer a argentinos e isleños de que lo hacemos por su bien”.

No existe una solución capitalista “realista”

El problema de la soberanía de Las Malvinas no tiene una solución bajo el capitalismo que satisfaga a todas las partes en conflicto. Tampoco la burguesía argentina tiene una alternativa a la población de origen británico que habita las islas desde hace más de 150 años, que ha desarrollado una identidad malvinense y no quiere perder sus vínculos con Gran Bretaña. Como socialistas, nos oponemos frontalmente al ejercicio de la violencia o a la compulsión para expulsar a miles de personas comunes que han habitado



un territorio durante generaciones; tal como proponen los nacionalistas argentinos más reaccionarios.

No tenemos espacio para tratar a fondo sobre la guerra de las Malvinas de mayo-junio de 1982. Recomendamos fervientemente a nuestros lectores que lean los brillantes análisis sobre este tema escritos por Ted Grant: *La crisis de las Malvinas. Los marxistas ante la guerra*. Mayo 1982; y por Alan Woods: *Las Malvinas, la guerra, la cuestión nacional y el socialismo. Respuesta a Luis Oviedo*. Febrero 2004. Ambos están disponibles en nuestra página web www.argentina.elmilitante.org. Sólo nos basta con decir que la invasión militar de las islas en abril de 2002 fue una aventura reaccionaria que tenía como fin desviar en líneas nacionalistas y chauvinistas el malestar acumulado de la clase obrera argentina contra la Junta Militar, que amenazaba con estallar en cualquier momento. A cambio de una “fachada” de soberanía argentina sobre Malvinas, como explicamos en un apartado anterior, la Junta planeaba secretamente otorgar a empresas británicas los recursos de las islas y permitir la instalación de una base militar británica en las islas.

Nuestra corriente internacional se opuso a esta guerra, y denunció al imperialismo británico y a la Junta Militar asesina. Propusimos que las clases obreras argentina y británica se levantaran contra sus explotadores y establecieran un gobierno obrero y socialista en ambos países como única manera de alcanzar una solución amistosa y fraternal, que diera satisfacción al deseo de las masas trabajadoras argentinas de sentir las Malvinas como propias, al mismo tiempo que se resguardaban los derechos democráticos de los isleños que habitaron estas islas durante generaciones.

Una alternativa socialista

No somos nacionalistas, sino internacionalistas. Como socialistas decimos que los Estados nacionales, si bien fueron necesarios en el pasado y jugaron un papel muy progresista contra el atraso feudal y colonial, y para el desarrollo de las fuerzas productivas en el marco de las estructuras del capitalismo; hoy día, en la época del imperialismo monopolista y del dominio del capital financiero, estos mismos Estados

nacionales se han transformado en algo reaccionario, que obstruyen el potencial de desarrollo de las fuerzas productivas, y son la fuente de odios, guerras y enfrentamientos entre los pueblos y trabajadores de diferentes naciones que son impulsados por las burguesías de cada país. Lo que se necesita es barrer las fronteras nacionales junto con la propiedad privada de los grandes medios de producción, y avanzar hacia la formación de una federación socialista mundial que posibilite la integración y colaboración fraterna de todos los pueblos y trabajadores en todas partes, y la planificación democrática y armónica de las fuerzas productivas y la riqueza de nuestro planeta.

Es por eso que planteamos en aquel momento, y lo seguimos planteando hoy, que la única solución posible al problema de Malvinas está en las manos de las clases obrera argentina y británica, con el derrocamiento del capitalismo y el establecimiento de una Federación Socialista de ambas naciones que comparta el territorio de las islas. Es posible que algunos digan que esta solución no es “realista”, pero ¿cuál es la solución “realista” que nos ofrecieron hasta ahora? La vía militar se demostró inútil, lo mismo que las conversaciones diplomáticas. Después de 180 años estamos como al principio. Fuera de una política de clase que vincule el problema nacional con la transformación socialista de la sociedad, no hay salida a la cuestión de las Malvinas, y los hechos nos dan la razón.

La disputa de la Antártida

Finalmente, queríamos dejar sentada nuestra posición sobre los reclamos territoriales en la Antártida por Argentina, reclamos que comparte con Chile, Gran Bretaña, Australia, Nueva Zelanda, Noruega y Francia. Como decíamos más arriba, desde el punto de vista del marxismo, el “problema nacional” surge de la opresión nacional de una parte de la población de un Estado por otra, que suele ser la nacionalidad política y económicamente dominante. Tiene que ver con personas y no con territorios.

La Antártida es un continente deshabitado e inhóspito que no jugó papel alguno en el proceso de surgimiento y formación de ninguna de las naciones que existen en el planeta.

De ahí que las ambiciones territoriales de las burguesías argentina, chilena, británica, australiana, neozelandesa, noruega y francesa sobre la Antártida tienen como único fin su colonización y la explotación de sus riquezas minerales y petroleras. Sus demandas no contienen nada de progresivo, por no hablar de las consecuencias medioambientales dañinas para la biosfera que traería aparejadas la explotación industrial capitalista a gran escala de este territorio tan sensible para el conjunto del planeta. El único interés de estas burguesías es reforzar entre su población el sentimiento burgués de prestigio nacional y ofrecer a los grandes empresarios y multinacionales de sus países un campo vasto de desarrollo y enriquecimiento.

El reclamo de territorios en la Antártida, como en el Ártico, tiene por lo tanto un contenido imperialista, no importa que la demanda provenga de países de vieja raigambre imperialista, como Gran Bretaña y Francia, o de países de desarrollo capitalista más atrasado, como Argentina o Chile.

Pero este es sólo un aspecto de la cuestión. Hay otros. Por ejemplo, ¿quién efectuaría el reparto de la Antártida? To-

dos estos países discrepan entre sí sobre las partes que, supuestamente, deberían corresponderles a cada uno. Concretamente, Argentina y Chile le niegan a Gran Bretaña derecho alguno sobre la Antártida. Una situación similar se dio entre las potencias europeas durante el reparto imperialista de África y Asia entre mediados del siglo XIX y comienzos del siglo XX que provocaron guerras devastadoras, y que culminaron en la 1ª Guerra Mundial. En última instancia, la amenaza de un conflicto bélico entre estos países y potencias por un “reparto justo” de la Antártida, y también del Ártico, estará siempre presente, y por lo tanto la posibilidad de una catástrofe para los trabajadores de todas estas naciones que serían los únicos que pagarían con su sangre y con la pobreza la barbarie que acompaña toda guerra interimperialista, para mejor servir a los intereses de cada burguesía nacional.

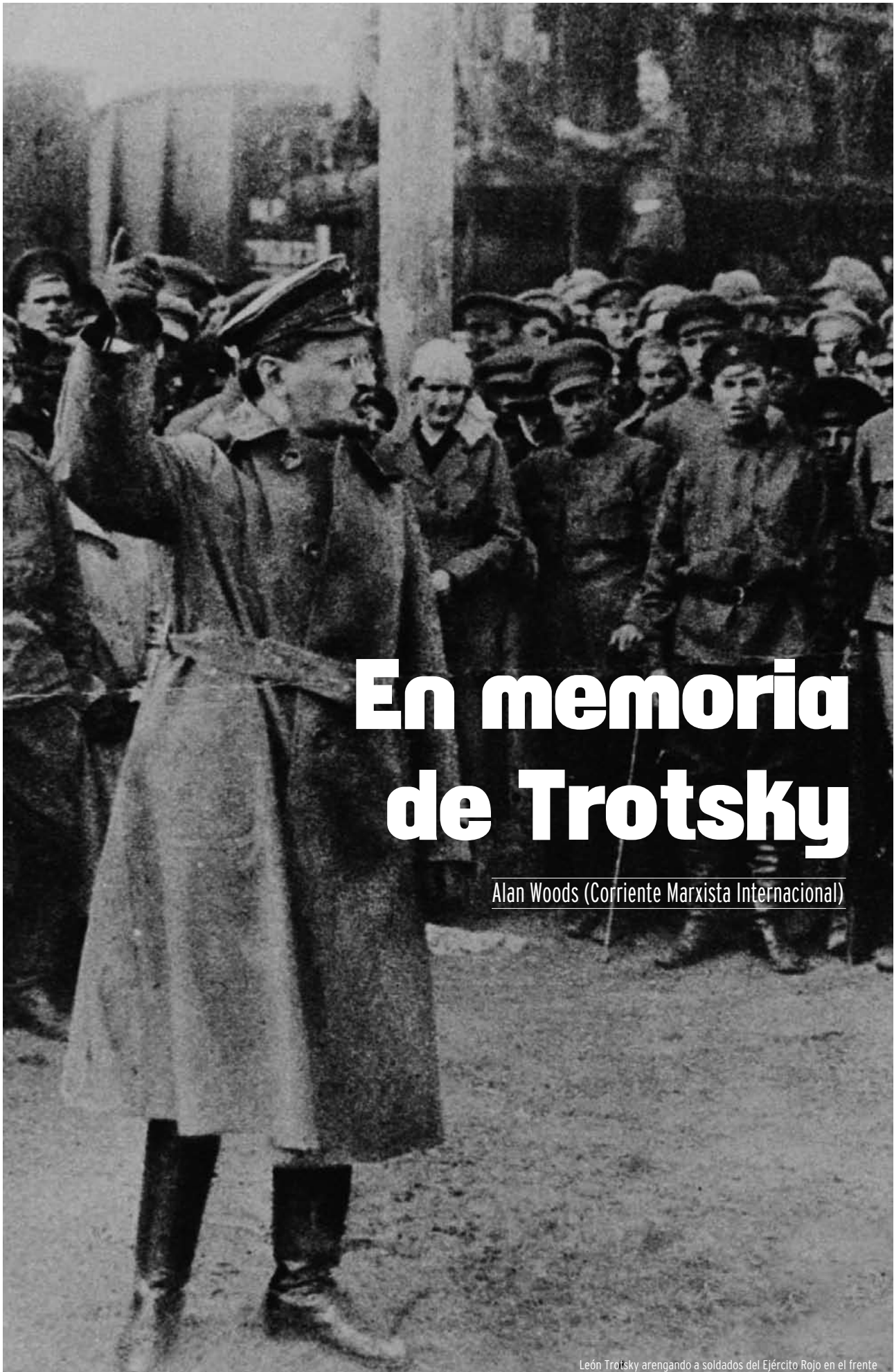
Es una abominación y una traición al marxismo y al socialismo, por lo tanto, el reclamo de una Antártida argentina o chilena por organizaciones que se reclaman de izquierda y socialistas en nuestros países.

El continente antártico, como el Polo Norte, es un patrimonio inalienable de la humanidad, y una parte delicadísima del equilibrio medioambiental del planeta. No queremos un nuevo reparto imperialista, a sangre y fuego, que utilice a la clase obrera y a sus hijos como carne de cañón para los negocios capitalistas. Los hechos demuestran que la ONU no puede garantizar el mantenimiento de la Antártida, como tampoco de los territorios del Ártico, como “patrimonio de la Humanidad”, como tampoco puede hacerlo ningún otro organismo burgués de ese tipo, sino solamente el establecimiento del socialismo mundial.



¹ Ya en 1982, en plena guerra de Malvinas entre Argentina y Gran Bretaña, el dirigente trotskista británico, Ted Grant (fundador de la CMI), identificó el interés por los recursos de la Antártida como una de las razones que empujaban al imperialismo británico a mantener sus posiciones en las Islas Malvinas: “Thatcher y los conservadores quieren hacer ver que la suerte y los deseos de los habitantes de las islas Malvinas son el factor primordial en todas sus consideraciones. En la práctica, es la última cosa que les preocupa. Sacrificarían los intereses de los malvinenses en un abrir y cerrar de ojos si esto correspondiera a los intereses del imperialismo británico. Es el prestigio del imperialismo británico y la perspectiva de las riquezas exóticas de la Antártida lo que determina la política del gobierno de Londres y no los intereses de los malvinenses”. (Ted Grant. La crisis de las Malvinas. Los marxistas ante la guerra. Mayo 1982)

² El 3 de marzo de 1982, un mes antes de la invasión militar argentina de las Islas Malvinas, ocurrida el 2 de abril de 1982, el diario argentino La Prensa filtró la información de que la Junta Militar preparaba una oferta de negociación al gobierno británico donde proponía estas contrapartidas a cambio de la soberanía de las islas.



En memoria de Trotsky

Alan Woods (Corriente Marxista Internacional)

León Trotsky arengando a soldados del Ejército Rojo en el frente

Lev Davidovich Bronstein Trotsky, junto con Lenin, fue uno de los dos grandes marxistas del siglo XX. Dedicó toda su vida a la causa de la clase obrera y del socialismo internacional. ¡Y qué vida! Desde su más temprana juventud -cuando trabajaba por la noche elaborando panfletos ilegales para las huelgas, lo que le acarrearía su primer encarcelamiento y el destierro siberiano- hasta agosto de 1940, cuando fue asesinado por un agente de Stalin, trabajó duro e incesantemente por la causa del movimiento revolucionario. En la Revolución Rusa de 1905 fue presidente del Sóviet de San Petersburgo. De nuevo fue desterrado a Siberia, de donde escapó una vez más para continuar, ya desde el exilio europeo, con su actividad revolucionaria. Durante la Primera Guerra Mundial, Trotsky defendió una posición auténticamente internacionalista y escribió el manifiesto de Zimmerwald, que intentó unificar a todos los revolucionarios que se oponían a la guerra. En octubre de 1917 fue el organizador de la insurrección en Petrogrado.

Después de la Revolución de Octubre, Trotsky fue el primer Comisario del Pueblo de Asuntos Exteriores y estuvo a cargo de las negociaciones con los alemanes en Brest-Litovsk. Durante la sangrienta guerra civil, cuando la Rusia soviética fue invadida por veintidós ejércitos extranjeros y la revolución estaba en peligro, Trotsky no sólo organizó el Ejército Rojo, sino que dirigió personalmente la lucha contra los contrarrevolucionarios blancos, viajando miles de kilómetros a bordo del famoso tren blindado. Trotsky sería Comisario de Guerra hasta 1925. "Mostradme otro hombre capaz de organizar en un año un ejército ejemplar y además conseguir el reconocimiento de los especialistas militares". Estas palabras de Lenin citadas en las memorias de Máximo Gorki demuestran la actitud de aquél hacia Trotsky.

El papel de Trotsky en la consolidación del primer Estado obrero del mundo no se limitó sólo al aspecto militar. También fue importante, junto con Lenin, para la construcción de la Tercera Internacional. Trotsky escribió los manifiestos y la mayoría de las declaraciones políticas más importantes de sus primeros cuatro congresos. En el período de reconstrucción económica, Trotsky reorganizó el sistema ferroviario, que estaba hecho añicos. Además fue un escritor prolífico que encontró tiempo para escribir importantes obras sobre política, también sobre arte o literatura (Literatura y revolución) e incluso sobre los problemas a los que se enfrentaban las masas en la vida cotidiana durante el período de transición (Problemas de la vida cotidiana).

En 1924, tras la muerte de Lenin, encabezó la lucha contra la degeneración burocrática del Estado soviético -lucha ya iniciada por Lenin desde su lecho de muerte-. Durante ella, Trotsky fue el primer defensor de la implantación de los planes quinquenales, frente a la oposición de Stalin y sus

seguidores. Después, solamente Trotsky seguiría defendiendo las tradiciones revolucionarias, democráticas e internacionalistas de Octubre. Fue el único que aplicó el análisis científico marxista a la degeneración burocrática de la Revolución Rusa, plasmándolo en obras como La revolución traicionada, En defensa del marxismo y Stalin. Sus escritos de 1930 a 1940 son un valioso tesoro de teoría marxista donde se abordan los problemas inmediatos del movimiento obrero internacional de la época (la revolución china, el ascenso de Hitler en Alemania o la guerra civil española) y cuestiones artísticas, culturales y filosóficas.

¡Esto es más que suficiente para completar varias vidas! A pesar de todo, si examinamos objetivamente la vida de Trotsky, tendríamos que estar de acuerdo con la apreciación que él mismo hizo de ella. A pesar de todos los éxitos conseguidos por él, sus últimos diez años fueron el período más importante de su vida. Se puede afirmar con absoluta certeza que cumplió una tarea que nadie más podía haber hecho: la defensa de las ideas del bolchevismo y de las auténticas tradiciones de Octubre frente a la contrarrevolución estalinista. Ésa fue la contribución más grande e insustituible de Trotsky al marxismo y a la clase obrera mundial. Y ésa es la tarea que hoy nosotros seguimos realizando. El presente trabajo no pretende ser un relato exhaustivo de la vida y obra de Trotsky (para ello serían necesarios varios volúmenes), pero si este esbozo, sin duda insuficiente, sirve para estimular a la nueva generación a leer por sí misma los escritos de Trotsky, habremos cumplido nuestro objetivo.

Los comienzos

El 26 de agosto de 1879, pocos meses antes del nacimiento de Trotsky, un pequeño grupo de revolucionarios, militantes de la organización terrorista clandestina Narodnaya Volya (La Voluntad del Pueblo), sentenció a muerte al zar Alejandro II. Este sería el inicio de un período de luchas heroicas de los populistas contra el aparato del Estado protagonizadas por un puñado de jóvenes, que culminaron con el asesinato del zar el 1 de marzo de 1881. Esos estudiantes y jóvenes intelectuales odiaban la tiranía y estaban dispuestos a dar su vida por la emancipación de la clase obrera, aunque estaban convencidos de que la "propaganda de los hechos" era lo único necesario para "provocar" la movilización de las masas. Querían sustituir el movimiento consciente de la clase obrera por las bombas y ametralladoras.

Los terroristas rusos asesinaron al zar, pero a pesar de todos sus esfuerzos no consiguieron nada. Lejos de fortalecer el movimiento de masas, los atentados terroristas surtían el efecto contrario: fortalecían al aparato represivo del Estado, que consiguió aislar y desmoralizar a los cuadros revolucionarios. Al final, esto significó la completa destrucción de Narodnaya Volya. El error de los populistas fue su incapacidad para comprender los procesos fundamentales de

la revolución rusa. Debido a la ausencia de un proletariado fuerte, los populistas consideraban al campesinado como la base social de la revolución socialista. Marx y Engels explicaron que la única clase que podía llevar adelante la transformación socialista de la sociedad era el proletariado. En una sociedad atrasada y semifeudal como la Rusia zarista, el campesinado jugaría un papel importante como auxiliar de la clase obrera, pero nunca podría sustituirla.

En la década de los años 80 del siglo pasado, la mayoría de la juventud rusa no se sentía atraída por las ideas del marxismo; no tenían tiempo para la “teoría”, exigían acción. Al no comprender que sólo explicando pacientemente las ideas podrían ganar a la clase obrera, tomaron las armas esperando destruir al zarismo con la lucha individual.

El hermano mayor de Lenin fue un terrorista. Trotsky comenzó su vida política en un grupo populista y probablemente Lenin también participó de esas ideas. En cualquier caso, el populismo ya se encontraba en declive. En la década de los 90, la atmósfera anterior, impregnada de heroísmo, se convirtió en desmoralización y pesimismo en los círculos intelectuales. Y mientras tanto, en esa década, el movimiento obrero entraba en la escena de la historia con una impresionante oleada huelguística. En pocos años, la experiencia demostraría la superioridad de los “teóricos” marxistas frente a los “prácticos” terroristas individuales. El marxismo se extendió y consiguió una enorme influencia entre la clase obrera.

Al principio fueron pequeños círculos y grupos de discusión marxistas, pero el nuevo movimiento ganaba cada vez más popularidad entre los trabajadores. Entre los jóvenes activistas de esa nueva generación de revolucionarios se encontraba Lev Davidovich Bronstein, quien comenzó su trayectoria revolucionaria en marzo de 1897 en Nikolaiev, donde construyó la primera organización ilegal de trabajadores, la Liga Obrera del Sur de Rusia. Lev Davidovich fue arrestado por primera vez cuando sólo tenía 19 años, pasó dos años y medio en prisión y después fue desterrado a Siberia. Al poco tiempo se fugó, salió de Rusia con un pasaporte falso y se reunió con Lenin en Londres. En una de esas ironías de la historia, el pasaporte estaba a nombre

de uno sus carceleros: Trotsky. Lev Davidovich más tarde sería conocido con ese nombre por el mundo entero.

Trotsky e ‘Iskra’

El joven movimiento socialdemócrata aún se encontraba disperso, casi sin organización. Lenin, junto al grupo en el exilio de Plejánov (Emancipación del Trabajo), emprendería la tarea de organizar y unir a los numerosos grupos socialdemócratas locales del interior de Rusia. Lenin, ayudado por Plejánov, lanzó un periódico, *Iskra* (La Chispa), que jugó un papel clave en la organización y unificación de una genuina tendencia marxista. Lenin y su infatigable compañera, Nadezhda Krupskaya, se encargaban de la elaboración y distribución del periódico y de las respuestas a la voluminosa correspondencia llegada desde el interior de Rusia. A pesar de todos los obstáculos, consiguieron introducir clandestinamente el *Iskra* en Rusia. Rápidamente los auténticos marxistas se aglutinaron en torno a *Iskra*, que en 1903 se había convertido ya en la tendencia mayoritaria de la socialdemocracia rusa.

En 1902 Trotsky se presentó en la casa londinense de Lenin, donde se reunía el equipo de *Iskra*, y allí empezó su estrecha colaboración. El joven revolucionario recién llegado de Rusia no era consciente aún de las tensiones dentro del Comité de Redacción, donde se producían constantes choques entre Lenin y Plejánov por cuestiones organizativas y políticas. Los antiguos activistas de Emancipación del Trabajo estaban afectados por el largo período de exilio, limitándose a un trabajo de propaganda en los márgenes del movimiento obrero ruso. Eran un pequeño grupo de intelectuales, sin duda sinceros en sus ideas revolucionarias pero que padecían todos los vicios del exilio y de los pequeños círculos intelectuales. En ocasiones, sus métodos de trabajo se parecían más a los de un club de discusión o un grupo de amigos que a los de un partido revolucionario que aspiraba a tomar el poder.

Lenin realizaba el trabajo más importante del grupo y, con la ayuda de Krupskaya, luchaba contra esas tendencias, aunque con pobres resultados. Había puesto todas sus esperanzas en la convocatoria de un congreso del partido, para



Impresionante y descriptiva obra de Ilya Repin. Burlaki (Los sirgadores del Volga), 1873. Fue puesto como ejemplo a imitar por los artistas del realismo socialista en los años 30

que fuese la base obrera quien pusiera orden en “su propia casa”. Deposito muchas esperanzas en Trotsky, quien debido a su habilidad como escritor se había ganado el apodo de *Pero* (Pluma).

Lenin buscaba desesperadamente un compañero joven y capacitado para cooperar con él en el Comité de Redacción, intentando así salir del punto muerto al que había llegado con los antiguos editores. La aparición de Trotsky, recién fugado de Siberia, fue recibida con entusiasmo por Lenin. Trotsky tenía entonces sólo 22 años, pero ya se había ganado un nombre como escritor marxista. En las primeras ediciones de sus memorias, Krupskaya describe honestamente la actitud entusiasta de Lenin hacia Trotsky. En ediciones posteriores desaparecerían las líneas que aquí reproducimos íntegramente:

“Las recomendaciones calurosas que se nos habían dado con respecto al ‘aguilucho’ y la primera conversación sostenida impulsaron a Vladimir Illich a examinar con atención al recién llegado. Habló mucho con él y salieron juntos a pasear.

“Vladimir Illich interrogó a Trotsky sobre su viaje a Poltava para ponerse en contacto con *El Obrero del Sur* (que vacilaba entre *Iskra* y sus adversarios), y le gustó la precisión de las respuestas de Trotsky; el hecho de que éste hubiera sabido darse cuenta inmediatamente de la esencia de las divergencias (...).

“Desde Rusia se reclamaba con insistencia el regreso de Trotsky. Vladimir Illich quería que éste se quedara en el extranjero a fin de que aprendiera y prestara su concurso a la labor de *Iskra*.

“Plejánov manifestó inmediatamente su recelo hacia Trotsky, en el cual veía a un miembro del sector joven de *Iskra* (Lenin, Mártoy y Potrésov), a un discípulo de Lenin. Cuando Vladimir Illich mandó un artículo de Trotsky a Plejánov, éste contestó: ‘La pluma de vuestra *Pluma* no me gusta’. ‘El estilo’, respondió Vladimir Illich, ‘se adquiere; Trotsky es un hombre capaz de aprender y nos será muy útil’ (Krupskaya, *Recuerdo de Lenin*, p. 92. Editorial Fontamara. Barcelona, 1976).

En marzo de 1903, Lenin solicitó formalmente la entrada de Trotsky al Comité de Redacción. En una carta dirigida a Plejánov decía: “Propongo a los miembros del Comité de Redacción la cooptación de *Pero* como miembro pleno de la Redacción (creo que para la cooptación no basta la mayoría, sino la unanimidad).

“Necesitamos un séptimo miembro porque simplificaría el voto (seis es un número par) y reforzaría la Redacción.

“*Pero* lleva varios meses escribiendo en cada número. Trabaja para *Iskra* enérgicamente, pronuncia conferencias (con un tremendo éxito), etc. Para nuestro departamento de artículos y noticias de actualidad, *no sólo será muy útil, sino indispensable. Es un hombre con una capacidad incuestionable, con un convencimiento, una energía y un compromiso por encima de la media. Y también puede ser muy bueno para la traducción y la literatura popular.*

“Debemos involucrar a los jóvenes: esto les estimulará y les llevará a considerarse escritores profesionales. Una buena prueba de la escasez de éstos es: 1) la dificultad de encontrar editores de traducción, 2) la escasez de artículos

que examinen la situación interna, y 3) la escasez de literatura popular. Y es precisamente en la literatura popular donde a *Pero* le gustaría intentarlo.

“Posibles argumentos en contra: 1) juventud, 2) su próximo (quizás) regreso a Rusia, 3) una pluma con trazos de estilo folletinesco, demasiado pretencioso, etc.

“No propongo a *Pero* para un puesto independiente, sino para la Redacción. En ella conseguirá experiencia. *No hay duda de que posee la “intuición” de un hombre del partido, de nuestra tendencia; el conocimiento y la experiencia los podrá adquirir. Es indiscutible que puede aprovecharlo.* Es necesario atraerle y animarle.

Pero Plejánov sabía que Trotsky apoyaría a Lenin y que por lo tanto él quedaría en minoría, y vetó coléricamente la propuesta.

“Poco después”, añade Krupskaya, “Trotsky se fue a París y allí comenzó a avanzar y consiguió un destacable éxito”. (*Ibid.*).

Estas líneas de la compañera de toda la vida de Lenin son más significativas si tenemos en cuenta que se escribieron en 1930, cuando Trotsky ya había sido expulsado del Partido, vivía exiliado en Turquía y estaba totalmente proscrito en la Unión Soviética. Lo que salvó a Krupskaya de la cólera de Stalin fue el hecho de ser la viuda de Lenin. Más tarde, la intolerable presión le obligaría a inclinar la cabeza y a aceptar pasivamente la falsificación de la historia, aunque se negó firmemente a unirse al coro de glorificación de Stalin.

Por desgracia, esa primera colaboración entre Lenin y Trotsky se interrumpió bruscamente debido a la escisión ocurrida en el II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POS DR), celebrado en 1903.

El Segundo Congreso

Se han escrito muchas tonterías sobre el famoso II Congreso del POS DR, dejando sin explicar las causas de la escisión. Todo partido revolucionario atraviesa una larga etapa de trabajo propagandístico y formación de cuadros. Este período conlleva inevitablemente hábitos y formas de pensar que en un momento determinado pueden convertirse en un obstáculo para transformar el partido en una organización de masas. Si cuando cambia la situación objetiva el partido no es capaz de cambiar esos métodos, corre el riesgo de convertirse en una secta osificada.

En el II Congreso, la lucha entre los dos sectores de *Iskra* sorprendió a todos, incluso a los que estaban directamente implicados. El motivo fue la incompatibilidad entre la posición de Lenin –consolidar un partido de masas revolucionario con cierto grado de disciplina y eficacia– y la de los militantes del antiguo Grupo para la Emancipación del Trabajo, que se sentían cómodos en la rutina, no veían la necesidad de hacer cambios y achacaban el problema a cuestiones personales de Lenin: “querer ser el centro de atención”, “tendencias bonapartistas”, “ultracentralismo” y cosas por el estilo.

Es una ley histórica que las tendencias pequeño-burguesas son orgánicamente incapaces de separar las cuestiones políticas de las personales. Cuando Lenin, por motivos completamente justificados, propuso la destitución de Axelrod,

Zasúlich y Potréssov del Comité de Redacción de *Iskra*, éstos se lo tomaron como un insulto personal y montaron un escándalo. Por desgracia los “viejos” activistas se las arreglaron para impresionar a Trotsky, por aquel entonces joven e inexperto, que no comprendió la situación y aceptó sin más las acusaciones de Zasúlich, Axelrod y demás. Esta tendencia, denominada “blanda” y representada por Mártoov, surgió como una minoría y después del congreso se negó a aceptar las decisiones y a participar en el Comité Central y el Comité de Redacción. Los esfuerzos de Lenin, tras el congreso, para llegar a un compromiso fracasaron debido a la oposición de la minoría. Plejánov, que en el congreso apoyó a Lenin, no resistió las presiones de sus antiguos compañeros y amigos.

Al principio, Trotsky apoyó a la minoría frente a Lenin, y esto fue lo que creó la impresión equivocada de que Trotsky era un menchevique. No obstante, en el II Congreso, bolchevismo y menchevismo no surgieron como dos tendencias políticas claramente definidas. Las diferencias políticas entre ambas tendencias comenzaron a surgir un año después, pero no tuvieron nada que ver con la cuestión del centralismo, sino con la cuestión clave de la estrategia revolucionaria: colaboración con la burguesía liberal o independencia de clase. Finalmente, en 1904, Lenin llegó a la conclusión de que era necesario organizar los “comités de la mayoría” (bolcheviques) para salvar lo que quedaba. La escisión del partido era un hecho consumado.

Trotsky en 1905

En víspera de la guerra ruso-japonesa, el país vivía un fermento prerrevolucionario. A la oleada huelguística le siguieron las manifestaciones estudiantiles. La agitación afectaba a la burguesía liberal, que lanzó una campaña de banquetes políticos basada en los *zemstvos*, entes de administración local en las zonas rurales que servían de plataforma a los liberales. Entonces surgió el debate de cuál debería ser la posición de los marxistas respecto a la campaña de los liberales. Los mencheviques estaban a favor de apoyarlos totalmente; los bolcheviques se oponían enérgicamente a darles cualquier clase de apoyo y en su prensa criticaban la campaña y denunciaban a los liberales ante la clase obrera. Tan pronto como surgieron las diferencias políticas, Trotsky estuvo de acuerdo con los bolcheviques y rompió con los mencheviques. Desde ese momento y hasta 1917, Trotsky estuvo organizativamente al margen de ambas facciones, aunque en todas las cuestiones políticas siempre estuvo más cerca de los bolcheviques.

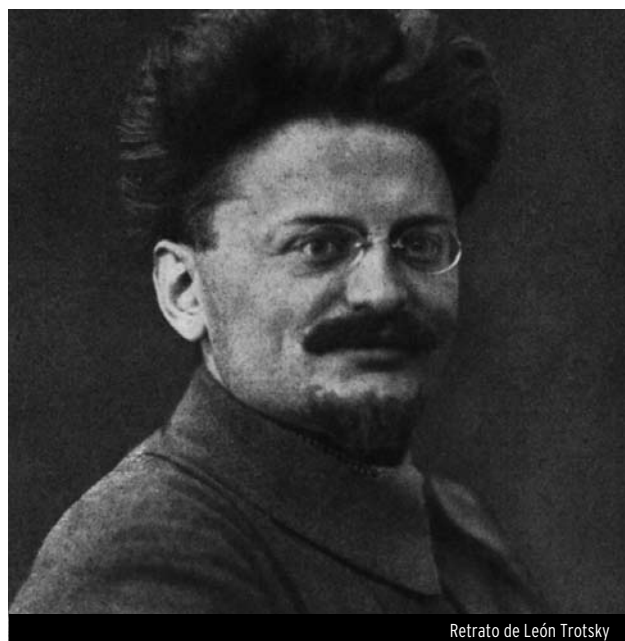
La situación revolucionaria maduraba rápidamente. Las derrotas militares del ejército zarista aumentaron el descontento, que estallaría en una manifestación en San Petersburgo el 9 de enero de 1905, que fue brutalmente reprimida. Así comenzó la Revolución de 1905, donde Trotsky jugó un papel prominente. Lunacharsky, que entonces era un colaborador próximo de Lenin, escribió en sus memorias: “Debo decir que de todos los dirigentes socialdemócratas de 1905-06, sin duda Trotsky demostró, a pesar de su juventud, que era el mejor preparado. De todos, era el que menos llevaba el cuño de la emigración. Trotsky comprendía mejor que nadie lo que significaba dirigir la lucha política contra el Estado. Trotsky emergió de la revolución y consiguió un enorme grado de popularidad, que ni Lenin

ni Mártoov disfrutaban. Plejánov perdió bastante por las tendencias liberales que en él se dejaban ver” (Lunacharsky, citado por Trotsky en *Mi vida*, p. 146. Ed. Pluma. Bogotá, 1979).

Este no es lugar para analizar en detalle la revolución de 1905; nos remitimos a la obra de Trotsky *1905. Resultados y perspectivas*, todo un clásico del marxismo.

Con sólo 26 años, Trotsky fue presidente del Sóviet de Diputados Obreros de San Petersburgo, el más importante de lo que Lenin describió como “órganos embrionarios de poder revolucionario”. La mayoría de los manifiestos y resoluciones del Sóviet fueron escritos por Trotsky, que también fue el editor de su periódico, *Izvestia*. En las ocasiones importantes hablaba tanto para los bolcheviques o los mencheviques como para el Sóviet en su conjunto. Con todo, los bolcheviques de San Petersburgo no fueron capaces de apreciar la importancia del Sóviet y por ello tenían escasa representación en él. Lenin, desde su exilio en Suecia, escribió al periódico bolchevique *Novaya Zhizn* (Vida nueva) animando a los bolcheviques a que tuvieran una actitud más positiva hacia el Sóviet, pero la carta no vio la luz del día hasta treinta y cuatro años después. Esta situación se volvería a repetir en cada coyuntura política importante de la historia de la Revolución Rusa: los dirigentes del partido del interior de Rusia se caracterizaron por su confusión y sus vacilaciones cada vez que se enfrentaron a la necesidad de tomar una decisión audaz sin la dirección de Lenin.

En 1905, Trotsky se hizo cargo del periódico *Russkaya Gazeta* (La gaceta rusa) y lo transformó en el popular periódico revolucionario *Nachalo* (Comienzo), de gran circulación, donde expresaba sus opiniones sobre la revolución, muy próximas a las bolcheviques y en directa oposición a las mencheviques. Era natural que, a pesar de la agria disputa del II Congreso, el trabajo de los bolcheviques y el de Trotsky coincidieran en la revolución. El *Nachalo* de Trotsky y el bolchevique *Novaya Zhizn*, editado por Lenin, trabajaron conjuntamente y se apoyaron mutuamente frente a los ataques de la reacción, dejando a un lado las polémicas. *Novaya Zhizn* saludó así la aparición del primer número de *Nachalo*: “Ha salido el primer ejemplar de *Nachalo*.”



Retrato de León Trotsky

Damos la bienvenida a un compañero de lucha. El primer ejemplar es extraordinario por la brillante descripción de la huelga de octubre escrita por el camarada Trotsky”.

Lunacharsky recuerda que cuando alguien le habló a Lenin del éxito de Trotsky en el Sóviet, el rostro de Lenin se ensombreció durante un momento, y después dijo: “Bien, el compañero Trotsky lo ha conseguido gracias a su incansable e impresionante trabajo”. Años después, Lenin en más de una ocasión escribiría positivamente del *Nachalo* de Trotsky en 1905.

Después de la derrota de la revolución, Trotsky fue arrestado junto con los demás miembros del Sóviet de San Petersburgo y, una vez más, enviado a Siberia. Desde el banquillo de los acusados, Trotsky pronunció un incendiario discurso que se convirtió en una acusación al régimen zarista. Al final fue condenado a “deportación perpetua”, pero sólo estuvo en Siberia ocho días, antes de volver a escapar. De nuevo se dirigió al exilio —en esta ocasión a Austria—, donde continuó con su actividad revolucionaria. En Viena publicó un periódico llamado *Pravda* (La verdad). Con un estilo sencillo y atractivo, la *Pravda* de Trotsky pronto consiguió una popularidad mayor que ninguna otra publicación socialdemócrata de su tiempo.

Los años de reacción que siguieron a la derrota de la revolución fueron con toda probabilidad el período más difícil de la historia del movimiento obrero ruso. Después de la lucha, las masas estaban exhaustas y los intelectuales desmoralizados. Existía un ambiente general de desánimo, pesimismo e incluso desesperación. Hubo incluso suicidios. En esta situación de reacción generalizada, las ideas místicas y religiosas se propagaron como una nube negra entre los círculos intelectuales e incluso encontraron eco entre el movimiento obrero, traducido en una serie de intentos de revisar las ideas filosóficas del marxismo. En estos difíciles años, Lenin se dedicó a librar una lucha implacable contra el revisionismo para defender la teoría y los principios marxistas. Pero fue Trotsky quien dotó a la revolución rusa de la base teórica necesaria para recuperarse de la derrota de 1905 y continuar hasta la victoria.

La revolución permanente

La Revolución de 1905 sacó a la luz las diferencias entre bolchevismo y menchevismo —entre reformismo y revolución, colaboración de clases y marxismo—. El tema crucial fue la actitud del movimiento revolucionario hacia la burguesía y los llamados partidos “liberales”. Por este motivo, Trotsky rompió en 1904 con los mencheviques. Al igual que Lenin, Trotsky se oponía a la colaboración de clases propugnada por Plejánov y sus seguidores, al mismo tiempo que señalaban al proletariado y al campesinado como las únicas fuerzas capaces de llevar la revolución hasta el final.

Ya antes de 1905, durante los debates sobre las alianzas de clase, Trotsky había desarrollado las líneas generales de la *teoría de la revolución permanente*, una de las contribuciones más brillantes al pensamiento marxista. ¿En qué consistía esta teoría? Los mencheviques razonaban que la revolución rusa tendría una naturaleza democrático-burguesa y que, por tanto, la clase obrera no podía aspirar a la toma del poder y debía apoyar a la burguesía liberal. Los mencheviques, con esta forma mecánica de pensar, paro-



Escena de la película *El acorazado Potemkin*. Sergéi Eisenstein, 1925

diaban las ideas de Marx sobre el desarrollo de la sociedad. La teoría menchevique de las “etapas” situaba la revolución socialista en un futuro lejano. Mientras ésta llegaba, la clase obrera tenía que comportarse como un apéndice de la burguesía “liberal”. Esta es la misma teoría reformista que muchos años después llevaría a la derrota de la clase obrera en China (1927), España (1936-39), Indonesia (1965) o Chile (1973).

Ya en 1848, Marx observó que la burguesía “democrático-revolucionaria” alemana era incapaz de jugar un papel revolucionario en la lucha contra el feudalismo, con el que prefería negociar por temor al movimiento revolucionario de los trabajadores. De hecho, el propio Marx anticipó la “revolución permanente”. Siguiendo los pasos de Marx —que calificó a los partidos “democráticos” burgueses como “más peligrosos para los trabajadores que los antiguos liberales”—, Lenin explicó que la burguesía rusa, lejos de ser un aliado de los trabajadores, *inevitablemente* se alinearía con la contrarrevolución.

“La burguesía en su mayoría” —escribió en 1905— “se volverá inevitablemente del lado de la contrarrevolución, del lado de la autocracia, contra la revolución, contra el pueblo, en cuanto sean satisfechos sus intereses estrechos y egoístas, en cuanto ‘dé la espalda’ a la democracia consecuente (*y ahora comienza a darle la espalda*)” (Lenin, *Obras Escogidas*, vol. 1, p. 549. Ed. Progreso. Moscú, 1961).

¿Qué clase social, en opinión de Lenin, encabezaría la revolución democrático-burguesa?

“Queda ‘el pueblo’, es decir, el proletariado y los campesinos: sólo el proletariado es capaz de ir seguro hasta eso, el proletariado lucha en vanguardia por la república, rechazando con desprecio los consejos, necios e indignos de él, de quienes le dicen que tenga cuidado de no asustar a la burguesía” (*Ibid.*).

¿Contra quién van dirigidas estas palabras? ¿Contra Trotsky y la revolución permanente? Veamos lo que escribía Trotsky en aquel entonces:

“Esto conduce a que la ‘lucha por los intereses de toda Rusia corresponda a la *única clase fuerte actualmente existen-*

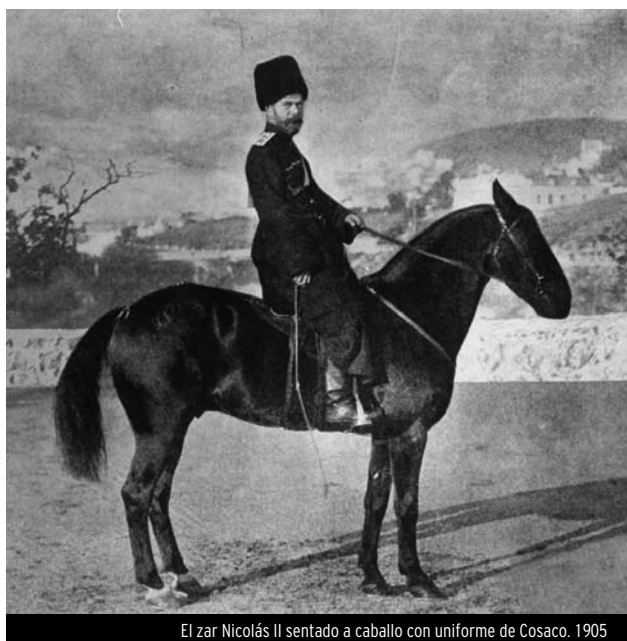
te, al proletariado industrial. Como consecuencia de esto al proletariado industrial le corresponde una gran importancia política; por lo tanto, la lucha en Rusia por la liberación del pulpo asfixiante del absolutismo ha llegado a ser un *duelo entre éste y la clase de obreros industriales*, un duelo en el cual el campesinado otorga un apoyo importante pero sin que pueda desempeñar un papel dirigente” (Trotsky, 1905. *Resultados y perspectivas*, vol. 2, p. 174. Ed. Ruedo Ibérico. Francia, 1971. Subrayado en el original).

Y continúa:

“Armar la revolución significa en Rusia, antes que nada, armar a los obreros. Como los liberales lo sabían y lo temían, preferían desistir de crear las milicias. Sin combate, pues, abandonaron estas posiciones al absolutismo igual que el burgués Thiers abandonó París y Francia a Bismarck con el único objeto de no tener que armar a los obreros”. (*Ibid.*, p. 168).

Las posiciones de Lenin y Trotsky respecto a la actitud hacia los partidos burgueses coincidieron totalmente. Ambos se opusieron a los mencheviques, que justificaban la subordinación del partido obrero a la burguesía por la naturaleza burguesa de la revolución. En su lucha contra la colaboración de clases, tanto Lenin como Trotsky explicaron que sólo la clase obrera, en alianza con las masas campesinas, podría acometer las tareas de la revolución democrático-burguesa.

¿Cómo podían los trabajadores llegar al poder en un país atrasado y semifeudal como la Rusia zarista? Trotsky respondió a esto en 1905: “Es posible que el proletariado de un país económicamente atrasado llegue antes al poder que en un país capitalista evolucionado (...) En nuestra opinión la revolución rusa creará las condiciones bajo las cuales el poder puede pasar a manos del proletariado (y, en el caso de una victoria de la revolución, así *tiene que ser*) antes de que los políticos del liberalismo burgués tengan la oportunidad de hacer un despliegue completo de su genio político” (1905. *Resultados y perspectivas*, vol. 2, pp. 171-2. Ed. Ruedo Ibérico. Francia, 1971. Subrayado en el original).



El zar Nicolás II sentado a caballo con uniforme de Cosaco. 1905

¿Significa esto, como más tarde pretendieron los estalinistas, que Trotsky negó la naturaleza burguesa de la revolución? El propio Trotsky responde: “En la revolución de comienzos del siglo XX, pese a ser igualmente burguesa en virtud de sus tareas objetivas inmediatas, se bosquejó como perspectiva próxima la inevitabilidad o, por lo menos, la probabilidad del dominio político del proletariado. El propio proletariado se ocupará, con toda seguridad, de que este dominio no llegue a ser un ‘episodio’ meramente pasajero tal como lo pretenden algunos filisteos realistas. Pero ahora podemos ya formular la pregunta: ¿Tiene que fracasar forzosamente la dictadura del proletariado entre los límites que determina la revolución burguesa o puede percibir, en las condiciones dadas de la *historia universal*, la perspectiva de una victoria después de haber reventado este marco limitado? Aquí nos urgen algunas cuestiones tácticas: *¿Debemos dirigir la acción conscientemente hacia un gobierno obrero, en la medida en que el desarrollo revolucionario nos acerque a esta etapa, o bien tenemos que considerar, en dicho momento, el poder político como una desgracia que la revolución quiere cargar sobre los obreros, siendo preferible evitarla?*” (*Ibid.*, p. 175. El segundo subrayado es nuestro).

En 1905, solamente Trotsky planteaba la necesidad de la revolución socialista en Rusia de una forma clara y audaz y era el único que defendía la posibilidad de su triunfo en Rusia antes que en Europa Occidental. Lenin todavía no tenía una postura clara. En líneas generales, la posición de Trotsky estaba muy próxima a la de los bolcheviques, como más tarde admitió el propio Lenin. Doce años después, la Historia demostraría que estaba en lo cierto.

La reunificación

En el período de auge revolucionario, las dos facciones se reunificaron, pero fue una unidad más formal que real y cuando vino el reflujó la tendencia oportunista rebrotó entre los mencheviques, como refleja la famosa frase de Plejánov sobre la actitud de los trabajadores en las jornadas huelguísticas de 1905: “Los trabajadores no deberían haber tomado las armas”. Las diferencias resurgieron abruptamente y de nuevo Trotsky se encontró en una posición política muy similar a la de los bolcheviques.

Las diferencias entre Lenin y Trotsky en ese período estuvieron motivadas por las tendencias “conciliadoras” de éste. Utilizando una expresión poco amable, podemos decir que Trotsky era un “vendedor de la unidad”, aunque no era el único. Desde *Nachalo*, Trotsky defendía consecuentemente la reunificación e intentaba mantenerse alejado de la lucha fraccional, pero antes del IV Congreso (el llamado “congreso de unificación”, celebrado en Estocolmo en mayo de 1906) fue arrestado y encarcelado por su papel en el Sóviet. El avance de la revolución dio un impulso tremendo al movimiento de reunificación de las fuerzas del marxismo ruso. Los trabajadores mencheviques y bolcheviques luchaban hombro con hombro con las mismas consignas, los comités del partido rivales se unían espontáneamente. La revolución unió a los trabajadores de ambas facciones.

La segunda mitad de 1905 se caracterizó por un proceso continuo y espontáneo de unidad desde la base. Sin esperar directrices desde arriba, las organizaciones menchevique



Detalle de una ilustración que recoge la masacre del "Domingo Sangriento". 1905

y bolchevique del POSDR simplemente se unieron. Esto en parte reflejaba el instinto natural de los trabajadores a la unidad, pero también influyó que los dirigentes mencheviques se vieran obligados a girar a la izquierda por la presión de su propia base. Al final, a sugerencia del Comité Central bolchevique, incluido Lenin, se dio un paso hacia la reunificación. En diciembre de 1905, ambas direcciones estaban en la práctica fusionadas y existía un único Comité Central.

En el momento de celebración del congreso de unificación la oleada revolucionaria ya estaba menguando, y con ella el espíritu de lucha y los discursos "izquierdistas" de los mencheviques. Era inevitable el conflicto entre los revolucionarios consecuentes y aquellos que ya abandonaban a las masas y se acomodaban a la reacción. La derrota de la insurrección de Moscú en diciembre de 1905 había marcado el principio del fin de la revolución y un cambio decisivo en la actitud de los llamados "liberales". La burguesía se unió contra la "locura" de diciembre. En realidad, los

liberales ya se habían pasado a la reacción en octubre, después de que el zar concediera una nueva Constitución, pero ahora aparecían con su verdadero rostro. No fue la primera vez en la historia que se vio este fenómeno. Como Marx y Engels explicaron, ocurrió exactamente lo mismo en la revolución alemana de 1848.

Los mencheviques representaban la capitulación ante la burguesía liberal, que en la práctica apoyaba abiertamente a la monarquía y se rendía a la autocracia. Esa era precisamente la cuestión central de las diferencias de Lenin con los mencheviques: "El ala de derechas de nuestro partido no cree en la victoria completa del momento –la revolución democrático-burguesa en Rusia–; tiene miedo a la victoria (...) Han llegado a la conclusión equivocada debido a la idea equivocada de lo que en realidad es una vulgarización del marxismo: que sólo la burguesía puede 'hacer' independientemente la revolución burguesa o sólo ella puede encabezarla. Los socialdemócratas de derechas no comprenden el papel del proletariado como vanguardia de la lucha por la victoria completa y decisiva de la revolución burguesa" (Lenin, *Collected Works*, vol. 10, pp. 337-38).

Al igual que Trotsky, Lenin estaba a favor de la unidad organizativa, pero bajo ningún concepto era partidario de abandonar la lucha ideológica, y mantenía una posición firme en todas las cuestiones básicas de tácticas y perspectivas. Aunque formalmente unido, el partido estaba en la práctica dividido en dos tendencias opuestas, la revolucionaria y la oportunista –el reformismo o la revolución, la colaboración de clases o la política proletaria independiente–. Estas eran las cuestiones básicas que separaban al bolchevismo del menchevismo, representadas en la actitud hacia la Duma (parlamento) y los partidos burgueses. Lenin y Trotsky mantuvieron la misma posición sobre estas cuestiones fundamentales, como el propio Lenin señalaría en el V Congreso del POSDR (Londres, 1907). En el transcurso del debate sobre la actitud hacia los partidos burgueses, Lenin comentó lo siguiente:

"Trotsky expresó por escrito [su acuerdo con la opinión de] la comunidad económica de intereses entre el proletariado y el campesinado en la actual revolución en Rusia. Trotsky reconocía la inutilidad de un bloque de izquierdas con la burguesía liberal. Estos hechos me bastan para reconocer que Trotsky está más cercano a nuestras ideas (...) coincidimos en los puntos fundamentales de la actitud hacia los partidos burgueses".

Partiendo de un punto de vista diferente, Trotsky luchaba por lo mismo que Lenin. Su periódico *Pravda*, publicado en Viena, disfrutaba de una gran popularidad. Varios dirigentes bolcheviques estaban a favor de utilizar *Pravda* para conseguir la unión de aquellos bolcheviques y mencheviques partidarios de la unidad del partido. Kámenev y Zinóviev, en ese momento los más estrechos colaboradores de Lenin, tenían la intención de que *Proletari* (El proletario) sustituyese a *Pravda* y fuera aceptado como el órgano oficial del Comité Central del POSDR. Otros, como Tomsy, también apoyaron la propuesta, que se aprobó con la oposición de Lenin, que propuso la creación de un periódico bolchevique y una publicación teórica mensual. Al final se llegó al acuerdo de que *Proletari* siguiera apareciendo, pero por un período no superior a un mes. Mientras tanto

se entablarían negociaciones con Trotsky para intentar convertir *Pravda* en el órgano oficial del Comité Central del POSDR. Este detalle demuestra la fuerza que tenían las tendencias conciliadoras en las filas de los bolcheviques y también dice mucho sobre la actitud de los bolcheviques hacia Trotsky en aquel entonces.

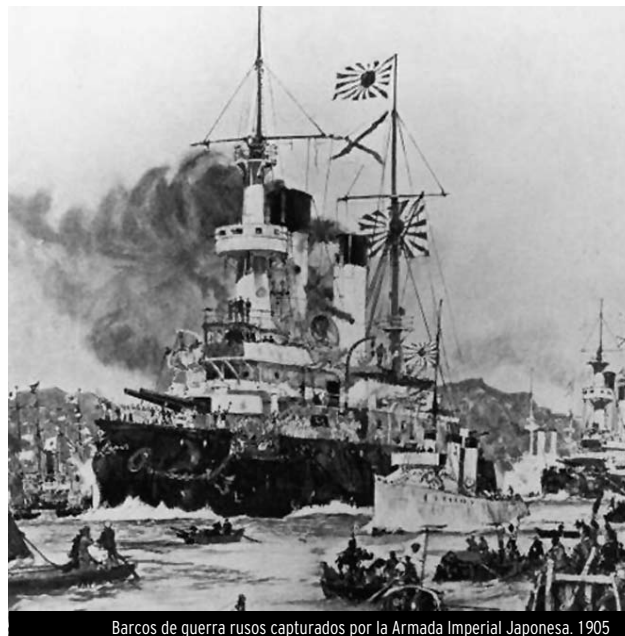
El error fundamental de Trotsky en ese período —como hemos señalado— fue su “conciliacionismo”, pensar que era posible unir a bolcheviques y mencheviques. Esta idea fue lo que se denominó *trotskismo*. Trotsky utilizó la *Pravda* para ese objetivo y parece que durante un tiempo tuvo éxito. Muchos dirigentes bolcheviques estaban de acuerdo con él en la cuestión. En el Comité Central, los bolcheviques N. A. Rozhkov y V. P. Noguin eran conciliadores, al igual que Kámenev y Zinóviev, miembros del Comité de Redacción de *Sotsial-Demokrat* (El socialdemócrata).

La acalorada denuncia de Lenin del “trotskismo” (conciliación) en ese momento iba dirigida contra aquellos bolcheviques que se inclinaban hacia esa posición. En la carta a Zinóviev del 11 (24) de agosto de 1909 y en otros escritos de ese período, Lenin hace referencia Trotsky en términos muy duros.

Lenin estaba molesto con él por su rechazo a unirse a la tendencia bolchevique aunque no existían diferencias políticas que les separasen. Trotsky creía que, tarde o temprano, una nueva oleada revolucionaria empujaría a los mejores elementos de ambas tendencias a unir sus fuerzas. Trotsky cometió el error más serio de su vida al mantener esta postura conciliadora, y él mismo lo admitiría más tarde. Sin embargo no deberíamos olvidar que las cosas en ese momento no estaban tan claras. El propio Lenin, en más de una ocasión, intentó acercarse a determinadas sectores de los mencheviques. En 1908 llegó a un acuerdo con Plejánov y a “la soñada alianza con Márto”, como la calificó Lunacharsky. Pero la experiencia demostraría que era inviable porque ambas tendencias evolucionaban en sentidos opuestos. Tarde o temprano la ruptura sería inevitable.

La iniciativa de Trotsky para conseguir la unidad del movimiento se concretó en la celebración de un pleno extraordinario para echar a los liquidadores de derechas y los *otzovistas* de ultraizquierda e intentar conseguir la unidad entre los mencheviques de izquierda y los bolcheviques. Lenin se opuso a la iniciativa. Se negaba a participar en un pleno con elementos que de hecho se habían situado al margen del partido. El escepticismo de Lenin estaba plenamente justificado. El giro a la derecha de los mencheviques había ido demasiado lejos. Los mencheviques de izquierda (Márto) se negaron a romper con su ala de derechas y la tentativa de unidad fracasó pronto debido a las diferencias irreconciliables. Más tarde, Trotsky reconocería sinceramente su error. Lenin sacó las conclusiones necesarias y rompió con los mencheviques en 1912, la auténtica fecha de formación del Partido Bolchevique.

En 1911 se abrió un nuevo período de luchas que continuó hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial. La recién despertada clase obrera rápidamente gravitó a la izquierda. En estas circunstancias, el vínculo con los mencheviques era un obstáculo para el desarrollo del partido. Los acontecimientos justificaban totalmente la ruptura con ellos y la organización de un partido separado. Pronto los bolchevi-



Barcos de guerra rusos capturados por la Armada Imperial Japonesa. 1905

ques representaron la mayoría decisiva de la clase obrera: en el período 1912-14, cuatro quintas partes de los trabajadores organizados en San Petersburgo apoyaban a los bolcheviques. La publicación de un periódico bolchevique diario jugó un papel decisivo. El nombre elegido (*Pravda*) amargó las relaciones con Trotsky, pero las protestas de éste fueron en vano. A la mayoría de los activistas obreros les era indiferente y los mencheviques estaban desacreditados por su política de colaboración con la burguesía.

Trotsky, una vez más, se declaró contrario a la escisión, intentaba en vano conseguir la unidad. Este sería un error que le separaría momentáneamente de Lenin, pero fue un error honesto, el error de un genuino revolucionario cuyo único interés era la causa. En 1924 reconocería con franqueza su error. Trotsky escribió al Buró de la Historia del Partido:

“Como he declarado en muchas ocasiones, en mis discrepancias con el bolchevismo en toda una serie de cuestiones fundamentales, el error fue sólo por mi parte. Para describir a grandes rasgos la naturaleza y el alcance de mis antiguas discrepancias con el bolchevismo, diré que durante el período de mi permanencia fuera del Partido Bolchevique, en ese momento en que mis diferencias con el bolchevismo alcanzaron su nivel más alto, la distancia que me separaba de las posiciones de Lenin nunca fue tan grande como la que separa la actual posición de Stalin-Bujarin de los fundamentos del marxismo y el leninismo”.

De esta forma tan honesta, Trotsky explica sus propios errores y reconoce que Lenin tuvo la posición correcta desde el principio. Sin embargo los acontecimientos pronto convertirían las antiguas diferencias entre Lenin y Trotsky en irrelevantes. La escisión en Rusia fue sólo el anticipo de otra escisión mayor de carácter internacional que tendría lugar dos años más tarde, ante la que Lenin y Trotsky estarían en el mismo bando.

La Primera Guerra Mundial

La decisión de los dirigentes de los partidos de la Internacional Socialista de apoyar a “sus” respectivas burguesías nacionales en 1914 fue la mayor traición en la historia del movimiento obrero mundial. Cayó como un rayo, conmo-

cionando y desorientando a la base de la Internacional, hasta el punto que significó su colapso. Desde agosto de 1914, la cuestión de la guerra concentró la atención de los socialistas de todos los países.

Muy pocas personas consiguieron en ese momento mantener la orientación correcta. Lenin en Rusia, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht en Alemania, James Connolly en Irlanda, John MacLane en Escocia y los dirigentes socialdemócratas serbios fueron excepciones a la regla. Desde el principio, Trotsky adoptó una postura claramente revolucionaria ante la guerra, como se puede comprobar en su libro *La guerra y la Internacional*. En 1915, Trotsky redactó el manifiesto de la Conferencia de Zimmerwald, que reunió a todos los socialistas opuestos a la guerra, que lo aprobaron por unanimidad a pesar de las diferencias existentes entre ellos.

En París, Trotsky publicaba el periódico *Nashe Slovo* (Nuestra palabra), que defendía los principios del internacionalismo. Sólo tenía un puñado de colaboradores y todavía menos dinero, pero con enormes sacrificios consiguieron publicarlo diariamente, un éxito no igualado por ninguna otra tendencia del movimiento obrero ruso del momento, incluidos los bolcheviques. Durante dos años y medio, bajo el ojo vigilante de la censura, *Nashe Slovo* llevó una existencia precaria, hasta que las autoridades francesas, bajo presión del gobierno ruso, lo clausuraron. Durante un motín en la flota rusa en Tolón, se encontraron ejemplares de *Nashe Slovo* en poder de algunos de los marineros, lo que fue utilizado como excusa por las autoridades francesas para deportar a Trotsky a finales de 1916. Después de un breve período en España, incluida una estancia en prisión, de nuevo fue deportado a Nueva York, donde colaboró con Bujarin y otros revolucionarios rusos en la publicación del periódico *Novy Mir* (Nuevo mundo). Todavía estaba trabajando en este periódico cuando llegaron los primeros informes confusos sobre el alzamiento en Petrogrado. Había comenzado la segunda Revolución Rusa.

Lenin y Trotsky en 1917

La política revolucionaria es una ciencia. El estudio de las revoluciones pasadas es la manera de preparar la del futuro. La teoría no es optativa, sino una guía vital para la acción. Cuando antes de la Primera Guerra Mundial Trotsky defendió la posibilidad de una revolución proletaria en Rusia antes que en Europa Occidental, nadie le tomó en serio. Sólo en octubre de 1917 se demostró la superioridad del método marxista aplicado por Trotsky. Al inicio de la Revolución de Febrero, Lenin estaba en Suiza y Trotsky en Nueva York. Aunque muy alejados de la revolución y entre sí, ambos llegaron a las mismas conclusiones. Los artículos de Trotsky en *Novy Mir* y las *Cartas desde lejos* de Lenin son prácticamente idénticos en las cuestiones fundamentales relativas a la revolución: la actitud hacia el campesinado, la burguesía liberal, el gobierno provisional y la revolución mundial.

A pesar de todos los intentos de los estalinistas de falsificar la realidad levantando una muralla china entre Lenin y Trotsky, los hechos hablan por sí mismos: *en el momento decisivo de la revolución, trotskismo y leninismo eran una misma cosa*. Tanto para Lenin como para Trotsky, 1917 fue el punto de inflexión que convirtió en irrelevantes las an-

tiguas polémicas entre ambos. Por esa razón, Lenin nunca se refirió a ellas después de 1917. De hecho, en su último discurso al Partido Comunista Ruso (el famoso *Testamento de Lenin*, oculto durante décadas por los estalinistas), *advertía de que no se debía utilizar contra Trotsky su pasado no bolchevique. Esas fueron las últimas palabras de Lenin respecto a Trotsky y su relación con el Partido Bolchevique antes de 1917.*

Con la única excepción de Lenin, los dirigentes bolcheviques no comprendían la situación, y los acontecimientos les superaban. Es una ley histórica que en una situación revolucionaria el partido y sobre todo su dirección sufren la intensa presión de los enemigos de clase, de la “opinión pública” burguesa e incluso de los prejuicios de las masas obreras. Ninguno de los dirigentes bolcheviques en Petrogrado fue capaz de resistir esas presiones, ninguno planteó que la revolución únicamente podía llegar hasta el final con la toma del poder por parte del proletariado. Todos habían abandonado la perspectiva de clase, adoptando simplemente una vulgar postura democrática. Stalin era partidario de apoyar “críticamente” al Gobierno Provisional y de unirse a los mencheviques. Kámenev, Rikov, Molotov, etc. compartían su postura.

Sólo tras la llegada de Lenin el Partido Bolchevique cambió de postura, después de una lucha interna alrededor de las *Tesis de Abril*, publicadas en *Pravda* con su única firma. Nadie estaba dispuesto a que le identificaran con esa postura. No comprendían el método de Lenin y hacían un fetiche de las consignas de 1905. El “crimen” de Trotsky fue prever los acontecimientos. En 1917, los propios acontecimientos demostraron la corrección de la teoría de la revolución permanente.

Desde entonces nada separó políticamente a Lenin y Trotsky. Todas las diferencias del pasado dejaron de existir. Cuando Trotsky regresó a Petrogrado en mayo de 1917, Lenin y Zinóviev asistieron a la ceremonia de bienvenida organizada por el Comité Interdistrito. En aquella reunión, Trotsky manifestó que la unidad de bolcheviques y mencheviques ya no significaba nada. Sólo aquellos que habían roto con el socialpatriotismo podían unirse bajo la bandera



Trotsky con miembros de una delegación rusa, 1918



Llegada de Trotsky a Petrogrado. 4 de mayo de 1917

de una nueva Internacional. En realidad, desde su llegada, Trotsky habló y actuó al lado de los bolcheviques. El bolchevique Raskólnikov lo recordaría como sigue:

“León Davidovich, Trotsky, en esos momentos formalmente no era militante de nuestro partido, pero en la práctica desde el primer día de su llegada de América trabajó constantemente dentro de él. En cualquier caso inmediatamente después de su primer discurso en el Sóviet todos le consideramos uno de los dirigentes de nuestro partido” (*Proletarskaya Revolutsia*, p. 71. 1923).

Con relación a las controversias pasadas, señaló: “Los ecos de las antiguas discrepancias en el periodo previo a la guerra habían desaparecido totalmente. No existían diferencias entre la táctica de Lenin y Trotsky. Esa fusión, que ya se observaba durante la guerra, se demostró totalmente desde el momento en que Trotsky regresó a Rusia. A partir de su primer discurso público, todos nosotros, antiguos leninistas, le considerábamos uno de los nuestros” (*Ibid.*, p. 150).

Si Trotsky no ingresó inmediatamente en el Partido Bolchevique no fue por las antiguas discrepancias, sino porque quería que también entrara el Comité Interdistrito, que agrupaba aproximadamente a 4.000 trabajadores de Petrogrado y a muchas figuras prominentes de la izquierda, como Uritsky, Joffe, Lunacharsky, Riazanov, Volodarsky y otros que posteriormente jugaron un importante papel en la dirección bolchevique. Como Trotsky explicó en su testimonio ante la Comisión Dewey:

“Trabajaba junto al Partido Bolchevique. Existía un grupo en Petrogrado que programáticamente defendía lo mismo que el Partido Bolchevique, pero organizativamente era independiente. Consulté a Lenin si sería mejor que yo entrara al Partido Bolchevique inmediatamente o con esa organización obrera de tres mil o cuatro mil militantes revolucionarios” (*The case of Leon Trotsky*, p. 21).

El Congreso de los Sóviets de toda Rusia celebrado a principios de junio todavía estuvo dominado por los mencheviques y socialrevolucionarios. El historiador E. H. Carr, refiriéndose a Trotsky y al Comité Interdistrito, hace la siguiente observación: “Trotsky y Lunacharsky estaban entre los diez delegados de los ‘socialdemócratas unidos’ que apoyaron unánimemente a los bolcheviques durante las tres semanas que duró el congreso” (E. H. Carr, *La revolución bolchevique (1927-1923)*, vol. 1, p. 106. Alianza Universidad).

Para acelerar la entrada del Comité Interdistrito al partido, a la que se oponían algunos miembros de la dirección, Trotsky escribió en *Pravda* la siguiente declaración: “En mi opinión, actualmente [julio], no hay diferencias ni de principios ni tácticas entre el Interdistrito y las organizaciones bolcheviques. Por consiguiente no existen motivos que justifiquen la existencia separada de ambas organizaciones”. (El subrayado es nuestro).

En mayo de 1917, incluso antes de su adhesión formal al Partido Bolchevique, Lenin propuso a Trotsky como jefe de redacción de *Pravda* y de paso recordó la excelente calidad del *Russkaya Gazzeta* (el periódico que Trotsky dirigía y que en 1905 se transformaría en el *Nachalo*). Este hecho fue recogido en 1923 en *Krasnaya Letopis* (La Crónica Roja) n°3. Aunque la propuesta no fue aceptada por el comité de redacción de *Pravda*, demuestra la actitud de Lenin hacia Trotsky en ese momento. Estaba tan ansioso de que Trotsky y sus colaboradores se unieran a los bolcheviques que estaba dispuesto a ofrecerles sin condiciones puestos de dirección en el Partido.

Cuando el Comité Interdistrito se fusionó con el Partido Bolchevique, para considerar los años de militancia en el partido se tuvo en cuenta la fecha de entrada al Comité Interdistrito, lo que significó admitir que no existían diferencias importantes entre ambos grupos. Una nota en las obras de Lenin publicadas en Rusia después de la revolución dice lo siguiente: “Sobre la cuestión de la guerra, el Comité Interdistrito sostenía una postura internacionalista y sus tácticas estaban cercanas a los bolcheviques” (*Collected Works*, vol. 14, p. 448).

Después de las Jornadas de Julio, la reacción tomó la iniciativa durante un tiempo. En los días más difíciles, el partido estaba en la clandestinidad, Lenin y Zinóviev se vieron obligados a pasar a Finlandia, Kámenev estaba en la cárcel y los bolcheviques sufrían una campaña de calumnias acusándolos de ser agentes alemanes. Trotsky salió públicamente en su defensa y se identificó con sus posturas. En esos tiempos difíciles y peligrosos, Trotsky escribió una carta al Gobierno Provisional, que por su valor la reproducimos íntegramente porque sirve para arrojar luz sobre las relaciones de Trotsky con los bolcheviques en 1917. La carta está fechada el 23 de julio:

“Ciudadanos ministros:

He tenido conocimiento de que se ha publicado una orden, en relación con los acontecimientos de los pasados 16 y 17 de julio, decretando el arresto de Lenin, Zinóviev y Kámenev, pero no el mío, por lo que desearía solicitar su atención para los puntos siguientes:

1) Coincido con las principales tesis de Lenin, Zinóviev y Kámenev, y las he defendido en el periódico Vperiod y en mis discursos públicos.

2) Mi postura hacia los acontecimientos del 16 y 17 de julio ha sido idéntica a la mantenida por ellos.

a) Tanto Kámenev y Zinóviev como yo conocimos por primera vez los planes propuestos por el regimiento de ametralladoras y otros más en el mitin conjunto de los Burós de los Comités Ejecutivos el 16 de julio. Actuamos inmediatamente para detener a los soldados. Zinóviev y Kámenev poniéndose en contacto con los bolcheviques y yo, con la organización "interdistritos", a la que pertenezco.

b) Cuando, a pesar de nuestros esfuerzos, la manifestación se realizó, mis camaradas bolcheviques y yo pronunciamos numerosos discursos a favor de la principal exigencia de la multitud: "todo el poder a los sóviets", pero a la vez exhortamos a los manifestantes, tanto a los soldados como a los civiles, a regresar a sus casas y cuarteles en forma pacífica y ordenada.

c) En una conferencia celebrada en el Palacio de Táurida, muy avanzada la noche del 16 al 17 de julio, entre los bolcheviques y la organización interdistritos, apoyé la posición, hecha por Kámenev, de que se debía hacer todo lo posible para evitar una nueva manifestación el 17 de julio. Sin embargo, cuando a través de los agitadores que llegaban de los distintos distritos supimos que los regimientos y los obreros ya habían decidido la salida y que era imposible detener a la multitud hasta que se hubiera resuelto la crisis gubernamental, todos los allí presentes estuvimos de acuerdo en que lo mejor que podíamos hacer era dirigir la manifestación de forma pacífica y pedir a las masas que dejaran sus fusiles en casa.

d) A lo largo del 17 de julio, día que pasé en el Palacio Táurida, tanto yo como los camaradas bolcheviques ex-

hortamos más de una vez a la multitud para que actuase según esta línea.

3) El hecho de que yo no esté conectado a Pravda y no sea miembro del Partido Bolchevique no se debe a diferencias políticas, sino a ciertas circunstancias de la historia de nuestro partido que han perdido ahora toda importancia.

4) El intento de los diarios de dar la impresión de que yo he declarado 'no tener nada que ver' con los bolcheviques tiene tanto de verdad como el informe según el cual he pedido a las autoridades protección de la 'violencia del populacho', o como el resto de los falsos rumores extendidos por la misma prensa.

5) Por todo lo que he declarado, resulta evidente que no me pueden excluir lógicamente de la orden de arresto que han lanzado contra Lenin, Kámenev y Zinóviev. Tampoco puede haber ninguna duda en sus mentes de que soy un enemigo del Gobierno Provisional tan irreconciliable como los camaradas anteriormente nombrados. Dejándome al margen, únicamente se consigue subrayar el propósito contrarrevolucionario que está tras el ataque a Lenin, Zinóviev y Kámenev" (León Trotsky, La era de la revolución permanente, pp. 98-99. Editorial Akal. Madrid, 1976. El subrayado es nuestro).

En ese período, Trotsky expresó su acuerdo con la posición de los bolcheviques en docenas de ocasiones y llegó a ser encarcelado a consecuencia de ello.

Trotsky y la Revolución de Octubre

No es posible aquí hacer justicia al papel de Trotsky durante la Revolución de Octubre. Hoy su papel es universalmente reconocido. Pero lo que sí podemos decir es que la Revolución Rusa demuestra la enorme importancia del factor subjetivo y el papel del individuo en la historia. El marxismo es determinista pero no fatalista. Los viejos populistas rusos y los terroristas eran utópicos voluntariosos. Imaginaban que toda la historia dependía de la voluntad de los individuos, "grandes hombres" o héroes, ajena a la situación objetiva y las leyes históricas. Plejánov y los marxistas rusos libraron una lucha implacable contra la interpretación idealista de la historia.



Manifestación ante el Palacio de Invierno. 1917

Dicho esto, hay que añadir que existen momentos en la historia de la sociedad en los que todos los factores objetivos necesarios para la revolución han madurado y, por tanto, el factor subjetivo –su preparación consciente, la dirección revolucionaria– se convierte en el factor decisivo. En esos momentos todo el proceso histórico depende de las actividades de un pequeño grupo de individuos e incluso de una sola persona. Engels explicó que hay períodos históricos en los que veinte años equivalen a un día, en los cuales aparentemente no ocurre nada, en los que a pesar de que haya mucha actividad la situación no cambia. Pero también dijo que hay otros períodos en los que la historia de veinte años se concentra en el espacio de unas pocas semanas o incluso días. Si no existe un partido revolucionario con una dirección revolucionaria que aproveche la situación, ese momento se puede perder y sería necesario el paso de años para que se presente una nueva oportunidad.

En el breve espacio de nueve meses, entre febrero y octubre de 1917, se evidenció con total claridad la importancia de las cuestiones de la clase, el partido y la dirección. El Partido Bolchevique fue el partido más revolucionario de la historia. Sin embargo, a pesar de la enorme experiencia y fortaleza acumuladas por su dirección, en el momento decisivo los dirigentes de Petrogrado vacilaron. En última instancia, el destino de la revolución descansó sobre los hombros de dos personas: Lenin y Trotsky. Sin ellos la Revolución de Octubre no habría ocurrido.

A primera vista esta afirmación contradice la teoría marxista sobre el papel del individuo en la historia, pero no es así. En aquella situación, sin el partido, Lenin y Trotsky no podrían haber hecho absolutamente nada. Les había costado casi dos décadas de trabajo construir y perfeccionar el instrumento, ganar autoridad entre la clase obrera y echar profundas raíces entre las masas, en las fábricas, en los barracones del ejército y en los barrios obreros. Un solo individuo, por muy grande que fuese, nunca podría haber sustituido al partido, que no se puede improvisar.

La clase obrera necesita un partido para cambiar la sociedad. Si no hay un partido revolucionario capaz de dar una dirección consciente a la energía revolucionaria de la clase, ésta se despilfarra, de la misma forma que se disipa el vapor si no existe el pistón. Por otra parte, todo partido tiene su lado conservador. En realidad, en algunas ocasiones, los revolucionarios pueden ser las personas más conservadoras. Este conservadurismo se desarrolla a consecuencia de años de trabajo rutinario, absolutamente imprescindible pero que puede llevar a determinados hábitos y tradiciones que en una situación revolucionaria podrían actuar como un freno si la dirección no es capaz de superarlas. En el momento decisivo, cuando la situación exige un cambio profundo en la orientación del partido –el paso del trabajo rutinario a la toma del poder–, las viejas costumbres pueden entrar en conflicto con las necesidades de la nueva situación. Es precisamente en este contexto en el que el papel de la dirección es vital.

Un partido, como órgano de lucha de una clase contra otra, en cierta forma se puede comparar a un ejército. El partido también tiene sus generales, tenientes, cabos y soldados. Tanto en la revolución como en la guerra, el factor tiempo es una cuestión de vida o muerte. Sin Lenin y Trotsky, los



Detalle de una ilustración que recoge la firma del tratado de Paz de Brest-Litovsk. 1918

bolcheviques sin duda habrían corregido sus errores, pero ¿cuándo y a qué precio? La revolución no puede esperar a que el partido corrija sus errores porque el precio de las dudas y los retrasos es la derrota. Esto quedó demostrado en Alemania durante el proceso revolucionario de 1923.

Para comprender el papel clave que Trotsky jugó en 1917 es suficiente leer cualquier periódico de la época o cualquier libro histórico, sea amistoso u hostil. Tomemos como ejemplos las siguientes líneas escritas sólo doce meses después de que los bolcheviques llegaron al poder:

“Todo el trabajo práctico de organización de la insurrección se hizo bajo la dirección directa del camarada Trotsky –presidente del Sóviet de Petrogrado–. Se puede afirmar con total seguridad que el partido está en deuda, en primer lugar y sobre todo, con el camarada Trotsky por la rapidez con que la guarnición se pasó al lado de los sóviets y por la forma de organizar el trabajo del Comité Militar Revolucionario”.

Este pasaje fue escrito por Stalin en el primer aniversario de la Revolución de Octubre. Más tarde, Stalin volvería a escribir: “El camarada Trotsky no jugó ningún papel importante ni en el partido ni en la insurrección de Octubre, y no otra cosa se podía esperar de quien en el período de Octubre era un hombre relativamente nuevo en nuestro partido” (*Stalin's Works*. Moscú, 1953).

Más tarde, no sólo Trotsky sino todo el estado mayor de Lenin fueron acusados de ser agentes de Hitler y de querer restaurar el capitalismo en la URSS. En realidad, setenta y cuatro años después de Octubre, como Trotsky predijo,

fueron los herederos de Stalin los que liquidaron la URSS y todas las conquistas de la Revolución.

Para ser exactos, ni siquiera la primera apreciación de Stalin hace justicia al papel de Trotsky en la Revolución de Octubre. En el período clave, de septiembre a octubre, Lenin pasó la mayor parte del tiempo en la clandestinidad y el peso de la preparación política y organizativa de la insurrección recayó sobre Trotsky. La mayoría de los antiguos seguidores de Lenin –Kámenev, Zinóviev, Stalin, etc.– eran contrarios a la toma del poder o tenían una posición vacilante y ambigua. Zinóviev y Kámenev llevaron su oposición a la insurrección tan lejos que hicieron públicos los planes en la prensa ajena al partido. Basta leer la correspondencia de Lenin con el Comité Central para comprender la lucha que libró para superar la resistencia de la dirección bolchevique. En cierto momento incluso llegó a amenazar con dimitir y apelar a la base del partido por encima del Comité Central. En esta lucha, Trotsky y el Comité Interdistrito apoyaron la línea revolucionaria de Lenin.

Una de las obras más célebres sobre la revolución rusa es *Diez días que estremecieron al mundo*, de John Reed. Lenin describió este libro en la introducción como “la exposición más fidedigna y gráfica” de aquellos hechos y recomendó que se publicasen “millones de copias y traducirlo a todas las lenguas”. Bajo Stalin, el libro desapareció de las publicaciones de los partidos comunistas. La razón no es difícil de comprender. Una ojeada a su contenido demuestra que el autor menciona 63 veces a Lenin, 53 a Trotsky, 8 a Kámenev, 7 a Zinóviev y sólo 2 veces a Bujarin y Stalin. Esto refleja con cierta precisión la realidad.

En la lucha política dentro del partido, que se prolongó más allá de Octubre, el principal argumento de los conciliadores fue que los bolcheviques no debían tomar el poder por sí mismos, sino que debían formar una coalición con otros partidos “socialistas” (mencheviques y socialrevolucionarios). En la práctica eso supondría devolver el poder a la burguesía, como en Alemania en noviembre de 1918. John Reed describe la situación:

“El Congreso debía reunirse a la una y el gran salón de sesiones estaba lleno desde hacía rato. Sin embargo, a las siete, el Buró no había aparecido todavía (...) Los bolcheviques y la izquierda socialrevolucionaria deliberaban en sus propias salas. Durante toda la tarde, Lenin y Trotsky habían tenido que combatir las tendencias hacia una componenda. Una buena parte de los bolcheviques opinaba que debían hacerse las concesiones necesarias para lograr constituir un gobierno de coalición socialista.

– No podemos aguantar –exclamaban–. Son demasiados contra nosotros. No contamos con los hombres necesarios. Quedaremos aislados y se desplomará todo.

Así se manifestaban Kámenev, Riazanov y otros.

Pero Lenin, con Trotsky a su lado, se mantenía firme como una roca.

– Quienes deseen llegar a un arreglo, que acepten nuestro programa y los admitiremos. Nosotros no cederemos ni una pulgada. Si hay camaradas aquí que no tienen el valor y la voluntad de atreverse a lo que nosotros nos atrevemos, ¡que vayan a reunirse con los cobardes y conciliadores! ¡Con el apoyo de los obreros y los soldados seguiremos

adelante!” (*Diez días que estremecieron el mundo*, p. 123. Ed. Grijalbo. Barcelona, 1985)

Era tal el grado de afinidad entre Lenin y Trotsky que las masas con frecuencia se referían al Partido Bolchevique como “el partido de Lenin y Trotsky”. En una reunión del Comité de Petrogrado el 14 de noviembre de 1917, Lenin expuso que las tendencias conciliadoras en la dirección del partido *constituían un peligro incluso después de la Revolución de Octubre*. El 14 de noviembre, once días después de la triunfante insurrección, tres miembros del Comité Central (Kámenev, Zinóviev y Noguín) dimitieron en protesta por la política del partido, publicando un ultimátum en el que exigían la formación de un gobierno de coalición con mencheviques y socialrevolucionarios, “o si no, un gobierno puramente bolchevique sólo podría mantenerse aplicando una política de terror”. Acababan su declaración con un llamamiento a los trabajadores para formar una “coalición inmediata” bajo la consigna “larga vida al gobierno de todos los partidos del Sóviet”.

Parecía que esta crisis en las filas del partido acabaría por destruir las conquistas de Octubre. Lenin pidió la expulsión de los dirigentes desleales y fue precisamente en ese momento cuando pronunció el discurso que acaba así: “¡Ningún compromiso! Un gobierno bolchevique homogéneo”. En el texto original del discurso aparecen además las siguientes palabras: “Sobre la coalición, lo único que puedo decir es que Trotsky dijo hace ya tiempo que era imposible una unión. Trotsky lo comprendió y a partir de ese momento *ha habido otro bolchevique mejor*”.

Tras la muerte de Lenin, la camarilla dominante (Stalin, Kámenev y Zinóviev) comenzó una campaña de falsificaciones destinada a minimizar el papel de Trotsky en la revolución. Para conseguirlo, inventaron la leyenda del “trotskismo” y metieron una cuña entre las posiciones de Trotsky y las de Lenin y los “leninistas” (ellos mismos). Los historiadores a sueldo revolviéron en la basura de las viejas polémicas hacía tiempo olvidadas por aquellos que participaron en ellas: *olvidadas porque todas las discrepancias quedaron resueltas por la experiencia de Octubre y por lo tanto no tenían otro interés que el puramente histórico*. Pero el obstáculo más serio en el camino de los epígonos fue la propia Revolución de Octubre. Poco a poco lo eliminaron, borrando el nombre de Trotsky de los libros, reescribiendo la historia y, por último, suprimiendo totalmente incluso las más inocuas menciones al papel de Trotsky.

Trotsky y el Ejército Rojo

Antes de la revolución, ni Lenin ni Trotsky sabían mucho de tácticas bélicas. A Trotsky se le pidió que se hiciera cargo de los asuntos militares en un momento en que la revolución estaba en grave peligro. El viejo ejército zarista se había desintegrado sin que hubiese nada para sustituirlo. La joven república soviética estaba invadida por veintidós ejércitos imperialistas. En cierto momento, el Estado soviético quedó reducido a la franja de territorio entre Moscú y Petrogrado y poco más. Al final se consiguió superar esta situación adversa y el Estado obrero logró sobrevivir. Este éxito se logró en gran medida gracias al trabajo infatigable de Trotsky al frente del Ejército Rojo.

En septiembre de 1918, cuando en palabras de Trotsky el poder del Sóviet estaba en su nivel más bajo, el gobierno aprobó un decreto especial declarando en peligro a la Rusia socialista. En ese difícil momento se envió a Trotsky al decisivo frente oriental, donde la situación militar era catastrófica. Simbirsk y Kazán estaban en manos de los blancos. El tren blindado de Trotsky sólo podía llegar hasta Simbirsk, a las afueras de Kazán. Las fuerzas enemigas eran superiores tanto en número como en organización. Algunas compañías blancas estaban compuestas exclusivamente de oficiales y competían en mejores condiciones que las mal entrenadas y poco disciplinadas fuerzas rojas. Entre las tropas cundió el pánico y se retiraban en desorden. “El mismo suelo parecía estar infectado de pánico”. Más tarde, Trotsky reconocería en su biografía: “Los nuevos destacamentos rojos llegaban con energía, pero rápidamente se hundían en la inercia de la retirada. Se comenzó a extender el rumor entre el campesinado local de que los sóviets estaban condenados. Los curas y los tenderos levantaban cabeza. En los pueblos, los elementos revolucionarios se escondían. Todo se desmoronaba. No había un solo palmo de tierra firme. La situación parecía desesperada” (*Ibid.*).

Ésa era la situación que a su llegada se encontraron Trotsky y sus agitadores. Pero, en una semana, Trotsky regresó victorioso de Kazán tras conseguir el primer y decisivo éxito militar de la revolución. En un discurso al Sóviet de Petrogrado para pedir voluntarios para el Ejército Rojo, describió la situación en el frente:

“El cuadro que presencié ante mis ojos era el de las noches más tristes y trágicas de Kazán, cuando las fuerzas de jóvenes reclutas se retiraban presas del pánico. Eso ocurría en la primera mitad de agosto, cuando sufrimos los mayores contratiempos. Llegó un destacamento de comunistas: más de cincuenta hombres, cincuenta y seis, creo. Entre ellos algunos que nunca antes de ese día habían tenido un fusil en las manos. Había hombres de cuarenta años o más, pero la mayoría eran chicos de dieciocho, diecinueve o veinte años. Recuerdo a uno de dieciocho años con la cara tranquila, un comunista de Petrogrado que apareció en el cuartel general de noche, fusil en mano y nos relató cómo un regimiento había desertado de su posición y ellos habían ocupado su lugar, y dijo: ‘Somos comuneros’. De este destacamento de cincuenta hombres regresaron doce, pero, camaradas, crearon un ejército, de estos trabajadores de Petrogrado y Moscú, destacamentos de cincuenta o sesenta hombres que ocuparon posiciones abandonadas, regresaron doce. Murieron anónimamente, al igual que la mayoría de los héroes de la clase obrera. Nuestro problema y deber es esforzarnos por restablecer sus nombres en la memoria de la clase obrera. Muchos murieron aquí y no se les conoce por su nombre, sino por lo que hicieron por nosotros en ese Ejército Rojo que defiende la Rusia soviética y las conquistas de la clase obrera, esa ciudadela, esa fortaleza de la revolución internacional que ahora representa nuestra Rusia soviética. Desde ese momento, camaradas, nuestra situación es, como ya sabéis, incomparablemente mejor en el frente oriental, allí donde el peligro era mayor con los checoslovacos y los guardias blancos dirigiéndose hacia Simbirsk y Kazán, amenazándonos en dirección hacia Nijny, en la otra hacia Vologda, Rasoslavl y Arcángel, y así unirse a la expedición anglo-francesa. Por eso nues-

tros mayores esfuerzos van dirigidos al frente oriental, y hemos obtenido buenos resultados” (*Leon Trotsky speaks*, p. 126).

Después de la liberación de Kazán, Simbirsk, Khvalynsk y otras ciudades de la región del Volga, a Trotsky se le encomendó la tarea de coordinar y dirigir la guerra en los muchos frentes abiertos en ese vasto país. Reorganizó las fuerzas armadas de la Revolución e instauró el juramento del Ejército Rojo, en el que todo soldado juraba lealtad a la revolución mundial. Pero su éxito más destacable fue conseguir que un gran número de oficiales del ejército zarista colaborase con la revolución. De no ser así, no hubiera sido posible encontrar los cuadros militares necesarios para dirigir a más de quince ejércitos en diferentes frentes. Por supuesto, al final, algunos de ellos fueron traidores y otros sirvieron con desgana o por rutina. Pero lo más sorprendente fue el gran número de oficiales que se pasó al lado de la revolución, a la que sirvieron lealmente. Algunos, como Tujachevsky –un genio militar– se convertiría en un comunista convencido. Casi todos fueron asesinados por Stalin en las purgas de 1937.

El éxito de Trotsky con los antiguos oficiales cogió por sorpresa incluso a Lenin. Cuando durante la guerra civil le preguntó a Trotsky si era mejor reemplazar a los antiguos oficiales zaristas, controlados por comisarios políticos, y sustituirlos por otros, comunistas, Trotsky respondió:

– Me preguntaba usted si no convendría que separásemos a todos los antiguos oficiales. ¿Sabe usted cuántos sirven actualmente en el ejército?

– No, no lo sé.

– ¿Cuántos, aproximadamente, calcula usted?

– No tengo idea.

– Pues no bajarán de treinta mil. Por cada traidor habrá cien personas seguras y por cada desertor, dos o tres caídos en el campo de batalla. ¿Por quién quiere usted que los sustituyamos?

“A los pocos días, Lenin pronunció un discurso acerca de los problemas que planteaba la reconstrucción socialista



Lenin y Trotsky con soldados del Ejército Rojo en Petrogrado



Trabajadores armados y soldados llevan a policías capturados. Petrogrado, 1917

del Estado en el que dijo: ‘Cuando hace poco tiempo el camarada Trotsky hubo de decirme, concisamente, que el número de oficiales que servían en el departamento de guerra ascendía a varias docenas de millares, comprendí, de un modo concreto, dónde está el secreto de poner al servicio de nuestra causa al enemigo (...) y cómo es necesario construir el comunismo utilizando los mismos ladrillos que el capitalismo tenía preparados contra nosotros’ (Trotsky, *Mi vida*, p. 348. Ed. Pluma. Bogotá, 1979).

Los logros de Trotsky fueron reconocidos incluso por enemigos declarados de la Revolución, entre ellos los oficiales y diplomáticos alemanes. Max Bauer calificó a Trotsky como “un organizador militar y un líder (...) Creó un nuevo ejército de la nada en medio de duras batallas. La forma en que después organizó y entrenó a su ejército es completamente napoleónica”. El general Hoffmann llegaría a la misma conclusión: “Incluso desde un punto de vista puramente militar es asombroso cómo fue posible que las tropas rojas, recién reclutadas, aplastaran a las fuerzas de los generales blancos y las eliminaran totalmente” (E.H. Carr, *La revolución bolchevique 1917-23*, vol. 3, p. 326).

Dimitri Volkogonov, a pesar de su hostilidad hacia el bolchevismo, diría lo siguiente: “Su tren viajaba de un frente a otro; trabajaba duro para asegurar los suministros para las tropas, su implicación personal en el uso de los comisarios militares en el frente tuvo resultados positivos. Además los jefes del ejército le veían como el ‘segundo hombre’ de la república soviética, un importante oficial político y del Estado, un hombre con una enorme autoridad personal. Su papel en el terreno estratégico fue más político que militar” (Dimitri Volkogonov, *Trotsky: the eternal revolutionary*, p. 140).

Demos la última palabra acerca del papel de Trotsky en la Revolución Rusa y la guerra civil a Lunacharsky, el veterano bolchevique que se convertiría en el primer Comisario Soviético de Educación y Cultura: “Sería un gran error pensar que el otro gran líder de la revolución rusa es inferior en todo a su colega [Lenin]: por ejemplo, hay aspectos en los que Trotsky sobrepasa indiscutiblemente a Lenin, es más brillante, más claro y más activo. Lenin era el más

adecuado para ocupar la Presidencia de los Comisarios del Consejo del Pueblo y guiar la revolución mundial con ese toque de genialidad, pero nunca hubiera podido cumplir la titánica misión que Trotsky soportó sobre sus hombros, con aquellos traslados de lugar en lugar, aquellos asombrosos discursos que precedían a las órdenes en el acto, el papel de galvanizador incesante de un ejército débil, ahora en un punto, después en otro. No hay un hombre sobre la Tierra que pudiera haber reemplazado a Trotsky en este papel.

“En toda gran revolución las personas siempre encuentran el actor adecuado para actuar en cada parte, y uno de los signos de grandeza de nuestra revolución es el hecho de que el Partido Comunista los haya creado en sus propias filas, los haya pedido prestado a otros partidos y haya incorporado en sus propios organismos las suficientes personalidades excepcionales que fueron encajadas para cumplir cualquier función política que se les demandase.

“Y dos de los más fuertes, identificados completamente con sus respectivos papeles, son Lenin y Trotsky” (Lunacharsky, *Revolutionary Silhouettes*, pp. 68-69).

La lucha de Trotsky contra la burocracia

La Revolución de Octubre fue el acontecimiento más importante de la historia de la humanidad. Por vez primera –si excluimos la breve experiencia de la Comuna de París en 1871– las masas oprimidas tomaron su destino en sus propias manos y emprendieron la tarea de transformar la sociedad. La revolución socialista es totalmente diferente de cualquier otra revolución de la historia porque, por primera vez, el factor subjetivo –la conciencia de la clase– se convierte en la fuerza motriz del desarrollo social. La explicación hay que buscarla en las diferentes relaciones de producción. Bajo el capitalismo, las fuerzas del mercado funcionan de una forma incontrolada, sin planificación ni intervención estatal. La revolución socialista pone fin a la anarquía de la producción e implanta el control y la planificación por parte de la sociedad. El resultado es que, después de la revolución, el factor subjetivo se convierte también en el factor decisivo. En palabras de Engels, el

socialismo es “el salto del reino de la necesidad al de la libertad”.

Pero la conciencia de las masas no es algo separado de las condiciones materiales de vida, del nivel de cultura, de la jornada laboral, etc. Por eso Marx y Engels insistieron en que los requisitos materiales previos para conseguir el socialismo dependían del desarrollo de las fuerzas productivas. Las protestas mencheviques contra la Revolución de Octubre, argumentando que las condiciones materiales para el socialismo estaban ausentes en Rusia, tenían una parte de verdad. No obstante, las condiciones objetivas sí existían internacionalmente.

Para los bolcheviques, el internacionalismo no era una cuestión sentimental. Lenin repitió en cientos de ocasiones que si la revolución rusa no se extendía a otros países sería su fin. Tras ella hubo una oleada revolucionaria y se dieron situaciones revolucionarias en muchos países (Alemania, Hungría, Italia, Francia, etc.) pero, dada la ausencia de partidos marxistas de masas, todos esos movimientos terminaron derrotados. O, para ser más exactos, en Alemania y otros países fueron traicionadas por los dirigentes socialdemócratas. Debido a esa traición, la revolución quedó aislada en un país atrasado, donde las condiciones de vida de la población eran atroces. Sólo en un año murieron de hambre seis millones de personas. En 1921, al final de la guerra civil, la clase obrera estaba exhausta.

En esa situación, la reacción era inevitable. Los resultados conseguidos no se correspondían con las expectativas de las masas. Una buena parte de los obreros más conscientes y militantes falleció en la guerra civil. Otros, absorbidos por las tareas de administración de la industria y el Estado, se fueron divorciando poco a poco de los trabajadores, a la par que el aparato del Estado se elevaba gradualmente por encima de la clase obrera. Cada paso atrás de la clase obrera estimulaba a los burócratas y arribistas. En ese contexto, surgió una casta burocrática que se sentía satisfecha con su propia posición y estaba en desacuerdo con las ideas “utópicas” de la revolución mundial. Estos elementos abrazaron con entusiasmo la teoría del “socialismo en un solo país”, esbozada por primera vez en 1923.

El marxismo explica que las ideas no caen del cielo. Si una idea obtiene un apoyo de masas es porque necesariamente refleja los intereses de una clase o casta social. Actualmente los historiadores burgueses tratan de presentar la lucha entre Stalin y Trotsky como un “debate” sobre cuestiones teóricas en el que, por oscuros motivos, Stalin ganó y Trotsky perdió. Pero el factor determinante en la historia no es la lucha entre las ideas, sino entre los intereses de clase y las fuerzas materiales. La victoria de Stalin no se debió a su superioridad intelectual (en realidad, de todos los líderes bolcheviques, Stalin era el más mediocre en las cuestiones teóricas), pero las ideas que defendió representaban los intereses y privilegios de la nueva casta burocrática surgida, mientras que Trotsky y la Oposición de Izquierdas defendían las ideas de Octubre y los intereses de la clase obrera, que se vio obligada a replegarse ante la ofensiva lanzada por la burocracia, la pequeña burguesía y los *kulaks* (campesinos ricos).

Las ideas y acciones de Stalin tampoco estaban planeadas de antemano. En las primeras etapas, ni él mismo sabía hacia dónde se dirigía. En realidad, si lo hubiera conocido en 1923 cuando se gestaba el proceso que lideraba, lo más probable es que nunca hubiera tomado ese camino. Lenin era consciente del peligro e intentó avisar de la amenaza que representaba la burocracia. En el XI Congreso, presentó ante el partido una contundente acusación contra la burocratización del aparato del Estado:

“Tomemos Moscú, con sus 4.700 comunistas en puestos de responsabilidad. Si consideramos la enorme máquina burocrática, ese enorme gigante, debemos preguntarnos: ¿quién dirige a quién? Dudo mucho que se pueda decir sinceramente que los comunistas dirigen al enorme gigante. *A decir verdad no están dirigiendo, les están dirigiendo*” (Lenin, *Collected Works*, vol. 33, p. 288. El subrayado es nuestro).

Para lograr apartar a los burócratas y arribistas de los aparatos del Estado y el partido, se creó el Rabkrin (Comisariado de Inspección Obrera y Campesina), al frente del cual se situó a Stalin porque Lenin creía necesario poner al frente a un organizador fuerte que llevase con rigor esa tarea y



Soldados republicanos defendiendo una posición durante la Guerra Civil Española. 16 de agosto de 1936, Huesca, España

Stalin parecía cualificado por su éxito como organizador del partido. En pocos años, Stalin ocupó distintos puestos organizativos: dirigió el Rabkrin y fue miembro del Comité Central, del Politburó, del Buró de Organización y del Secretariado del partido. Pero su estrecha perspectiva organizativa y la ambición personal hicieron que en breve espacio de tiempo apareciese como el portavoz de la burocracia en la dirección del partido, no como su adversario.

A principios de 1920, Trotsky criticó el trabajo del Rabkrin porque, en vez de ser una herramienta de lucha contra la burocracia, se había convertido en su criadero. Al principio Lenin defendió el Rabkrin. Su enfermedad le impedía darse cuenta de lo que se estaba incubando. Stalin utilizó su atribución de seleccionar al personal para los puestos de dirección en el Estado y el partido para rodearse de aliados y funcionarios serviles, nulidades políticas que le estaban agradecidas por su ascenso. En sus manos, el Rabkrin se convirtió en un instrumento para defender su propia posición y eliminar a sus rivales políticos.

Lenin se dio cuenta de la terrible situación cuando descubrió las manipulaciones de Stalin en Georgia. Sin el conocimiento de Lenin ni del Politburó, Stalin, junto con sus secuaces Dzerzhinsky y Ordjonikidze, dio un *golpe de Estado* en el partido en Georgia, purgando a los mejores cuadros del bolchevismo georgiano. Cuando al final se dio cuenta de lo que ocurría, Lenin se enfureció. Desde su lecho de convalecencia, dictó a finales de 1922 una serie de notas a sus secretarías sobre “las cuestiones de la autonomía en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas”.

Las notas de Lenin son una contundente acusación a la arrogancia burocrática y chovinista de Stalin y su camarilla. Pero Lenin no trató el incidente como un fenómeno accidental, sino como la expresión del corrupto y reaccionario nacionalismo de la burocracia soviética. Vale la pena citar textualmente las palabras de Lenin:

“Se afirma que era necesaria la unidad del aparato. ¿De dónde emanaban esas afirmaciones? ¿No provenían acaso del mismo aparato de Rusia, que, como ya lo dije en un número anterior de mi diario, tomamos del zarismo, limitándonos a recubrirlo ligeramente con un barniz soviético?”

“Sin duda alguna, habríamos debido esperar con esa medida hasta el día en que pudiéramos decir que respondemos de nuestro aparato porque es nuestro. Pero ahora, en conciencia, debemos decir lo contrario: que denominamos nuestro a un aparato que, en conciencia, nos es fundamentalmente extraño y que representa una mezcla de supervivencias burguesas y zaristas; que nos fue en absoluto imposible transformarlo en cinco años, ya que no contábamos con la ayuda de otros países y predominaban las ‘ocupaciones’ militares y la lucha contra el hambre.

“En tales condiciones es muy natural que ‘la libertad de salir de la Unión’, que nos sirve de justificación, aparezca como una fórmula burocrática incapaz de defender a los miembros de otras nacionalidades de Rusia contra la invasión del hombre auténticamente ruso, del chovinista gran ruso, de ese canalla y ese opresor que es en el fondo el burócrata ruso. No es dudoso que los obreros soviéticos y soviéticos, que se encuentran en proporción ínfima, lleguen a ahogarse en ese océano de la morralla gran rusa

chovinista, como una mosca en la leche” (Lenin, *Contra la burocracia*, p. 141. Siglo XXI. Buenos Aires, 1974).

Después del asunto georgiano, Lenin utilizó toda su autoridad para intentar quitar a Stalin de la secretaría general del partido, que ostentaba desde 1922, tras la muerte de Sverdlov. Sin embargo el principal temor de Lenin, ahora mayor que antes, era una división abierta en la dirección, que en las condiciones existentes podría conducir a la ruptura del partido según los diferentes intereses de clase. Por tanto, intentando confinar la lucha a la dirección, las notas anteriores y el resto del material de Lenin contra la burocracia no se hicieran públicos. Lenin escribía en secreto a los bolcheviques de Georgia (enviaba también copias a Trotsky y Kámenev) y, como no podía seguir personalmente el asunto, escribió a Trotsky para pedirle que defendiese a los georgianos en el Comité Central. Durante su enfermedad siguió luchando contra el proceso de burocratización e incluso le propuso a Trotsky formar un bloque para luchar contra Stalin en el XXI Congreso del partido. Pero Lenin



murió antes de poder llevar adelante sus planes. Su carta al Congreso, en la que califica a Trotsky como el miembro del Comité Central más capacitado y exige la destitución de Stalin como secretario general, fue censurada por la camarilla dirigente y durante décadas no vio la luz.

‘El socialismo en un solo país’

Incluso con la participación de Lenin el proceso no se habría desarrollado de forma sustancialmente diferente. Las causas no se hallaban en los individuos, sino en la situación objetiva de un país atrasado, hambriento y aislado por el retraso de la revolución socialista en Occidente. Tras la muerte de Lenin, el grupo dirigente (la *troika*) —inicialmente formada por Kámenev, Zinóviev y Stalin— ignoró la advertencia de Lenin y, en su lugar, emprendieron una campaña contra el *trotskismo*, que en la práctica significaba renegar de las ideas de Lenin y de la Revolución de Octubre. Inconscientemente reflejaban las presiones del estrato ascendente de funcionarios privilegiados que robaban los bienes de la revolución y deseaban poner fin al período de



Kazimir Malevich (centro). Conferencia de profesores y estudiantes de Arte. Moscú, 1920

democracia obrera. La reacción pequeño-burguesa contra Octubre encontró su expresión en la campaña contra el *trotskismo* y sobre todo en la teoría antileninista del “socialismo en un solo país”.

Aunque Rusia era un país atrasado, no habría tenido esos problemas si Octubre hubiera sido el preludio de la revolución socialista mundial, que era el objetivo del Partido Bolchevique con Lenin y Trotsky. El internacionalismo no era un gesto sentimental, estaba enraizado en el carácter internacional del capitalismo y la lucha de clases. En palabras de Trotsky: “El socialismo es la organización de la producción social planificada destinada a satisfacer las necesidades humanas. La propiedad colectiva de los medios de producción no es el socialismo, sólo es su premisa legal. El problema de una sociedad socialista no se puede abstraer del carácter mundial de las fuerzas productivas en la actual etapa de desarrollo humano” (Trotsky, *Historia de la revolución rusa*, vol. 2, p. 570. Ed. Zyx. Madrid, 1973). La Revolución de Octubre era considerada como el principio de un nuevo orden socialista mundial.

La teoría antimarxista del socialismo en un solo país, que Stalin expuso en otoño de 1924, iba dirigida contra todo lo que defendían los bolcheviques y la Internacional Comunista. ¿Cómo era posible construir el socialismo en un solo país, sobre todo en un país extremadamente atrasado como Rusia? Este pensamiento jamás entró en la cabeza de ningún bolchevique, ni siquiera de Stalin hasta 1924. Todavía en abril de ese año, Stalin escribió en su libro *Los fundamentos del leninismo*: “Para derrocar a la burguesía no

basta el esfuerzo de un solo país –la historia de nuestra revolución lo testimonia–. Para la victoria final del socialismo, para la organización de la producción socialista, no bastan los esfuerzos de un país, en especial de un país campesino como el nuestro. Por eso debemos conseguir el apoyo del proletariado de los países desarrollados”. Pocos meses después desaparecían estas líneas y en su lugar aparecía lo contrario: “Después de consolidar su poder y dirección, el campesinado, siguiendo la estela del proletariado de un país victorioso, puede construir una sociedad socialista” (*Los fundamentos del leninismo*, p. 39. Pekín, 1975).

Esta teoría choca con todo lo que Marx, Engels y Lenin defendieron y demuestra lo lejos que llegó la reacción burocrática. Con todo, el nuevo programa de Stalin llevó a una crisis en el triunvirato. Kámenev y Zinóviev, alarmados por el cariz que estaban tomando las cosas, rompieron con Stalin y se unieron temporalmente con la Oposición de Izquierdas de Trotsky en la llamada Oposición Conjunta. En 1926, en una reunión de la Oposición, Krupskaya, la viuda de Lenin, comentó con amargura: “Si Vladimir estuviese vivo, estaría en la cárcel”. La razón principal para la derrota de Trotsky y de la Oposición hay que buscarla en el ambiente entre las masas, que simpatizaban con la oposición pero se encontraban exhaustas y cansadas por los largos años de guerra.

El surgimiento de una nueva casta dominante tuvo efectos sociales muy profundos. El aislamiento de la revolución fue la principal razón del ascenso de Stalin y la burocracia, pero al mismo tiempo se convertiría en la causa de nuevas derrotas de la revolución mundial: Bulgaria y Alemania (1923), la huelga general británica (1926), China (1927) y la más terrible de todas, la de Alemania en 1933. Cada nuevo fracaso profundizaba el desánimo de la clase obrera soviética y estimulaba todavía más a los burócratas y arribistas. Después de la terrible derrota de China, responsabilidad directa de Stalin y Bujarin, comenzaron las expulsiones del PCUS de los partidarios de la Oposición. Incluso antes, ya se perseguía sistemáticamente a los opositoristas: se les despedía del trabajo, se les condenaba al ostracismo y, en algunos casos, se les indujo al suicidio.

Las monstruosas acciones de los estalinistas estaban en total contradicción con las tradiciones democráticas del Partido Bolchevique. Por ejemplo, reventaban las reuniones de la Oposición con la colaboración de sus rufianes, instigaban campañas maliciosas de mentiras y calumnias en la prensa oficial, persiguieron a los amigos y colaboradores de Trotsky hasta el punto de llevar a la muerte a varios prominentes bolcheviques, como Glazman (inducido al suicidio por el chantaje) y Joffe, el famoso diplomático soviético a quien se negó la asistencia médica ante una terrible enfermedad y también se suicidó. En las reuniones del partido, los portavoces de la Oposición sufrían los ataques de pandillas de gamberros, casi fascistas, organizadas por el aparato estalinista para intimidarlos. El periódico comunista francés *Contre le Courant* publicaba en los años 20 los métodos utilizados por los estalinistas en los “debates” dentro del partido:

“Los burócratas del partido ruso han creado por todo el país pandillas de reventadores. En cada reunión del partido a las que asiste algún miembro de la Oposición, se sitúan

en la entrada, formando un cerco de hombres armados con silbatos de policía. Cuando el orador de la Oposición pronuncia las primeras palabras, comienzan los silbidos. El alboroto dura hasta que el orador de la Oposición se rinde” (*La verdadera situación en Rusia*. Nota al pie de la página 14).

Debido al aislamiento de la revolución en condiciones terribles de atraso y al cansancio de la clase obrera y su vanguardia, el resultado inevitable fue la victoria de la burocracia estalinista. No fue resultado de la inteligencia o previsión de Stalin, todo lo contrario. Stalin no preveía ni comprendía nada, sino que actuaba empíricamente, como lo demuestran los constantes zigzags en su política. Stalin y su aliado Bujarin dieron un giro a la derecha, intentando apoyarse en los *kulaks*. Trotsky y la Oposición de Izquierdas avisaron insistentemente del peligro de esa política y defendieron una política de industrialización, planes quinquenales y colectivización. En una sesión plenaria del Comité Central, en abril de 1927, Stalin atacó sus propuestas, comparando el plan de electrificación de la Oposición (el esquema Dnieperstroï) con “ofrecer a un campesino un gramófono en lugar de una vaca”.

Las advertencias de la Oposición fueron correctas. El peligro del *kulak* se tradujo en sabotajes y una huelga de grano que amenazaron con derrocar el poder soviético y situó en el orden del día la contrarrevolución capitalista. En una reacción de pánico, Stalin rompió con Bujarin y se lanzó a una aventura ultraizquierdista. Después de rechazar desdeñosamente la propuesta de Trotsky de un plan quinquenal destinado a desarrollar la economía soviética, de repente, en 1927, dio un giro de ciento ochenta grados e impulsó la locura del “plan quinquenal en cuatro años” y la colectivización forzosa para “exterminar al kulak como clase”. Esto desorientó a muchos opositores, que imaginaron que Stalin había adoptado el programa de la Oposición. Pero la política de Stalin sólo era una caricatura de la de la Oposición porque su objetivo no era regresar a la democracia soviética leninista, sino consolidar a la burocracia como casta dominante.

Empezando con Kámenev y Zinóviev, muchos de los antiguos opositores capitularon ante Stalin, con la esperanza de ser aceptados de nuevo en el partido. Eso era una ilusión. El que se retractaran sólo sirvió para pavimentar el camino a nuevas exigencias y capitulaciones, hasta la humillación final de los juicios de Moscú, en los que Kámenev, Zinóviev y otros viejos bolcheviques fueron declarados culpables de los crímenes más monstruosos contra la revolución. Pero sus “confesiones” no los salvaron. Sus cabezas fueron entregadas a los verdugos estalinistas.

Trotsky mantenía su causa, aunque no tenía ninguna ilusión en poder ganar debido a la desfavorable correlación de fuerzas. Pero luchaba para dejar tras de sí una bandera, un programa y una tradición para la nueva generación. Como él mismo explica en su biografía: “El grupo dirigente de la Oposición se enfrentaba al final con los ojos bien abiertos. Nos dábamos cuenta de que podríamos conseguir que nuestras ideas fueran propiedad común de la nueva generación, no con la diplomacia ni con las evasivas, sino sólo con una lucha abierta sin eludir ninguna de las consecuencias prácticas. Nos dirigíamos al inevitable desastre, pero

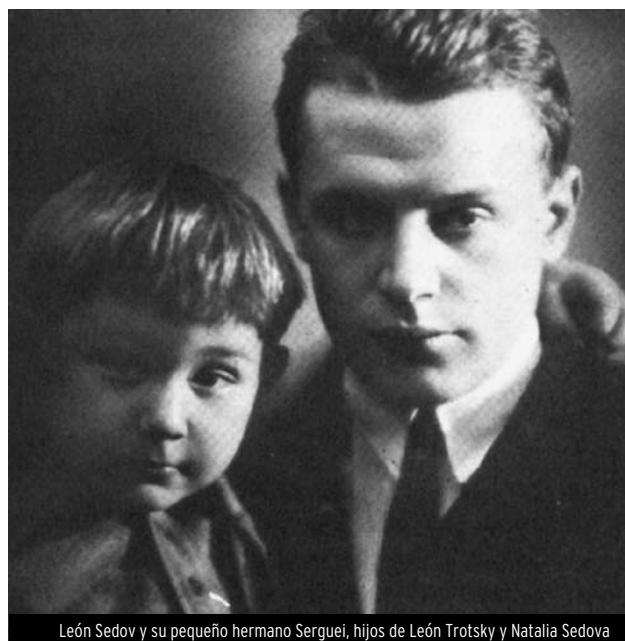
confiábamos en que prepararíamos el camino para el triunfo de nuestras ideas en un futuro más lejano”.

La Oposición de Izquierdas Internacional

En 1927 Trotsky fue exiliado a Turquía. Stalin todavía no se había consolidado lo suficiente como para asesinarlo. Entre 1927 y 1933, desde sus distintos lugares de deportación (primero el destierro en la URSS y después el exilio), Trotsky dedicó sus energías a organizar la Oposición de Izquierdas Internacional, con el objetivo de regenerar la URSS y la Internacional Comunista. El giro ultraizquierdista de Stalin en la Unión Soviética encontró su expresión en el terreno internacional en el “socialfascismo” y el denominado “tercer período”, que supuestamente desembocaría en la “crisis final” del capitalismo mundial. La Internacional Comunista, siguiendo instrucciones de Moscú, calificó a todos los partidos –sobre todo a los socialdemócratas, a los que se caracterizó de “socialfascistas”– como fascistas, excepto a los comunistas. Esta locura obtuvo sus resultados más desastrosos en Alemania, donde llevaría directamente a la victoria de Hitler.

La recesión mundial de 1929-33 afectó de manera especialmente grave a Alemania. El desempleo alcanzó los ocho millones de personas. Grandes sectores de las capas medias quedaron arruinados. La decepción con los socialdemócratas en 1918 y posteriormente con los comunistas en 1923 hicieron que las capas medias alemanas miraran con desesperación al partido nazi como una alternativa. En las elecciones de septiembre de 1930, los nazis recogieron seis millones y medio de votos. Desde su exilio en Turquía, Trotsky advirtió una y otra vez del peligro del fascismo y exigió a los comunistas alemanes la formación de un frente único con los socialdemócratas para frenar a Hitler. Este mensaje se puede leer en *El giro en la Internacional Comunista y la situación en Alemania* y otros artículos y documentos de la época. Pero el llamamiento a regresar a la política leninista del frente único cayó en saco roto.

Aunque el movimiento obrero alemán era el más poderoso del mundo occidental, a la hora de la verdad quedó paralizado por la política de sus dirigentes. En particular, por



León Sedov y su pequeño hermano Serguei, hijos de León Trotsky y Natalia Sedova

los dirigentes del estalinista Partido Comunista Alemán (KPD), que jugó un papel pernicioso al dividir el movimiento obrero frente a la amenaza nazi. ¡Incluso lanzaron la consigna “golpear a los pequeños Scheidemann en los patios de recreo de los colegios”, una increíble provocación para que los hijos de los comunistas golpearan a los hijos de los socialdemócratas! Esta locura alcanzó su clímax en el llamado referéndum rojo. Cuando en 1931 Hitler organizó un referéndum para derrocar al gobierno socialdemócrata de Prusia, el KPD, cumpliendo las órdenes de Moscú, pidió a sus seguidores que apoyaran a los nazis. El periódico estalinista británico *The Daily Worker* escribió después lo siguiente: “Es significativo que Trotsky saliera en defensa del frente único de los partidos comunista y socialdemócrata frente al fascismo. Nada más perjudicial y contrarrevolucionario se puede decir en un momento como el actual”.

En 1933, el Partido Comunista Alemán tenía seis millones de partidarios y la socialdemocracia, ocho. Entre ambos sumaban aproximadamente un millón de militantes —una cifra mayor que la Guardia Roja en Petrogrado y Moscú en 1917—. Y todavía Hitler se permitía el lujo de decir: “He llegado al poder sin romper un cristal”. Esto representó una traición a la clase obrera comparable a la de agosto de 1914. De la noche a la mañana, las poderosas organizaciones del proletariado alemán quedaron reducidas a escombros. Los trabajadores de todo el mundo —y sobre todo de la URSS— pagaron un terrible precio por la traición.

Trotsky esperaba que esa brutal derrota serviría para sacudir la Internacional Comunista hasta sus cimientos y abrir un debate en las filas de los partidos comunistas que los regeneraría y exculparía a la Oposición. Pero las cosas se desarrollaron de forma diferente. La Internacional Comunista y sus partidos eran tan estalinistas que el debate o la autocritica ya no existían, sólo repetían las mismas políticas ya desacreditadas. La línea del KPD —y por lo tanto de Stalin, el gran líder, el gran maestro— fue ratificada como la única correcta. Increíblemente, los líderes comunistas alemanes lanzaron la consigna “Después de Hitler, nuestro turno”. El año siguiente aún fue peor. Cuando los fascistas franceses de La Croix de Feu y otros grupos intentaron derrocar el gobierno del radical Deladier, los estalinistas impartieron instrucciones a sus militantes para manifestarse junto con los fascistas contra el “radical-fascista” Deladier.

Un partido o una Internacional que son incapaces de aprender de sus errores están condenados. La terrible derrota de la clase obrera alemana, fruto tanto de la política estalinista como de la socialdemócrata, se saldó con una completa ausencia de autocritica o debate en los partidos de la Internacional Comunista, lo que convenció a Trotsky de que la Tercera Internacional estaba completamente degenerada. Mientras que en los primeros años la burocracia todavía no estaba consolidada como casta dirigente, ahora era evidente que se había convertido no sólo en una aberración histórica imposible de corregir con la crítica y la discusión, sino que representaba a la contrarrevolución triunfante que había destruido todos los elementos de democracia obrera existentes en la Revolución de Octubre. Por esa razón, Trotsky propuso la necesidad de crear una nueva Internacional, la Cuarta.



Los Juicios de Moscú

La expresión más clara de la nueva situación fueron los célebres “Juicios de Moscú”, descritos por Trotsky como una “guerra civil unilateral contra el Partido Bolchevique”. Entre 1936 y 1938, todos los miembros del Comité Central de los tiempos de Lenin que todavía vivían en la URSS —excepto obviamente el propio Stalin— fueron asesinados. “El juicio de los 16” (Zinóviev, Kámenev, Smirnov,...) “el juicio de los 17” (Rádek, Piatakov, Sokólnikov,...), “el juicio secreto de los oficiales del ejército” (Tujachevsky, etc.), “el juicio de los 21” (Bujarin, Rykov, Rakovsky,...). Los antiguos compañeros de armas de Lenin fueron acusados de los crímenes más grotescos contra la revolución. Lo normal es que fueran acusados de ser agentes de Hitler, de igual manera que los jacobinos fueron acusados de ser agentes de Inglaterra en el período de reacción termidoriana en Francia.

Los objetivos de la burocracia eran sencillos: destruir completamente todo aquello que pudiera servir para aglutinar el descontento de las masas. Aunque algunos leales servidores de Stalin también se vieron implicados en las purgas, la mayoría de las miles de personas arrestadas y asesinadas lo fueron por el “crimen” de haber estado vinculados directamente con la Revolución de Octubre. Era peligroso ser amigo, vecino, padre o hijo de un detenido. La condena a muerte de un dirigente de la Oposición conllevaba también la de su esposa e hijos mayores de 12 años. En los campos de concentración se encontraban familias enteras, incluidos niños. El general Yakir fue asesinado en 1938. Su hijo pasó 14 años con su madre en los campos de concentración. Uno entre muchos casos.

El principal acusado —León Trotsky— no se encontraba presente en los juicios. Después de que todos los países europeos le negasen el asilo, México lo acogió. Desde allí organizó una campaña internacional de protestas contra los juicios de Moscú. ¿Por qué la burocracia estalinista temía tanto a un solo hombre? La Revolución de Octubre estableció un régimen de democracia obrera que dio a los trabajadores la máxima libertad. Por otro lado, la burocracia sólo podía gobernar destruyendo la democracia obrera e

instalando un régimen totalitario. No podía tolerar la más mínima libertad de expresión o crítica.

En apariencia el régimen de Stalin era similar al de Hitler, Franco o Mussolini. Pero existía una diferencia fundamental: la nueva camarilla dominante en la URSS basaba su poder en las nuevas relaciones de propiedad establecidas por la revolución. Era una situación contradictoria. Para defender su poder y privilegios esta casta parasitaria tenía que defender las nuevas formas de economía nacionalizada que encarnaban las grandes conquistas históricas de la clase obrera. Los burócratas privilegiados que habían destruido las conquistas políticas de Octubre y aniquilado al Partido Bolchevique se vieron obligados a mantener la ficción de un “partido comunista”, “sóviets”, etc., y basarse en la economía planificada y nacionalizada. De esta forma jugaron un papel relativamente progresista y desarrollaron la industria, aunque a un precio diez veces superior al de los países burgueses.

Los marxistas no defendemos la democracia por razones sentimentales. Como explicó Trotsky, una economía planificada necesita la democracia como el cuerpo humano necesita el oxígeno. El asfixiante control de la poderosa burocracia es incompatible con el desarrollo de una economía planificada. La existencia de la burocracia genera inevitablemente todo tipo de corrupción, mala administración y estafas a todos los niveles. Por esta razón la burocracia, en contraposición a la burguesía, no podía tolerar una crítica o pensamiento independiente en cualquier campo, no sólo en política sino también en literatura, música, ciencia, arte o filosofía. Trotsky era una amenaza para la burocracia porque permanecía como testigo y recuerdo de las genuinas tradiciones democráticas e internacionalistas del bolchevismo.

En la década de los años 30, Trotsky analizó el nuevo fenómeno de la burocracia estalinista en su obra clásica *La revolución traicionada*, donde explicó la necesidad de una nueva revolución, una revolución política, para regenerar la URSS. Al igual que todas las clases o castas dominantes de la historia, la burocracia rusa no desaparecería por sí sola. A principios de 1936, Trotsky advirtió de que la

burocracia estalinista representaba una amenaza mortal para la supervivencia de la URSS. Pronosticó, con asombrosa certeza, que si la burocracia no era eliminada por la clase obrera, el proceso remataría inevitablemente en una contrarrevolución capitalista. Con un retraso de cincuenta años, la predicción de Trotsky se ha cumplido ahora. No satisfechos con los privilegios derivados del saqueo de la economía nacionalizada, los hijos y nietos de los funcionarios estalinistas se han convertido ahora en los propietarios privados de los medios de producción en Rusia y, por tanto, han hundido la tierra de Octubre en una nueva edad oscura de barbarie, como Trotsky previno.

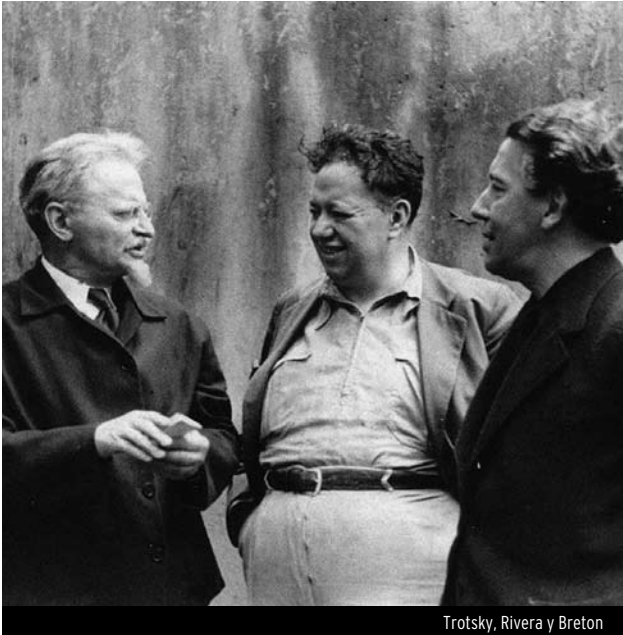
Stalin y la casta privilegiada que él representaba no podían ignorar a Trotsky porque los delataba como usurpadores y sepultureros de Octubre. La tarea de Trotsky y sus colaboradores representaba un peligro mortal para la burocracia, que respondió con una masiva campaña de asesinatos, persecuciones y difamaciones. Se podría buscar en vano en los anales de la historia moderna un paralelo con la persecución sufrida por los trotskistas a manos de Stalin y su monstruosa maquinaria de matar. Sería necesario remontarnos a la persecución de los primeros cristianos o a la infame obra de la Inquisición española para encontrarlo. Los verdugos de Stalin silenciaron uno a uno a los colaboradores de Trotsky. Compañeros, amigos y familiares acabaron en el infierno del *gulag* estalinista.

Pero incluso allí los trotskistas permanecieron firmes. Sólo ellos mantuvieron la organización y la disciplina. Lograron seguir los asuntos internacionales, organizar reuniones, grupos de discusión marxista y lucharon por defender sus derechos. Llegaron a organizar manifestaciones y huelgas de hambre, como la del campo de Pechora en 1936, que duró ciento treinta y seis días.

“Los huelguistas protestaban contra su traslado de sus anteriores lugares de deportación y contra los castigos que les habían impuesto sin celebración de proceso público. Exigían una jornada de trabajo de ocho horas, la misma alimentación para todos los reclusos (independientemente de que hubieran cumplido las normas de producción o no), la separación de los presos políticos y los delincuentes



Rykov, Bujarin, Kalinin, Uglanov, Stalin y Trotsky ante la tumba de Lenin. 1927



Trotsky, Rivera y Breton

comunes y el traslado de los inválidos, las mujeres y los ancianos desde la zona ártica a lugares de clima más benigno. La decisión de ir a la huelga se adoptó en asamblea. Los prisioneros enfermos y los ancianos fueron eximidos, pero ‘estos últimos rechazaron categóricamente la exención’. En casi todas las barracas, los que no eran trotskistas respondieron al llamamiento, pero sólo ‘en los barracones de los trotskistas fue completa la huelga’.

“La administración, temerosa de que la acción pudiera propagarse, trasladó a los trotskistas a unas chozas semi-derruidas a 40 kilómetros de distancia del campo. De un total de mil huelguistas, varios murieron y sólo dos abandonaron la huelga, pero ninguno de los dos era trotskista” (Isaac Deutscher, *El profeta desterrado*, p. 376. Ed. Era. México, 1963).

Pero la victoria de los presos duró poco. El terror de Yezhov pronto tomaría nuevos bríos. Las raciones, ya escasas, se redujeron a solamente 400 gramos diarios de pan, la GPU armó a los presos comunes con porras y los incitó a golpear a los opositores, el número de ejecuciones arbitrarias aumentó... Stalin había optado por la “solución final”. A finales de marzo de 1938, los trotskistas, en grupos de veinticinco, eran llevados a la muerte en las soledades heladas de los alrededores del campo de Vorkuta. Durante meses, los asesinatos continuaron. Los carniceros de la GPU hicieron su trabajo y asesinaron hombres, mujeres y niños. Nadie se salvó. Un testigo relató cómo la esposa de un opositor caminaba sobre sus muletas hacia el lugar de ejecución. “Durante todo abril y parte de mayo continuaron las ejecuciones en la tundra. Cada día o cada segundo día, treinta o cuarenta personas eran sacadas (...) Los altavoces del campo transmitían los comunicados. ‘Por agitación contrarrevolucionaria, sabotaje, bandidaje, negativa a trabajar e intentos de fuga, las siguientes personas serán ejecutadas’. Una vez, un grupo numeroso, formado por unas cien personas, trotskistas en su mayoría, fue sacado del campo (...) Mientras se alejaban, entonaron *La Internacional*, y centenares de voces en los barracones se unieron al coro” (*Ibid.*, p. 377).

Un hombre contra el mundo

Para el dirigente de Octubre no había refugio ni lugar seguro de descanso sobre el planeta. Una tras otra se le cerraban todas las puertas. Aquellos países que se autocalificaban de democracias y les gustaba diferenciarse de los “dictadores” bolcheviques demostraron no ser más tolerantes que los demás. Gran Bretaña, que anteriormente había dado refugio a Marx, Lenin y al propio Trotsky, le negó la entrada a pesar de contar con un gobierno laborista. Francia y Noruega impusieron tales restricciones a los movimientos y actividades de Trotsky que el “santuario” no podía distinguirse de una prisión. Al final, Trotsky y su fiel compañera, Natalia Sedova, encontraron refugio en México gracias al gobierno del nacionalista burgués Lázaro Cárdenas.

Pero tampoco en México estaba a salvo Trotsky. El brazo de la GPU era largo. Al elevar la voz contra la camarilla del Kremlin, Trotsky era un peligro mortal para Stalin, quien, como se ha demostrado, ordenó que cada mañana estuvieran en su despacho los artículos de Trotsky. Juró venganza contra su rival. A lo largo de los años 20, Zinóviev y Kámenev avisaron a Trotsky: “Piensas que Stalin responderá a tus ideas. Pero Stalin te golpeará la cabeza”.

En los años previos a su asesinato, Trotsky había presenciado el asesinato de uno de sus hijos, la desaparición de otro, el suicidio de su hija, la masacre de sus amigos y colaboradores dentro y fuera de la URSS y la destrucción de las conquistas políticas de la Revolución de Octubre. La hija de Trotsky, Zinaida, se suicidó debido a la persecución de Stalin. Después del suicidio de su hija, su primera esposa, Alexandra Sokolovskaya, una mujer extraordinaria que pereció en los campos de Stalin, escribió una desesperada carta a Trotsky: “Nuestras hijas estaban condenadas. Ya no creo en la vida. No creo que crezcan. Espero constantemente algún nuevo desastre”. Y concluía: “Ha sido difícil para mí escribir y enviar esta carta. Perdóname por ser cruel contigo, pero tú también debes saberlo todo sobre los nuestros” (*Ibid.*, p. 188).

León Sedov, el hijo mayor de Trotsky, que jugó un papel clave en la Oposición de Izquierdas Internacional, fue asesinado en febrero de 1938 mientras se recuperaba de una operación en una clínica de París. Dos de sus secretarios europeos, Rudolf Klement y Erwin Wolff, también fueron asesinados. Ignace Reiss, un oficial de la GPU que rompió públicamente con Stalin y se declaró partidario de Trotsky, fue otra víctima de la maquinaria asesina de Stalin, tiroteado por un agente de la GPU en Suiza.

El golpe más doloroso llegó con el arresto del hijo menor de Trotsky, Sergei, que permanecía en Rusia y se creía a salvo por no estar involucrado en política. ¡Esperanza vana! Incapaz de vengarse de su padre, Stalin recurrió a la tortura más sofisticada: hacer daño a sus hijos. Nadie puede imaginar qué tormentos sufrieron Trotsky y Natalia Sedova. Sólo hace pocos años salió a la luz que Trotsky contempló la posibilidad del suicidio, como una salida para salvar a su hijo. Pero se dio cuenta de que no sólo no lo salvaría, sino que le daría a Stalin lo que buscaba. Trotsky no se equivocó. Sergei ya estaba muerto, fusilado en secreto en 1938 por negarse a renegar de su padre.

Uno por uno, los antiguos colaboradores de Trotsky cayeron víctimas del terror estalinista. Aquellos que se negaban a retractarse eran aniquilados. Pero incluso a los que capitularon, la “confesión” no les salvó la vida; también fueron ejecutados. Una de las últimas víctimas de la oposición dentro de la URSS fue el gran marxista balcánico y veterano revolucionario Christian Rakovsky. Cuando Trotsky escuchó sus confesiones, escribió en su diario:

“Rakovsky en la práctica fue mi último contacto con la antigua generación revolucionaria. Después de su capitulación no queda nadie. Incluso aunque mi correspondencia con Rakovsky no llegara, debido a la censura, en el momento de mi deportación sin embargo la imagen de Rakovsky permanecía como un vínculo simbólico con mis antiguos compañeros de armas. Ahora no queda nadie. Desde hace un tiempo no he sido capaz de satisfacer mi necesidad de intercambiar ideas y discutir problemas con alguien más. He quedado reducido a un diálogo con los periódicos, o mejor aun que con los periódicos, con los hechos y opiniones.

“Y aún pienso que el trabajo en el que estoy comprometido ahora, a pesar de su naturaleza extremadamente insuficiente y fragmentaria, es el trabajo más importante de mi vida, más importante que 1917, más importante que el período de guerra civil o cualquier otro.

“Por el bien de la verdad seguiré en este camino. Aunque yo no hubiera estado presente en 1917 en San Petersburgo, la Revolución de Octubre hubiera sucedido igualmente, *a condición de que Lenin estuviera presente y al mando*. Si ni Lenin ni yo hubiéramos estado presentes en San Petersburgo, no hubiese habido Revolución de Octubre: la dirección del Partido Bolchevique habría impedido que sucediera —¡no tengo la menor duda!—. Si Lenin no hubiera estado en San Petersburgo, dudo que hubiera podido vencer la resistencia de los líderes bolcheviques. La lucha con el “trotskismo” (con la revolución proletaria) habría comenzado en mayo de 1917, y el resultado de la revolución habría estado en entredicho. Pero, repito, la presencia de Lenin garantizó la Revolución de Octubre y su desarrollo victorioso. Lo mismo se podría decir de la guerra civil, aunque en su primer período, en especial en el momento de la caída de Simbirsk y Kazán, Lenin tuviera muchas dudas. Pero esto sin duda fue un ambiente pasajero que, con toda probabilidad, nunca habría permitido a nadie excepto a mí.

“Así que no puedo hablar de la ‘indispensabilidad’ de mi trabajo, incluso en el período de 1917 a 1921. Pero ahora mi trabajo es ‘indispensable’ en el pleno sentido de la palabra. No es arrogancia. El colapso de las dos Internacionales ha creado un problema que ninguno de los dirigentes de estas Internacionales está dispuesto a resolver. Las vicisitudes de mi destino personal me han situado ante este problema y armado con una experiencia importante para ocuparme de él. Ahora lo más importante para mí es llevar adelante la misión de armar a una nueva generación con el método revolucionario, por encima de los dirigentes de la Segunda y Tercera Internacional. Y yo estoy totalmente de acuerdo con Lenin (o incluso con Turgeniev) que el peor vicio son más de 55 años de edad. Necesito al menos cinco años más de trabajo ininterrumpido para asegurar la sucesión” (*Diary in exile*, pp. 53-54).



Trotsky yace muerto en la cama del hospital. Coyoacán, México. 21 de agosto de 1940

Pero Trotsky no vio cumplido su deseo. Después de varios intentos, la GPU al final consiguió poner fin a su vida el 20 de agosto de 1940.

Trotsky permaneció a pesar de todo absolutamente firme hasta el final en sus ideas revolucionarias. Su testamento político revela el enorme optimismo en el futuro socialista de la humanidad. Pero su auténtico testamento se encuentra en sus libros y escritos, un tesoro de ideas marxistas para la nueva generación de revolucionarios. Que el espectro del “trotskismo” continúe obsesionando a los dirigentes burgueses, reformistas y estalinistas es suficiente prueba de la persistencia de las ideas del bolchevismo-leninismo. Esto es en esencia el “trotskismo”.

Sobre todo en Rusia —la tierra de Octubre—, el trotskismo mantiene toda su vitalidad y cada vez son más los que miran el ejemplo de los trotskistas, descrito por Leopold Trepper, el organizador de la Orquesta Roja, la famosa red de espionaje soviético en la Alemania nazi, en sus memorias:

“Todos los que no se alzaron contra la máquina estalinista son responsables, colectivamente responsables de sus crímenes. Tampoco yo me libro de este veredicto.

“Pero ¿quién protestó en aquella época? ¿Quién se levantó para gritar su hastío? Los trotskistas pueden reivindicar este honor. A semejanza de su líder, que pagó su obstinación con un pioletazo, los trotskistas combatieron totalmente el estalinismo y fueron los únicos que lo hicieron. En la época de las grandes purgas, ya sólo podían gritar su rebeldía en las inmensidades heladas a las que los habían conducido para mejor exterminarlos. En los campos de concentración, su conducta fue siempre digna e incluso ejemplar. Pero sus voces se perdieron en la tundra siberiana.

“Hoy día los trotskistas tienen el derecho de acusar a quienes antaño corearon los aullidos de muerte de los lobos. Que no olviden, sin embargo, que poseían sobre nosotros la inmensa ventaja de disponer de un sistema político coherente, susceptible de sustituir al estalinismo, y al que podían agarrarse en medio de la profunda miseria de la revolución traicionada. Los trotskistas no ‘confesaban’ porque

sabían que sus confesiones no servirían ni al partido ni al socialismo” (*El gran juego*, pp. 67-68).

Ya en 1936 León Trotsky predijo que la burocracia estalinista, ese tumor cancerígeno en el organismo del Estado obrero, podría acabar destruyendo todas las conquistas de la revolución: “La caída de la actual dictadura burocrática, o es reemplazada por un nuevo poder socialista o significará el regreso a las relaciones capitalistas, con un declive catastrófico de la industria y la cultura” (*La revolución traicionada*, p. 243. Fundación Federico Engels. Madrid, 1991). Ahora esa predicción se ha cumplido totalmente. Los últimos cinco o seis años son la prueba de ello. Los dirigentes del llamado Partido Comunista de la Unión Soviética, que ayer juraban lealtad a Lenin y al socialismo, hoy son presa del repugnante arrebató de enriquecerse a costa del saqueo sistemático de la propiedad de la URSS. Comparado con esta monstruosa traición, las acciones de los dirigentes socialdemócratas en agosto de 1914 parecen un juego de niños.

Sin embargo, a pesar de las predicciones de Francis Fukuyama, la historia no ha acabado. La naciente burguesía rusa ha demostrado ser incapaz de hacer progresar la sociedad y desarrollar las fuerzas productivas. Los últimos diez años de la historia de Rusia representan un colapso sin precedentes de las fuerzas productivas y la civilización. Sólo la ausencia de una dirección marxista sería ha evitado el derrocamiento de un régimen corrompido y reaccionario. Los líderes ex estalinistas del Partido Comunista de la Federación Rusa han actuado conscientemente para impedir que la clase obrera tome el poder. No tienen nada en común con las tradiciones de Lenin y el Partido Bolchevique.

A Lenin le gustaba mucho utilizar un proverbio ruso: “La vida enseña”. Una vez la clase obrera rusa sea consciente de lo que significa el capitalismo (y cada día que pasa es más consciente), sentirá una necesidad mayor de regresar a las antiguas tradiciones. Descubrirán, a través de la acción, la herencia de 1905 y 1917, las ideas y el programa de Vladimir Illich y también de ese gran dirigente y mártir de la clase obrera llamado León Trotsky. Después de décadas de la represión más terrible, las ideas del bolchevismo-leninismo –las genuinas ideas de Octubre– siguen vivas y vibrantes y no pueden ser destruidas ni con difamaciones ni con las balas de los asesinos. En palabras de Lenin: “El marxismo es omnipotente porque tiene razón”.



Tumba de León Trotsky en Coyoacán, Ciudad de México

En todos los países el proletariado está sobrecogido por una profunda inquietud. Grandes masas de millones de hombres vienen incesantemente al movimiento revolucionario, pero siempre tropiezan en este camino con el aparato burocrático, conservador de su propia dirección.

León Trotsky, El Programa de Transición



EL PROGRAMA DE TRANSICIÓN

En 1938 todos los colaboradores de Lenin habían sido asesinados por la burocracia estalinista. Los bolcheviques-leninistas formaron la Oposición de Izquierda para reformar la Internacional Comunista (IC). Stalin se alió con Hitler y permitió el acenso del fascismo en Alemania sin que significara ninguna oposición en las filas comunistas, Trotsky llegó a la conclusión de que la IC estaba muerta como herramienta de lucha por el socialismo. Ante la perspectiva de la guerra proclamó la necesidad de una nueva internacional. Trotsky escribió El Programa de Transición como el programa para el congreso fundacional de la IV Internacional.

YA A LA VENTA

Consigue tu ejemplar:

- _ pídelo a través de nuestro correo electrónico: centrocarlosmarx@gmail.com
- _ en el Museo Casa León Trotsky
Av. Río Churubusco 410, Col. del Carmen
Coyoacan, México, D.F.
- _ o a los marxistas de la CMI en tu país

Esta publicación ha sido publicada de manera conjunta con
El Instituto del Derecho al Asilo-Museo Casa León Trotsky
y Thomas Quinta-Memorial Trust

El Centro de Estudios Socialistas Carlos Marx es la nueva editorial en lengua castellana impulsada por los marxistas de la CMI. Con presencia en Argentina, Perú, Venezuela, Bolivia, El Salvador, México y el Estado Español.

www.centromarx.org

